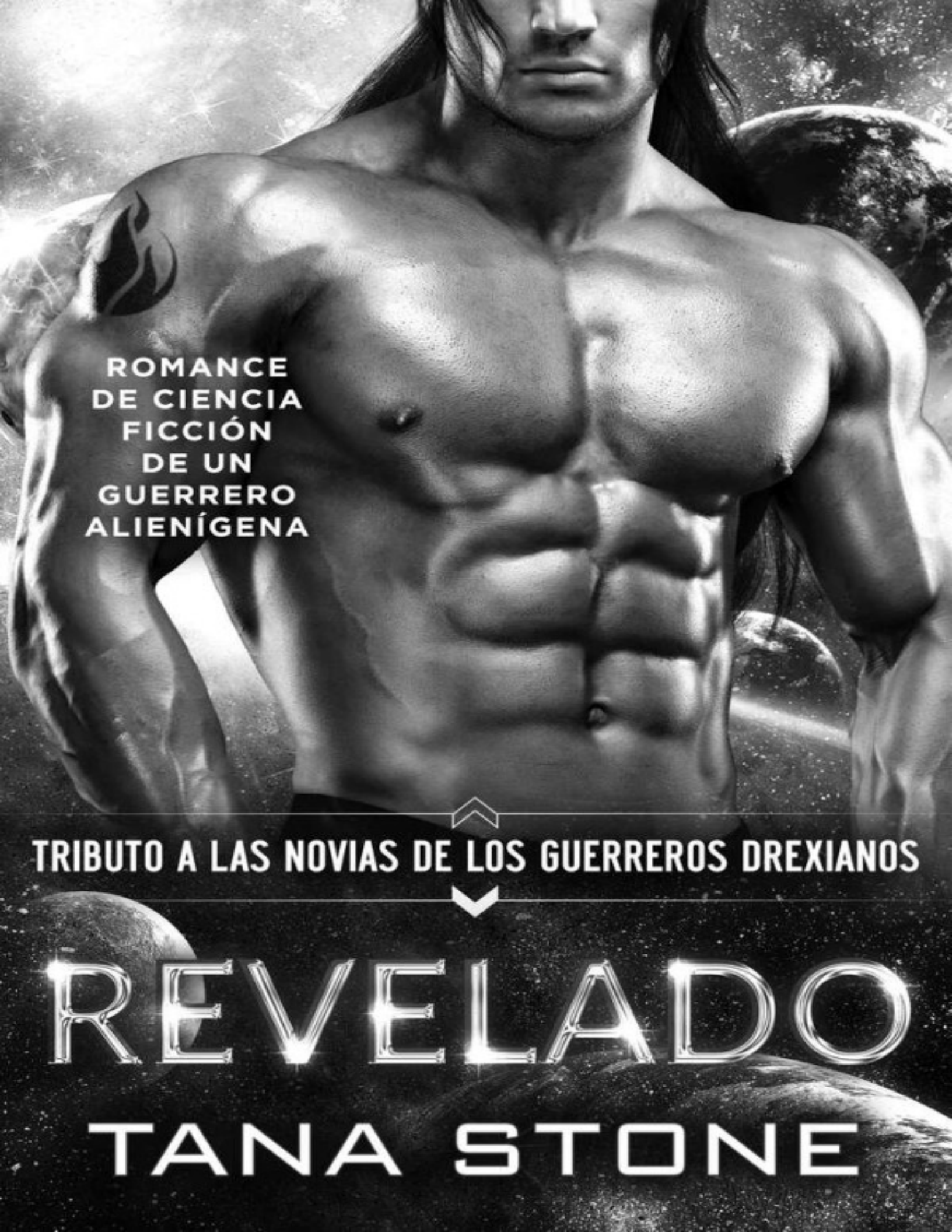

ROMANCE
DE CIENCIA
FICCIÓN
DE UN
GUERRERO
ALIENÍGENA
TRIBUTO A LAS NOVIAS DE LOS GUERREROS DREXIANOS
REVELADO
TANA STONE

REVELADO

ROMANCE DE CIENCIA FICCIÓN CON GUERREROS ALIENÍGENAS

NOVIAS TRIBUTO DE LOS GUERREROS DREXIANOS
LIBRO ONCE

TANA STONE

BROADMOOR BOOKS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Otras Obras de Tana Stone
Acerca del Autor

CAPÍTULO
UNO

Maxxon

El traje se pegaba a mi piel, la tela húmeda de sudor mientras recorría la acera de ladrillo del pequeño pueblo. Estaba acostumbrado a visitar la Tierra, pero esta era mi primera visita a la región llamada el Sur de Estados Unidos durante sus meses de verano.

Me pasé el dorso de la mano por la frente, con cuidado de no quitarme las gafas de sol. Mis ojos ámbar eran una señal inequívoca de que no era humano. Eso y los bultos que recorrían mi columna vertebral, razón por la cual no podía quitarme la chaqueta negra del traje, aunque el sol golpeara sin piedad. Al menos llevaba el pelo largo recogido para que no me colgara por el cuello.

—Hace más calor que en Killeron durante la cosecha de piel —murmuré mientras pasaba junto a un par de mujeres con vestidos floreados y pelo esponjoso que me miraron dos veces de forma notoria.

Quizás el traje negro que era el uniforme estándar para un agente de adquisición de novias tributo drexiano no funcionaba tan bien en este pueblo. Nadie más vestía de negro ni iba tan formal como yo.

Me detuve frente a un escaparate de cristal con un banco de madera cerca de las puertas dobles. El hombre sentado en él echó la cabeza hacia atrás para observarme de pies a cabeza.

—¿Vienes de o vas a?

No estaba seguro de si me hablaba a mí, así que miré a mi alrededor antes de tocarme el pecho con un dedo.

—¿Yo?

El hombre tenía solo mechones de pelo blanco en la cabeza y se abanicaba con un sombrero desgastado.

—Sí, tú, hijo. El funeral —Agitó su sombrero en mi dirección general —. Con esa pinta, debes venir de uno o ir a uno.

Me miré a mí mismo.

—No hay funeral. En realidad, estoy buscando una floristería llamada... —Empecé a sacar mi dispositivo del bolsillo, pero luego lo pensé mejor. La Tierra tenía muchos de sus propios dispositivos, pero la tecnología drexiana era muy superior, y cuantas menos preguntas pudiera suscitar, mejor. Recordé el nombre de la tienda de memoria—. Flores de Suzanne.

—Flores de Suzanne —El rostro del hombre se iluminó—. Entonces debes estar preparándote para una cita. Es agradable ver a un joven esforzándose en estos días —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Demasiados chicos piensan que ponerse unos vaqueros limpios es arreglarse. Apuesto a que tu joven dama quedará impresionada cuando aparezcas vestido de punta en blanco y con flores.

Parecía tan complacido con esta idea que no le corregí. Estaba buscando a una joven, pero no para una cita. Al menos, no conmigo. Como uno de los agentes de adquisición de novias tributo, tenía la tarea de encontrar a las mujeres humanas seleccionadas para el programa y llevarlas de vuelta a nuestra estación espacial secreta,

donde conocerían a su futuro compañero drexiano. Pero ninguna de las mujeres que sacaba de la Tierra estaba destinada a mí.

A pesar de mi trabajo, estaba lejos de estar en la cima de la lista de drexianos esperando una novia, y sentía que nunca llegaría allí. Llevaba haciendo viajes a la Tierra para localizar tributos durante dos años terrestres, pero eso no significaba que hubiera traído cientos de hembras. Como estábamos limitados en el número de mujeres que podíamos llevar, el avance en la lista era lento.

Al menos estaba más cerca de un puesto en la Fuerza Inferno. Los puestos en la codiciada y élite fuerza de combate eran difíciles de conseguir, y yo había estado pagando mis cuotas hasta poder unirme a ellos.

No me quedan muchos viajes más a la Tierra.

Suspiré, dejando de lado mis propios deseos y recordándome mi misión. Encontrar el objetivo, sedarla, devolverla a la estación espacial apodada el Barco. Una vez allí, se le asignaría una planificadora de bodas y una suite de fantasía, y probablemente nunca la volvería a ver. Luego regresaría a la Tierra con otro nombre y lo haría todo de nuevo.

El hombre del banco se había enderezado ahora que pensaba que yo era un pretendiente digno.

—Está un poco más allá por ahí, gira a la izquierda en el Dairy Queen, y luego sigue hasta que veas la casa con la glicina alrededor de las columnas.

Volví mi atención mientras el hombre usaba su sombrero para señalar el camino.

—Gracias.

Asintió en reconocimiento y reanudó su abanicamiento.

—Que te diviertas, hijo.

—Lo haré.

Eso no era ni verdad ni mentira. Por mucho que disfrutara de mi trabajo y me intrigara continuamente la Tierra, no me gustaba el hecho de tener que engañar a tantas mujeres. Normalmente les decía que era un cazatalentos o un agente de modelos para despertar su interés. Sus rostros se iluminaban porque por fin algo en sus tristes vidas iba bien.

Y si habían sido elegidas para ser una Novia Tributo, significaba que no tenían familia que las echara de menos y pocos o ningún amigo cercano. Significaba que no había marido ni novio, ni una carrera satisfactoria o un gran trabajo, ni perspectivas ni mucho futuro. Significaba que se adaptarían a la realidad de que habían sido sacadas de la Tierra para ser emparejadas con un guerrero drexiano, en la mayoría de los casos. Una vez que veían las lujosas suites de fantasía que se les daban en la estación espacial y a los propios drexianos, solían estar contentas. Normalmente.

Aun así, detestaba el engaño. No era honorable y se suponía que los drexianos eran honorables. Pero el subterfugio estaba incluido en el trato que el Imperio Drexiano había hecho con la Tierra hacía tantos años. Necesitábamos compañeras compatibles para reemplazar nuestra población femenina que disminuía rápidamente, y la Tierra necesitaba un poder militar para protegerlos de los invasores Kronock. Como alrededor de la mitad de todas las mujeres de la Tierra eran compatibles con los machos drexianos, se había llegado a un acuerdo. Las fuerzas militares drexianas protegerían la Tierra a cambio de un número limitado de hembras. El inconveniente era que la población humana general no podía saberlo, lo que significaba que las mujeres debían ser tomadas bajo falsos pretextos.

Esa parte era la que no me gustaba, aunque nunca había tenido problemas con mis viajes a la Tierra o mis encuentros con sus mujeres. Las hembras humanas eran innegablemente hermosas, con sus suaves curvas y delicadas facciones. Y todas eran tan diferentes. Parecía haber combinaciones ilimitadas de color de piel, color de

pelo, tamaño, forma y personalidad. Era imposible no admirarlas y preguntarse qué tipo de hembra me sería asignada. Aún no me había encontrado con una que no fuera hermosa a su manera, aunque esperaba que me tocara una tributo que fuera feliz conmigo. ¿Le importaría a mi futura novia que yo viniera de un clan de bajo rango? ¿Le importaría a ella como les importaba a los drexianos?

Al acercarme a la calle donde debía encontrar a mi objetivo actual, sentí un hormigueo en los dedos y luché contra el impulso de sacar mi dispositivo. El algoritmo había seleccionado a la mujer que trabajaba en la floristería como una candidata ideal, y estaba ansioso por evaluar su idoneidad en persona. Eran pocas las ocasiones en las que el algoritmo se había equivocado, pero había ocurrido, por lo que siempre me reunía con las mujeres y confirmaba sus identidades.

Justo cuando estaba a punto de doblar la esquina, un estridente sonido de sirena rasgó el aire, haciendo que se me erizara la columna. Nunca había encontrado una alerta así en la Tierra. ¿Advertía de una tormenta? Miré al cielo, que estaba despejado. No había tormenta.

A mi alrededor, los humanos sacaban frenéticamente sus teléfonos, buscando en las pantallas alguna orientación. Mi corazón latía erráticamente mientras alcanzaba mi propio dispositivo, mis dedos temblando ligeramente al activar la pantalla. Luché contra el impulso de sacar también mi bláster. Eso me delataría con seguridad.

Palabras en mi idioma nativo parpadearon ante mí. Palabras que esperaba no ver nunca. Las miré fijamente, sin querer creer que lo imposible estaba sucediendo.

Los Kronock, una especie reptiliana sedienta de sangre que era el enemigo jurado de los Drexianos, habían lanzado un ataque contra la Tierra. El mismo planeta que mi especie había jurado proteger estaba ahora bajo asedio, lo que significaba que mi misión debía ser abandonada. Nuestro enemigo era conocido por su brutalidad y total desprecio por la vida. Si habían logrado atravesar nuestras defensas

después de todo este tiempo, entonces la situación era verdaderamente grave.

Respiré hondo mientras la gente a mi alrededor empezaba a correr. El protocolo indicaba que debía regresar a mi nave en espera y abandonar la Tierra, volviendo a la estación espacial antes de que fuera demasiado tarde. Pero a medida que el caos estallaba en las calles y rayos rojos comenzaban a surcar el cielo, me di cuenta de que seguir el protocolo sería casi imposible.

Los Kronock estaban aquí.

Explosiones sonaron en la distancia, un escalofriante recordatorio de que la batalla ya estaba en marcha, probablemente sobre nuestras cabezas. Toqué el bulto del bláster oculto bajo mi chaqueta, el duro metal reconfortante. Si no podía abandonar la Tierra, necesitaba encontrar refugio y ayudar a los terrícolas si la lucha llegaba a la superficie.

Escaneé las calles en busca de un buen lugar para esconderme, pero mi mirada se enganchó en una mujer impactante que estaba de pie en medio de un paso de peatones. Era joven —de la edad de la mayoría de los tributos— con el pelo castaño recogido en lo alto. El negro cubría sus piernas ajustadamente —mallas, creo que las llamaban los humanos— y una camiseta blanca sin mangas colgaba suelta sobre ellas. No había nada especial en su atuendo, pero había algo especial en ella, algo que atraía mi atención hacia ella.

Sostenía bolsas de tela llenas de comida en sus manos mientras miraba alrededor como si intentara entender el significado de la alarma que aullaba. Tal vez fue su confusión o su aspecto inocente mientras giraba en el sitio, pero antes de que pudiera detenerme, me estaba moviendo rápidamente hacia ella.

Rodeé su cintura con un brazo y la empujé hacia adelante, alejándola de los coches que zigzagueaban a su alrededor y de los peatones que corrían.

—Tenemos que sacarte de la carretera.

Ella asintió sin decir palabra.

—¿Tienes algún lugar seguro al que ir? —pregunté, una vez que la había llevado a la acera.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella a su vez.

No había tiempo para decirle que los alienígenas estaban invadiendo o que yo también era un alienígena, pero del tipo bueno. Así que hice lo que siempre había hecho cuando estaba en la Tierra. Mentí.

—No lo sé, pero deberías buscar refugio.

—No puede ser un huracán —murmuró, aún en algún estado de shock—. No es la época del año.

Dudé por un momento, sabiendo que debería centrarme en mis protocolos. Pero algo de esta mujer me hacía querer ayudarla. Entonces se me cortó la respiración.

—No trabajas en una floristería, ¿verdad?

Pareció confundida por mi pregunta, pero negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué?

El alivio me invadió, aunque no podía decir por qué era importante que ella no fuera mi tributo objetivo. Entonces el suelo tembló, y ella dejó escapar un pequeño grito.

—Busca refugio —dije firmemente mientras miraba hacia arriba, esperando ver una de las naves de escamas grises del enemigo descendiendo.

Ella ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Y tú qué? No eres de por aquí, ¿verdad? ¿Adónde vas a ir?

Esto me detuvo. ¿Adónde iba a ir?

—Vamos —dijo, con la voz tan insistente como había sido la mía—. Vivo justo a la vuelta de la esquina. Puedes refugiarte conmigo.

Cuando dudé, ella suspiró.

—Me has salvado de que me atropellen. Te debo una.

Dejé que su mirada me taladrara, sus ojos azul claro haciendo que pareciera que el tiempo se había ralentizado. Finalmente, di un único asentimiento.

Ella movió la cabeza hacia la izquierda y empezó a moverse.

—Por aquí —luego dirigió su mirada hacia arriba cuando las sombras cayeron sobre nosotros.

No miré hacia arriba mientras le quitaba las bolsas de las manos. No necesitaba ver para saber lo que venía por nosotros.

—¡Corre!

CAPÍTULO
DOS

Allie

Las asas de mis bolsas de la compra se me clavaban en las palmas mientras caminaba de vuelta a casa desde el supermercado, con el sudor deslizándose por mi espalda y amenazando con rebasar la cinturilla de mis bragas. Normalmente no me importaba el paseo desde mi edificio de apartamentos hasta el pequeño centro de Azalea, Carolina del Sur, pero el sol abrasaba, y podría jurar que el chico que empaquetaba la compra había cambiado mis víveres por barras de plomo.

¿Cómo era posible que siempre entrara a la tienda a por tres cosas y saliera con las bolsas a rebosar? Me reí para mis adentros al recordar que casi había cogido una sola bolsa. ¿Qué habría hecho entonces? ¿Intentar meter las patatas fritas, que había sido imposible ignorar, en los bolsillos de mis pantalones cortos?

Negué con la cabeza. Mis ojos siempre eran demasiado ambiciosos, pero luego acababa olvidando todo lo que había comprado hasta que estaba a punto de echarse a perder. Entonces el semáforo cambió, y me adentré en el paso de peatones, echando un vistazo a los plátanos que asomaban por la parte superior de una de las bolsas. —Os prometo que no acabaréis convertidos en pan de plátano.

Probablemente era una promesa segura, ya que hacer pan de plátano requería ingredientes que no guardaba en mi despensa escasamente poblada. Una promesa más arriesgada habría sido jurar que no acabarían en la basura.

Antes de que pudiera lamentar todos los plátanos que habían dado su vida, una fuerte sirena de alarma hizo que casi soltara las bolsas. Me quedé paralizada en medio del paso de peatones, girando la mirada en busca de un vehículo de emergencia o una tormenta que se acercara rápidamente. Pero, aparte de otras personas que parecían igual de confundidas, no había nada.

Entonces vi cómo los demás sacaban sus móviles, que también chillaban con alarmas. Pero esa alarma la conocía. Era la alerta del sistema de emergencia, y había crecido escuchando pruebas de ella. Sin embargo, al ver cómo se abrían los ojos de la gente y empezaban a correr, supe que esto no era una prueba.

Aun así, no podía moverme. El miedo me había dejado clavada en el sitio, y aunque los coches chirriaban a mi alrededor, no conseguía que mis piernas se movieran. Si cruzaba al otro lado, sabría lo mismo que todos los demás, y una parte de mí no quería parecer tan aterrorizada como ellos.

Mientras la sangre me latía en los oídos, divisé a un hombre que parecía completamente fuera de lugar. No solo era más alto y corpulento que casi cualquier hombre que hubiera conocido, sino que llevaba un traje negro demasiado formal para el caluroso día de Carolina del Sur. Tenía el pelo oscuro y recogido hacia atrás, y aunque unas gafas de sol le cubrían los ojos, pude sentir su mirada cuando se posó en mí.

Antes de que pudiera alejarme del hombre imponente, se había acercado a mí y me había rodeado con un brazo sin preguntar, sacándome del tráfico y diciendo algo sobre apartarme de la carretera.

Una vez en la acera, retiró su brazo. —¿Tiene algún lugar seguro adonde ir?

No le había dicho que podía tocarme, pero ahora echaba de menos el calor de su brazo alrededor de mi cintura, lo cual era extraño. Me quedé mirándole, olvidando lo que me había preguntado. —¿Qué está pasando?

—No lo sé, pero debería buscar refugio.

Su voz era grave y profunda, y era como un trueno que retumbaba en mi interior y me provocaba un escalofrío por la espalda. Esto me hizo pensar en las tormentas que azotaban regularmente la costa este. Murmuré algo sobre huracanes, que creo que no oyó porque me preguntó si trabajaba en una floristería.

¿Íbamos a intercambiar preguntas aleatorias? —No. ¿Por qué?

No respondió, pero justo entonces el suelo tembló, y un grito se escapó de mis labios.

Él miró al cielo blanco incandescente. —Busque refugio.

Ladeé la cabeza hacia él. —¿Y usted qué? No es de por aquí, ¿verdad? ¿Adónde va a ir?

Mis preguntas parecieron desconcertarle.

—Venga —dije. No podía dejar a mi buen samaritano en la estacada —. Vivo justo a la vuelta de la esquina. Puede refugiarse conmigo. — Cuando vaciló, añadí—: Me ha salvado de que me atropellaran. Se lo debo.

Una vez más, pude sentir su mirada tras las gafas oscuras. Finalmente, asintió.

Señalé con la cabeza hacia un lado y empecé a caminar rápidamente. —Por aquí.

Solo había dado unos pasos cuando una sombra cayó sobre nosotros. Eché la cabeza hacia atrás para ver qué podía estar

oscureciendo el cielo despejado, pero la forma masiva que emergía de la nada era imposible.

El hombre me arrebató las bolsas de la compra de las manos. —¡Corra!

No esperé para empezar a correr, con el corazón acelerado mientras me lanzaba calle abajo y doblaba la esquina. El hombre enorme estaba justo a mi lado, y la gente saltaba de la acera para evitar ser arrollada por él y las bolsas de la compra que se balanceaban.

Me temblaban las manos mientras rebuscaba en mi bolso cruzado las llaves y subía corriendo por el camino hacia la casa de ladrillo que había sido convertida en apartamentos. Las encontré y logré abrir la puerta principal, prácticamente cayendo dentro, pero consiguiendo mantener la puerta abierta para él.

Solo cuando estaba intentando meter la llave en la cerradura de mi apartamento, me cuestioné la sensatez de invitar a un completo desconocido a mi casa. Era el tipo de cosa que hacía que la gente muriera en las películas de terror, pero ahí estaba yo, dejando que el tipo cargara con mis compras y fuera un héroe.

Aunque la lógica me decía que estaba siendo una idiota, había algo en el hombre que me hacía sentir segura. Tal vez mi juicio estaba sesgado y me arrepentiría de la decisión el resto de mi corta vida, pero sabía en mis entrañas que no me haría daño.

Abrí la puerta de golpe, recordando solo entonces que había dejado mi casa hecha un desastre. Había ropa esparcida por el suelo, platos apilados en el fregadero, y mi gata calicó estaba tumbada en mi pequeña mesa del comedor como si siempre durmiera allí, lo cual hacía. Me ruboricé, pero cuando miré al hombre a mi lado, no pareció darse cuenta ni importarle.

—Perdone por el desorden. —Entré y dejé las llaves en un cuenco junto a la puerta—. No esperaba visitas.

Colocó las bolsas sobre la mesa, haciendo que Dinah se levantara enfadada, le sacudiera su esponjosa cola blanca y saltara al suelo. —No me importa.

Debía de estar distraído por aquella cosa enorme en el cielo, fuera lo que fuese, porque parecía tan conmocionado como yo me sentía.

Observó a Dinah contonearse hacia mi dormitorio.

—¿De qué especie era eso otra vez?

Parpadeé, insegura de si le había oído correctamente.

—Es un gato.

Vaya por Dios. Estaba más afectado por lo que estaba sucediendo de lo que había pensado.

Hice un intento poco entusiasta de descargar algunas compras antes de cruzar el salón y encender la tele. Si el grandullón lo notó o le importó, no dio ninguna señal. Había sacado un móvil y estaba tecleando furiosamente, su expresión endureciéndose.

Aunque las noticias no deberían estar puestas a media tarde, reconocí el rostro de un presentador en mi pantalla. Su expresión era tan sombría como la del desconocido del traje oscuro.

—Nos llegan informes de una invasión aérea. Los testigos describen extrañas aeronaves como nada que hayamos visto antes. Las autoridades gubernamentales instan a los ciudadanos a refugiarse donde estén.

Un escalofrío me recorrió los brazos a pesar de que el sudor aún perlaba mi piel. ¿Una invasión? ¿Quién nos estaba invadiendo? ¿Era esto un ataque nuclear?

El presentador se tocó la oreja con un dedo y frunció el ceño.

—Ahora estamos recibiendo confirmación de que los invasores no son humanos. Son, de hecho, seres extraterrestres —su imagen parpadeó en la pantalla—. Los alienígenas han llegado a la Tierra.

Me llevé una mano a la boca para ahogar una risa.

—Esto tiene que ser una broma —me giré hacia el hombre a mi lado —. ¿Alienígenas? ¿En serio?

Pero cuando vi la expresión de su cara, la risa se me murió en los labios. Tenía la mandíbula apretada, los músculos le temblaban mientras agarraba el teléfono con tanta fuerza que temí que pudiera hacerlo añicos. Entonces lo comprendí. Iba todo de negro y llevaba gafas de sol. ¿Era uno de los hombres de negro, como en la película? ¿Existían de verdad, y estaba él aquí porque los alienígenas también eran reales?

CAPÍTULO

TRES

Maxxon

Tomé una profunda bocanada de aire, preparándome para revelar mi verdadera identidad a esta mujer y explicar mi urgente necesidad de marcharme y unirme a la lucha contra los Kronock. Nunca antes me había revelado a ningún humano. Todo mi trabajo se basaba en ocultar mi identidad y mantener a los humanos ajenos a los Drexianos. ¿Podría ir en contra de todo mi entrenamiento?

Otro estruendo sacudió el edificio, recordándome que había una invasión en curso. Si los humanos no sabían sobre los alienígenas antes, pronto sabrían más de lo que jamás habrían deseado, especialmente si los Kronock resultaban victoriosos. El pensamiento me hizo estremecer.

Pero antes de que decidiera si revelar mi identidad a la mujer que me había dado refugio, la puerta traqueteó, aunque no fue por la batalla exterior. Alguien estaba llamando y gritando a través de la puerta.

—¡Allie! ¿Estás ahí, chica?

Allie. Ese debía ser su nombre. Exhalé cuando me di cuenta de que no era el nombre de la mujer que me habían enviado a buscar. Por

alguna razón, necesitaba que la mujer no fuera un tributo.

Ella pulsó un botón en un dispositivo que silenció el televisor, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

El hombre que casi se cayó dentro era delgado y de pelo claro, aunque vestía pulcramente con pantalones cortos grises y una camiseta verde sin mangas. —Estaba muy preocupado, Allie. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Bryce —Allie le dio un rápido abrazo—. Solo un poco conmocionada, eso es todo.

Aunque ella estaba abrazando al hombre, no percibí que hubiera nada romántico entre ellos. Posiblemente porque mientras el hombre la abrazaba y me vio por encima de su hombro, sus pupilas se dilataron.

Se apartó y puso las manos en las caderas, dándome un descarado repaso. —¿Y quién es este?

Allie dudó por un momento, mirándome con incertidumbre. —Se está refugiando conmigo ya que no es de por aquí.

—Ya lo creo —Bryce se acercó y examinó mi traje—. Ni siquiera sé si los hacen así en Carolina del Sur.

—Lo siento —Allie se volvió hacia mí—. Con toda esta locura, no te pregunté tu nombre.

—Maxxon —dije, y luego me contuve de añadir que era de la Casa Kapor. Los terrícolas no tenían clanes de la misma manera que los Drexianos. Al menos, no se identificaban por ellos.

Bryce sonrió. —Ese es un nombre inusual. ¿De dónde eres?

Allie le dio un codazo en el costado. —Este no es precisamente el momento de jugar a las veinte preguntas.

Su amigo miró hacia las ventanas. —¿Qué está pasando? No son otra vez los sobrevuelos de la base, ¿verdad?

Allie hizo un gesto hacia el televisor silenciado. —¿No lo has oído? Son alienígenas.

Bryce echó la cabeza hacia atrás y se rio. —¿Alienígenas? —Entonces una explosión sacudió el suelo y su risa se detuvo—. ¿En serio?

—Sí, en serio —Allie apuntó con el dispositivo en su mano hacia la pantalla y de repente el presentador volvió a ser audible, advirtiendo a la gente que se refugiara inmediatamente.

El poco color que Bryce tenía en la cara se desvaneció, y se desplomó en el sofá, sin molestarse siquiera en apartar una revista que crujió debajo de él. —Esto no puede ser cierto. Los alienígenas no son reales.

Quería decirle que los alienígenas eran muy reales, pero que no todos eran violentos y aterradores como los Kronock. Pero ver su cara me dijo que no era el momento de convencer ni a Allie ni a Bryce de que yo era uno de los alienígenas buenos. Cuando las criaturas estaban asustadas, arremetían, y yo no quería ser el objetivo de su miedo.

El gato de Allie saltó al sofá junto a su amigo y le rozó el brazo. Bryce logró esbozar una débil sonrisa y acarició la cabeza del gato. —Hola, Dinah. ¿Qué opinas de todo esto? —Su mirada estaba clavada en el informe de noticias, y dejó escapar un suspiro melancólico—. Ya sabes que los alienígenas no van a estar buenos y calientes, por mucho que queramos que lo estén.

Allie se acercó a mí. —Mi amigo parece un poco asustado.

—Comprensible.

Me miró, con voz baja. —Pero tú no. Pareces bastante tranquilo, considerando todo.

Mi mente trabajaba a toda velocidad mientras pensaba en una excusa, pero ella puso una mano en mi manga antes de que pudiera

inventar algo convincente.

—No te preocupes. Creo que sé por qué.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Había descubierto que yo era un alienígena?

—Eres uno de los Hombres de Negro, ¿verdad?

La miré fijamente. ¿Hombres de Negro? Bajé la mirada hacia mi traje negro estándar que todos los procuradores de novias tributo Drexianos llevaban. Supongo que iba de negro, pero ¿qué era un Hombre de Negro?

Ella miró a Bryce y luego de vuelta a mí. —No te preocupes. No le diré que estás aquí para luchar contra los alienígenas. Probablemente lo asustaría más.

Tenía razón en que yo quería luchar contra los Kronock, pero intuí que ella se refería a algo diferente. Aun así, si eso significaba que no cuestionaría mi presencia o mi apariencia, no me importaba seguirle la corriente. ¿Qué era un engaño más para mantenerla tranquila?

Bryce se levantó rápidamente, haciendo que el gato maullara y saltara al suelo. —Si esto es una invasión alienígena de verdad, necesito hacer una maleta.

—¿Qué? —Allie lo siguió hasta la puerta—. ¿Adónde vas?

Su mirada revoloteó mientras salía al pasillo. —Si tenemos que ir a un refugio, no quiero llevar esta ropa durante días. Volveré enseguida, cariño.

Una vez que se fue, Allie se volvió hacia mí. —Quizás tenga razón. Tal vez debería preparar una bolsa de emergencia por si tenemos que salir corriendo.

Miré hacia afuera, pero no pude ver mucho. Aun así, no parecía seguro quedarse en un edificio que estaba sobre el suelo. Había visto láseres Kronock derribar estructuras mucho más sólidas que

esta. —Deberías. Este edificio no está hecho para resistir un ataque alienígena.

Ella abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hablar, una explosión ensordecedora sacudió el edificio. Instintivamente, me lancé hacia Allie, derribándola al suelo mientras la ventana se hacía añicos y fragmentos de cristal llovían sobre la alfombra.

Me zumbaban los oídos, pero permanecí encorvado sobre ella para protegerla de cualquier escombro que cayera. Su pequeño cuerpo subía y bajaba mientras tomaba respiraciones temblorosas, recordándome lo frágiles que eran los humanos. En ese momento, nada más importaba excepto mantenerla a salvo. Ni mi misión, ni mi propia seguridad. Todo lo que importaba era protegerla.

Por fin desenrollé mi cuerpo del suyo, y ella parpadeó mirándome, con los ojos muy abiertos. Mi mirada se desvió hacia sus labios mientras inhalaba rápidamente, pero me obligué a apartar la vista y ponerme de pie, tirando de ella para que se levantara conmigo.

Ahora estaba claro que no podía quedarme aquí, y tampoco podía dejarla. No la abandonaría a merced de los Kronock. Pero también necesitaba ver qué estaba pasando e intentar enviar un mensaje a mi nave y a la estación.

—Tengo que salir ahí fuera —le dije—, pero te prometo que volveré.

Esto la sacó de su aturdimiento. —¿Estás loco? No puedes salir ahí. Se supone que debemos refugiarnos. —Luego dudó—. Pero probablemente estés entrenado para esto, ¿verdad? Sabes cómo tratar con alienígenas.

Por una vez, tenía razón. —Así es. —Tomé una de sus manos y la apreté—. Y volveré a por ti.

Me obligué a soltar su mano, a pesar del cosquilleo de calor que su contacto enviaba bailando por mi piel. Luego me di la vuelta y me apresuré a salir por la puerta, bajar por el pasillo y volver a la acera. Estiré el cuello para contemplar la visión de una imponente nave de

batalla Kronock sobre nosotros, siendo el único consuelo los cazas Drexianos que zumbaban a su alrededor y disparaban sin cesar contra el casco escamoso.

Saqué mi dispositivo, listo para enviar un mensaje a mi piloto diciéndole que se preparara para algunos pasajeros extra. Entonces vi el mensaje de él, y mi sangre se heló.

Había despegado para unirse a la batalla. No podría salvarnos ni a mí ni a Allie. Se había ido, y yo estaba atrapado en la Tierra en medio de la invasión que pensábamos que nunca ocurriría.

CAPÍTULO
CUATRO

Allie

Me encontraba en medio de mi apartamento, con el corazón acelerado mientras las explosiones sacudían el mundo exterior. Las paredes temblaban con cada estruendo ensordecedor, y no podía evitar preguntarme si así era como todo iba a terminar. La gente hablaba del fin del mundo, pero siempre a la ligera. Nadie creía realmente que fuera a acabarse, y no conocía a nadie que tuviera una invasión alienígena en su cartón de bingo de "cómo podría morir".

Si este era el final, no esperaba pasarlo con un completo desconocido. No es que tuviera un montón de amigos o raíces profundas en la ciudad, pero el tipo del traje negro estaba aún más fuera de lugar. Aun así, había algo confiable en él, algo que me hacía pensar que tal vez las cosas podrían salir bien. Definitivamente había habido algo cuando me tocó.

Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. No era el momento de distraerme con un extraño atractivo. —Un extraño atractivo y loco.

Había que estar loco para lanzarse a una invasión alienígena violenta, incluso si estabas entrenado para tratar con alienígenas. Me froté la cabeza. ¿Era en serio un Hombre de Negro? Aparte de las

leyendas urbanas y las películas bastante decentes, esas cosas no podían ser reales, ¿verdad?

—Bueno, aparentemente los alienígenas son reales —me dije mientras inhalaba el humo que se colaba por mi ventana rota e intentaba mantener la calma.

Pero mantener la calma era más fácil decirlo que hacerlo. Cada vez que una explosión hacía temblar las ventanas, se me encogía el pecho. ¿Y si el edificio se derrumbaba? ¿Y si los invasores llegaban a la superficie y empezaban a ir casa por casa?

Caminaba de un lado a otro, impaciente por que Maxxon regresara. Mi pulso se aceleraba al pensar en él allá fuera. ¿Y si no volvía? Entonces un pensamiento horrible me invadió. ¿Y si había mentido sobre volver? ¿Y si se había marchado a luchar sin intención de regresar?

El sabor de la bilis me picaba en la garganta, el familiar gusto amargo de la traición y el abandono. No sería el primero en dejarme. Contuve una risa sin alegría. En realidad, no marcharse le convertiría en la excepción.

Cerré los ojos con fuerza, obligándome a no remover pensamientos sobre mi padre, mi madre, la serie de exnovios. Pero estar de pie sola en mi apartamento no hacía nada por mantener esos viejos recuerdos a raya.

Otro temblor del suelo me devolvió al presente. Si no podía contar con que Maxxon regresara, tal vez debería esconderme en algún sitio. ¿El baño? ¿El armario? ¿Debajo de la cama? Pero entonces, ¿de qué serviría esconderme si todo el edificio se venía abajo?

Quizás debería huir. Podría intentar encontrar un lugar más seguro, algún sitio lejos de la ciudad y el caos. Pero entonces recordé que mi coche había sido remolcado por demasiadas multas de aparcamiento, que era la razón por la que había ido andando a la tienda en primer lugar.

Mierda, mierda, mierda. Incluso si pudiera salir del apartamento y llegar a las calles, no tendría forma de escapar. Las carreteras probablemente estarían atascadas de tráfico de todos modos, con la gente intentando salir de la ciudad.

Y le dijiste que le esperarías.

Gemí. Le había prometido a Maxxon que me quedaría, pero apenas conocía al tío. ¿Por qué sentía que le debía algo? No tenía sentido, pero mi instinto me decía que podía confiar en él. Había algo en Maxxon que me hacía sentir segura, incluso en medio de toda esta locura. Era irracional, lo sabía, pero no podía quitarme la sensación de que le había encontrado por alguna razón.

Mi puerta se abrió de golpe, y mi corazón dio un brinco. ¡Había vuelto! Pero no era el grandullón. Era Bryce con una mochila colgada de cada hombro.

—Me largo de aquí. ¿Vienes conmigo?

Dudé. La respuesta racional era sí, pero ¿qué pasaba con Maxxon? —Le dije a Maxxon que le esperaría a que volviera.

Bryce parpadeó. —¿Maxxon? Ah, ¿el macizo grandote? —Entonces miró hacia la salida del edificio—. ¿Se fue? ¿Está ahí fuera?

Asentí, sintiéndome cada vez más absurda por esperar después de que el tío se marchara. —Va a volver.

Bryce ladeó la cabeza. —¿Estás segura? ¿Por qué no vienes conmigo?

Miré a mi amigo, que probablemente no tenía ni un solo arma en sus bolsas de emergencia. —Estoy bien. Pero ten cuidado.

Se mordió el labio inferior mientras el edificio volvía a temblar. —Me dirijo al centro recreativo por si cambias de opinión.

Entonces me dio un abrazo rápido, me soltó y salió corriendo, dejándome sola de nuevo. Me maldije en voz baja y me pregunté si

me arrepentiría de quedarme. ¿Acabaría siguiendo a Bryce de todos modos?

Un maullido lastimero me hizo girar sobre mí misma. ¡Dinah! Por supuesto que no podía irme sin mi gata. ¿En qué estaba pensando? Me dejé caer de rodillas buscándola, gateando por el suelo y evitando el cristal, hasta que finalmente la vi acurrucada bajo mi mesa de comedor.

—Vamos, cariño. —Hice suaves chasquidos con la lengua mientras extendía un brazo, la agarraba por el pellejo del cuello y la atraía hacia mí.

A Dinah no le gustaron mis métodos, lo cual expresó vocalmente con una serie de maullidos, pero una vez que la acuné contra mi pecho, se relajó.

—¿Ves? No estamos solas. Nos tenemos la una a la otra. —Besé su cabeza peluda, el calor de su pequeño cuerpo me reconfortaba.

Entonces la puerta de mi apartamento se abrió de nuevo. Di un respingo, Dinah clavó sus garras en mi brazo, y me mordí el labio para no gritar. Luego me invadió la euforia al ver a Maxxon de pie en el umbral. Pero la euforia fue seguida rápidamente por la conmoción.

Su ropa estaba rota y sucia, y tenía un corte en la frente por el que goteaba sangre por un lado de su cara. Sus gafas de sol oscuras habían desaparecido, revelando unos ojos que eran más ámbar que marrones o avellana. Pero me distrajo de esto el hecho de que su pelo, antes pulcramente recogido, ahora caía suelto alrededor de su rostro, dándole un aspecto salvaje e indómito.

Mi corazón dio un vuelco en mi pecho. Se veía muy diferente a cuando había salido corriendo por la puerta, y de repente me acordé de que no sabía nada sobre el desconocido. Nada más que mi instinto diciéndome que podría ser más peligroso para mí que cualquier cosa que descendiera del cielo.

CAPÍTULO

CINCO

Maxxon

Había salido tambaleándome del edificio de apartamentos de Allie cuando el hedor acre del humo asaltó instantáneamente mis fosas nasales. A mi alrededor, los humanos corrían gritando mientras la nave de batalla Kronock lanzaba ráfagas de plasma, reduciendo edificios y vehículos a escombros humeantes.

—*Grek* —maldije entre dientes. ¿Cómo habían conseguido esos bastardos reptilianos atravesar nuestras defensas? Se suponía que la flota Drexiana era impenetrable. Nuestro bloqueo del sistema solar que contenía la Tierra había resistido durante décadas. No solo eso, se suponía que los Kronock estaban en retirada. Los habíamos debilitado. ¿O no?

Cerré las manos en puños, con la furia recorriendo mi cuerpo. Los Kronock eran conocidos por mantenerse ocultos y esconder sus capacidades militares, pero ¿realmente habían podido llevar a cabo un ataque de esta magnitud sin previo aviso?

Imaginé el pánico que estaría consumiendo al Alto Mando Drexiano, la rabia que estaría alimentando a los guerreros Drexianos y el miedo que estaría llenando a todos los humanos en la estación espacial. Toqué frenéticamente la unidad de comunicaciones en mi

muñeca, intentando contactar con la estación. Sabía que mi nave había desaparecido, pero tal vez hubiera otra forma de salir de este planeta.

Nada más que estática. Los Kronock claramente estaban interfiriendo nuestras frecuencias. Metí el dispositivo en el bolsillo de mis pantalones.

El grito penetrante de una mujer atravesó el aire cuando un caza Kronock ametralló la calle frente a mí. La explosión envió un coche dando vueltas de un extremo a otro, dirigiéndose directamente hacia mí. Me lancé y rodé, sintiendo la ráfaga de aire mientras el vehículo en llamas pasaba sobre mi cabeza y se estrellaba contra el lateral de un edificio.

—¡*Grekking* infierno! —Mi corazón latía con fuerza mientras me ponía de pie apresuradamente.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Mi misión de recuperar novias humanas de repente parecía ridículamente insignificante. En este momento, mi único pensamiento era la supervivencia, tanto la mía como la de los inocentes humanos atrapados en el fuego cruzado de un conflicto interestelar que nunca debería haberles alcanzado.

Un zumbido agudo se hizo más fuerte, y por instinto me tiré al suelo cuando otra explosión destruyó una casa al otro lado de la calle. Mientras el polvo se asentaba, un escalofrío me recorrió.

Los ataques Kronock se estaban acercando más a mí. Casi como si...

Saqué mi dispositivo de mis pantalones y lo lancé al medio de la calle. ¿Me estaban rastreando por las señales de comunicación que había enviado a la estación?

Entonces un rayo láser rojo brillante cortó el suelo justo delante de mí y salté hacia atrás, cayendo con fuerza sobre mi espalda.

¿O tenían una forma de rastrear las bio-firmas Drexianas? Conocía los rumores sobre los Kronock capturando guerreros Drexianos y

recuperando ADN. ¿Era posible que fuera por esto?

Un frío pavor se asentó en mi estómago. Si esto era cierto, estaba llevando la muerte directamente a cualquier humano cerca de mí. Directamente a Allie.

Mi corazón latía con fuerza mientras consideraba irme. Ella estaría más segura si me marchaba. Pero había prometido volver. Me había jurado a mí mismo que la protegería. No la abandonaría. No me iría sin saber si sobrevivía o me perdonaba.

Sin pensarlo más, corrí de vuelta al edificio de apartamentos e irrumpí por su puerta.

Allie estaba de pie con su gato en brazos. Ninguno de los dos parecía herido, aunque tampoco parecían complacidos. Su mirada me recorrió, y me di cuenta de que había perdido mis gafas de sol cuando me había lanzado a cubrirme y mi pelo se había soltado cuando había hecho el salto y giro. No había forma de ocultar mis ojos ámbar o mi melena de pelo largo y oscuro. Al menos mi camisa seguía puesta. Los nodos que recorrían mi espalda habrían sido una clara señal de que no era humano.

No tenía tiempo de preocuparme por mi aspecto, aunque su expresión sorprendida me decía que mi engaño se estaba desmoronando.

Acercándome a ella, puse mis manos en sus brazos para que me mirara. —¿Hay algún lugar cercano que esté bajo tierra? ¿Túneles, cuevas, lo que sea?

Ella frunció el ceño, claramente luchando por darle sentido a mi pregunta. —¿B-bajo tierra? Um... hay unas cavernas a unos dieciséis kilómetros al norte de aquí. Las Cavernas de Cristal. A veces llevan a los niños de las escuelas allí de excursión.

Asentí y dejé escapar un suspiro. Eso serviría. —Bien. Tenemos que ir allí. Ahora.

—¿A las cavernas? —Apretó a su gato contra sí—. ¿Cómo?

Una explosión que sacudió los huesos ahogó cualquier respuesta que pudiera haber dado, y el polvo cayó sobre nosotros desde arriba. Otro impacto podría derribar el edificio.

—No importa —dijo ella—. Vamos.

Cogió un bolso que colgaba del respaldo de una silla y colocó cuidadosamente a su gato dentro, luego se lo colgó al hombro. Sin decir una palabra más, la guié fuera de su apartamento y del edificio.

Ella inspiró bruscamente ante el caos: vehículos volcados, escombros humeantes donde antes había edificios, gente aterrorizada corriendo en todas direcciones. —¿Qué está pasando?

No había nada que pudiera decir para explicar a los Kronock. No había razón para su violencia aparte de la necesidad de dominar y destruir. Lo único que podíamos hacer era correr e intentar sobrevivir.

Mi mirada se fijó en un vehículo gris al final de la calle. Gris y cubierto de paneles similares a escamas. El miedo y la furia helaron mi cuerpo al darme cuenta de que los Kronock habían desplegado fuerzas terrestres.

Agarré la mano de Allie. —Ahora sería el momento de rezar a cualquier dios terrestre en el que creas para que podamos llegar a esas cavernas antes de que los Kronock nos alcancen.

Ella respondió a mi agarre con un fuerte apretón, y por un instante me maravillé de lo pequeña que era su mano en la mía. Pequeña pero no débil. Mi pulso se aceleró, y una abrumadora necesidad de protegerla me invadió. Era más que un simple deber u honor Drexiano. Allie había despertado algo en mí que nunca había experimentado, y moriría antes de permitir que le ocurriera algún daño.

—Quédate cerca de mí —ordené mientras retrocedía y la arrastraba conmigo—. Y si te digo que hagas algo, lo haces sin cuestionar. ¿Entendido?

—Entendido —Sus cejas se alzaron en un momento de desafío—. Por ahora.

El suelo vibró cuando el vehículo Kronock avanzó, con uno de los cañones montados en el frente girando hacia nosotros.

—¡Corre! —rugí mientras una ráfaga de energía pasaba silbando tan cerca que su calor me abrasó la piel.

Allie me seguía el ritmo, aunque sus zancadas eran más cortas, y prácticamente la arrastraba cuando llegamos a la esquina. Nos lanzamos al callejón justo cuando otra ráfaga golpeó el muro de ladrillos y lo derrumbó. Me puse de pie de un salto, levantando a Allie a mi lado—. Sigue moviéndote.

No habló mientras corríamos más profundo en las retorcidas callejuelas, pero pronto los sonidos de destrucción se desvanecieron tras nosotros. Aunque los hubiéramos dejado atrás por ahora, los Kronock nos encontrarían, me encontrarían a mí. Nuestra única esperanza era ir bajo tierra para que no pudieran rastrearme.

Miré a Allie de reojo mientras nos deteníamos para recuperar el aliento. Su rostro estaba surcado de sudor mientras revisaba al gato en su bolsa, logrando hablarle en tonos suaves entre jadeos.

Levantó la mirada y la fijó en la mía, lanzando una mirada nerviosa detrás de ella—. ¿Y ahora qué? Aún estamos a kilómetros de la caverna.

—¿Crees que puedes correr el resto del camino?

Soltó una carcajada y luego se tapó la boca con la mano—. Ni de coña —Señaló su bolsa—. Y Dinah odia correr.

Antes de que pudiera decirle que la comodidad del animal era lo que menos nos preocupaba, una explosión cercana me hizo agarrarle la

mano de nuevo. Se estaban acercando a nosotros.

CAPÍTULO

SEIS

Allie

Me ardían los pulmones mientras corría por la calle llena de escombros, esforzándome por mantener el ritmo de las largas zancadas de Maxxon. El sudor me corría por la espalda y un dolor agudo me atravesaba el costado con cada bocanada de aire. Si sobrevivía a esto, definitivamente iría más al gimnasio.

Al doblar una esquina, divisé un coche gris abollado al ralentí frente a una tienda de conveniencia, con la puerta del conductor ligeramente abierta. No había nadie en el coche y la tienda parecía muy dañada. No quería pensar en el destino del conductor ni en por qué su coche estaba en marcha sin nadie a la vista.

Me dirigí directamente hacia el coche, tirando de Maxxon conmigo.

Él siguió mi mirada antes de entrecerrar los ojos.

—¿Quieres usar ese vehículo?

A medida que nos acercábamos, pude ver la pintura descolorida y el metal oxidado, pero no me importaba.

—A menos que quieras cargarme el resto del camino, este coche tendrá que servir.

Maxxon no discutió y ni siquiera intentó conducir, sentándose en el asiento del copiloto mientras yo subía mi bolso con Dinah en la parte trasera y luego saltaba al asiento del conductor. Con una última mirada alrededor y los dedos cruzados esperando que el dueño no viniera gritando tras nosotros, metí la marcha y me alejé de la acera.

—Agárrate —advertí, esquivando un todoterreno volcado que bloqueaba la mitad de la carretera—. Esto podría ponerse movido.

Maxxon se aferró al salpicadero mientras nos llevaba por calles laterales y caminos secundarios, tratando de evitar lo peor del caos y, con suerte, a los alienígenas. El coche rebotaba y traqueteaba mientras lo llevaba al límite, y los nudillos de Maxxon se pusieron blancos.

—¿Estás entrenada para operar esta máquina? —gritó por encima del inquietante traqueteo del motor y el viento que entraba por las ventanas abiertas.

—¿Entrenada? —Le lancé una mirada rápida—. Bueno, llevo conduciendo desde los 16 años. Aunque admito que es la primera vez que tengo que huir de alienígenas.

Volví a mirarle, observando su postura tensa y cómo su cabeza se movía constantemente de un lado a otro, buscando amenazas.

—Sabes, no hablas como si fueras de aquí.

—No soy de aquí. Ya te dije que estaba de visita.

Antes de que pudiera explicar que me refería a que no hablaba como si fuera de Estados Unidos, una explosión ensordecedora sacudió el coche. Tiré del volante hacia un lado para evitar un trozo de escombros en llamas que se precipitaba hacia nosotros.

Salimos rebotados de la carretera y entramos en un campo, con la hierba alta golpeando contra los bajos del coche. Apreté los dientes y luché por mantenerlo en movimiento mientras el terreno irregular amenazaba con destrozarlo.

Mi mente iba tan rápido como mi corazón, con un constante oh-mierda-oh-mierda-oh-mierda corriendo por mi cabeza. Pero mantuve el pie presionado contra el acelerador y el coche lanzado hacia delante. Finalmente, volví a la carretera con un volantazo, mis manos temblando sobre el volante.

—Ya casi estamos —dije mientras pasábamos volando junto a una valla publicitaria descolorida de las cavernas—. Solo un poco más.

El maltrecho coche protestó cuando lo forcé aún más al girar por la carretera que conducía a las cavernas. Había visitado este lugar en una excursión escolar de pequeña, pero la zona no había envejecido bien. Los carteles estaban sucios, las carreteras estaban llenas de baches y parches, y parecía desierto. Aunque, bien pensado, ¿quién querría visitar unas cavernas en medio de un ataque alienígena?

Derrapamos en el aparcamiento de grava y pisé el freno en cuanto estuvimos lo más cerca posible de la entrada. El coche ni siquiera se había detenido por completo cuando Maxxon ya estaba fuera, escaneando la zona con unos instintos que me decían que debía tener entrenamiento militar.

—¡Vamos!

Me apresuré a salir del asiento del conductor, con las piernas temblorosas, y cogí mi bolso del asiento trasero con Dinah acurrucada en el fondo. Corrimos hacia el centro de visitantes, un edificio utilitario de una planta que claramente había sido diseñado en los años 70 y ahora se alzaba ominosamente vacío.

Maxxon empujó las puertas de cristal, que cedieron fácilmente. Supuse que el personal y los visitantes habían huido a casa cuando comenzó la invasión. Cerrar y asegurar el centro de visitantes de la caverna claramente no había sido una prioridad para nadie, y no les culpaba.

Le seguí al interior del vestíbulo con aire acondicionado, echando un vistazo a los folletos esparcidos por el mostrador circular de

recepción. A un lado estaba la zona de la tienda de regalos, con estanterías de camisetas que alardeaban cosas como «DEJÉ MI CORAZÓN EN LAS CAVERNAS DE CRISTAL». La visión de algo tan absolutamente normal en medio de la locura del día me hizo sacudir la cabeza.

Mientras Maxxon saltaba por encima de los torniquetes que bloqueaban el camino a la entrada de la caverna, cogí todas las bolsas de patatas fritas y caramelos que pude del mostrador de la cafetería y las metí en mi bolso junto a una Dinah que bufaba. Maxxon me tendió una mano para ayudarme a pasar los torniquetes, y me sorprendió la firmeza de su agarre. Yo podría estar entrando en pánico, pero él parecía tranquilo.

Nos apresuramos por el pasillo y bajamos una escalera que conducía a la entrada de la caverna, y solté un suspiro cuando el aire fresco y húmedo me acarició la piel caliente y pegajosa. A medida que avanzábamos, el aire se volvía más fresco y el silencio más completo. La transición abrupta del caos a la calma fue casi desconcertante, y me detuve un momento para tomar aliento.

Maxxon se detuvo para esperarme.

—¿Estás bien?

Asentí, respirando profundamente el aire húmedo y terroso. No podía decir que estuviera bien, pero estaba viva, lo cual ya era algo. Intenté no pensar en cuánta gente de mi ciudad no estaba bien. Intenté no pensar en Bryce, asegurándome a mí misma que era más duro de lo que parecía.

Maxxon gruñó y se dio la vuelta, y comenzamos a descender por el resbaladizo sendero de piedra que se adentraba en las profundidades de la tierra. Nuestros pasos resonaban en el inquietante silencio, con golpes constantes que anunciaban nuestra llegada.

A pesar de las extrañas circunstancias, no pude ignorar los recuerdos de cuando visitaba las cavernas con mis compañeros de clase, maravillándome con las formaciones rocosas de otro mundo y escuchando los chistes cursis del guía turístico. De niña, las imponentes cavernas con estalactitas goteando desde el techo me habían dejado boquiabierta. Había tocado con entusiasmo las altas estalagmitas que se elevaban desde el suelo, saboreando la sensación de la roca fría y resbaladiza.

Ahora apenas reparaba en el impresionante entorno. Solo estaba agradecida de que fuera un rincón oculto de refugio y de que a nadie más se le hubiera ocurrido correr hasta aquí.

—Deberíamos estar a salvo aquí —dijo Maxxon después de que hubiéramos caminado en silencio durante un rato—. Los Kronock no podrán detectarme a través de toda esta roca.

Agradecí poder detenerme y recuperar el aliento, pero entrecerré los ojos mirándole.

—¿Los qué?

Maxxon abrió la boca y sus ojos se agrandaron, pero antes de que pudiera explicar, una explosión atronadora sacudió la caverna. La onda expansiva nos derribó a ambos, y di un grito al caer al suelo y soltar mi bolsa. Dinah salió disparada del bolso y se adentró corriendo por el sendero.

—¡Mierda! —Las palmas me ardían por el impacto contra el suelo rocoso, pero me detuve mientras me incorporaba y me ponía de pie.

El estruendo era profundo y distante, pero se me heló la sangre al darme cuenta de lo que estaba pasando. Me levanté de un salto, agarrando el brazo de Maxxon y tirando de él para que se pusiera de pie.

—¡Se está derrumbando la cueva!

Él se levantó de un salto, pero era demasiado tarde. Con un rugido ensordecedor, la entrada de la caverna detrás de nosotros se derrumbó en una avalancha de rocas y polvo. Las luces brillantes que habían estado iluminando nuestro camino parpadearon y luego se apagaron, sumiéndonos en la oscuridad.

Tosí, mis pulmones ardían mientras intentaba respirar a través de la asfixiante nube de polvo, y sacudí la cabeza, con los oídos pitando.

Entonces el brazo de Maxxon me rodeó, cálido y reconfortante en la oscuridad. Hice un rápido inventario mental. Estaba conmocionada, pero no herida.

—Estoy bien —dije antes de que pudiera preguntar—. ¿Tú?

—Ileso. —Casi podía oírle escaneando nuestro entorno, aunque no podía ver nada—. Pero parece que tenemos un problema.

Una risita al borde de la histeria se escapó de mis labios.

—¿Tú crees? Estamos atrapados en una cueva mientras el mundo está siendo destruido ahí arriba. Yo diría que eso definitivamente califica como un problema. —Luego se me hizo un nudo en la garganta—. Y Dinah ha desaparecido.

A medida que mis ojos se adaptaban lentamente a la oscuridad, pude distinguir apenas la enorme silueta de Maxxon. Estaba de cara a mí, y podía sentir el peso de su mirada aunque no pudiera verla.

—Te prometo que nos sacaré de esta —sus palabras fueron suaves pero feroces—. Cueste lo que cueste. —Luego añadió—: Y encontraré a tu gata.

Era una afirmación exagerada considerando las probabilidades en nuestra contra, pero le creí.

Las luces azules volvieron a parpadear, sin duda alimentadas por algún generador de emergencia, y contuve la respiración. Maxxon me miraba intensamente con el conjunto de ojos ámbar más

hermoso que jamás había visto. Ámbar. Ni marrones. Ni avellana. Y no del todo normales.

CAPÍTULO

SIETE

Maxxon

El tenue resplandor de la iluminación de emergencia de la caverna proyectaba sombras azuladas y espectrales en las rugosas paredes de piedra, recordándome vagamente el puente de la estación espacial drexiana. Aunque estábamos atrapados bajo tierra, prefería el aire fresco y la oscuridad de las cavernas al calor abrasador y el sol deslumbrante de la superficie. A pesar de mis numerosos viajes a la Tierra, nunca me había aclimatado del todo al calor, especialmente cerca del ecuador del planeta. Fue entonces cuando el uniforme negro pareció una muy mala idea.

Eché la cabeza hacia atrás, sintiendo un alivio inesperado. Estábamos atrapados, sí, pero también a salvo por ahora. La gruesa capa de roca sobre nosotros ocultaría mi firma biológica drexiana de los sensores kronock. Por supuesto, también significaba que mi propia gente no podía detectarme, pero ese era un problema para más tarde. Por ahora, estaba a salvo. Y lo que es más importante, Allie estaba a salvo.

Me permití volver a mirarla. Conocía a la humana desde hacía apenas unas horas, pero sentía un inexplicable impulso de mantenerla a salvo a toda costa. No tenía sentido. No era la novia tributo que me habían enviado a buscar, lo que significaba que no

podía volver a la estación con ella. Y sin embargo, no podía negar mi impulso de protegerla.

—Supongo que solo hay un camino —la voz de Allie rebotó en la piedra que nos rodeaba—. Pero si no recuerdo mal, hay una zona más adelante con algunas piscinas subterráneas. Puede que allí encontremos agua dulce.

—¿Hay una entrada secundaria? —pregunté—. ¿O una salida?

Allie empezó a caminar delante de mí.

—No que yo sepa.

Intenté no pensar en lo que eso significaba: sin salida. Los drexianos eran conocidos por vencer a lo imposible y por no dejar nunca atrás a un guerrero. Mi gente vendría a por mí. Me encontrarían.

A medida que nos adentrábamos en las cavernas, el olor a humedad se hacía más fuerte, y el sonido del agua goteando a lo lejos se amplificaba por las cámaras huecas que nos rodeaban. Las estalactitas colgaban del techo como carámbanos de piedra, y las gotas de agua se acumulaban en sus puntas antes de caer al suelo de la cueva con un rítmico tintineo.

Caminamos en silencio durante varios minutos; los únicos sonidos eran nuestros pasos en el camino de piedra y el ocasional retumbar lejano desde arriba. Mantuve mis sentidos alerta ante cualquier señal de persecución, pero parecía que habíamos eludido con éxito a los kronock, por ahora.

Finalmente, el estrecho pasadizo que atravesaba las cavernas más pequeñas se abrió en una gran cámara. En lugar de piedra reluciente, el suelo de la caverna era agua de color verde azulado iluminada desde abajo, con la superficie iridiscente. El techo se elevaba muy por encima, perdiéndose en las sombras a pesar del resplandor etéreo que hacía bailar la luz turquesa en las paredes de roca.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo Allie en voz baja, con el rostro bañado por la suave luz de la piscina—. Esta era mi caverna favorita cuando la visitaba de niña. Todavía me parece tan mágica ahora como entonces. La mayoría de las cosas han cambiado a peor, pero esto no.

Quería preguntarle qué cosas habían empeorado para ella, pero era demasiado personal. Apenas la conocía, aunque ella hubiera puesto su vida en mis manos. Eso no me impedía querer mejorar las cosas que habían empeorado para ella.

Un maullido ahogado hizo que Allie se girara bruscamente.

—¡Dinah!

Me dispuse a acompañarla en su carrera hacia la siguiente cámara tras el gato, pero ella puso una mano en mi pecho.

—Sin ánimo de ofender, Maxxon, pero estás hecho un desastre. Tal vez deberías aprovechar estas piscinas y asearte un poco mientras yo busco a Dinah.

Me miré. Tenía razón. Mi ropa estaba desgarrada, una de las mangas de mi chaqueta negra colgaba de un hilo, literalmente, y estaba cubierto de tierra, polvo de roca y quizás incluso un poco de sangre.

—El agua es segura —continuó Allie—. Antes de que este lugar se convirtiera en una atracción turística, los nativos solían bañarse en estas piscinas. Creían que el agua tenía propiedades curativas.

De repente, la idea de lavar la suciedad de la batalla me resultó muy atractiva.

—Tienes razón —me quité la chaqueta y empecé a desabrocharme la camisa.

Las mejillas de Allie se sonrojaron ligeramente y dio unos pasos atrás.

—Te daré algo de privacidad y buscaré a Dinah.

Privacidad. Casi había olvidado que los humanos eran significativamente más pudorosos que los drexianos. Nunca se me había presentado esa situación en mis numerosos viajes a la Tierra.

Allie se dio la vuelta y se apresuró por el camino que conducía más adentro de las cavernas y en dirección a los sonidos del gato. Mientras tuviera razón en que no había una entrada trasera o una salida secreta, debería estar a salvo.

No perdí tiempo en quitarme la ropa sucia, dejándola en un montón en el camino antes de deslizarme por debajo de la cuerda de seguridad. El aire fresco me puso la piel de gallina mientras me metía en la piscina más cercana, y solté un suspiro sin arrepentimiento.

El agua estaba helada, las frescas temperaturas de las cavernas subterráneas la hacían aún más fría, pero no me importaba. Vadeé hasta que el agua me llegó al pecho, moviendo las manos a través del agua brillante y enviando ondas hacia los lados. Incapaz de resistirme, tomé aire profundamente y me sumergí por completo.

Bajo el agua, todo sonido cesó. No había más que un profundo silencio y paz. Por un momento, casi pude olvidar el caos del mundo de arriba: la invasión, la desesperada huida, mi misión fallida. Todo eso se disipó en la fría piscina.

Cuando mis pulmones empezaron a arder, salí a la superficie y tomé una bocanada de aire. Me puse de pie de modo que el agua solo me llegaba a la cintura, abrí los brazos y di una vuelta. Luego me quité el agua de los ojos, parpadeando para aclarar mi visión. Por el rabillo del ojo, vi a Allie con Dinah en brazos.

—La has encontrado —dije, caminando por el agua hacia ellas.

No respondió. Sus ojos estaban muy abiertos y fijos en mí.

—¿Qué es eso?

Por un momento, no supe a qué se refería. Me giré, preguntándome qué podría haber visto detrás de mí.

—En tu espalda —dijo ella, con la voz quebrada—. Los vi cuando entré y estabas girando.

Me quedé paralizado. Se me había olvidado la línea de bultos que recorría mi columna vertebral y que me marcaba como claramente no humano. Adiós a mantener mi identidad en secreto.

Me pasé las manos por el pelo, sacudiendo gotas que cayeron al agua detrás de mí.

—Se llaman nodos. Todos los drexianos los tenemos.

Ella retrocedió un paso.

—¿Drexianos? Pensaba que eras uno de esos Hombres de Negro que se ocupan de los alienígenas en la Tierra.

Reprimí una sonrisa.

—Es cierto que visto de negro, pero no sé nada de esos Hombres de Negro. Si existen, los drexianos no tenemos conocimiento de ellos. Y, hasta hoy, éramos los únicos alienígenas que habían visitado vuestro planeta.

—¿Alienígenas? —La palabra salió como un chillido.

La miré fijamente a los ojos.

—Sí. No soy de la Tierra. Vengo de un planeta llamado Drex, a muchos años luz de aquí, pero hace mucho tiempo que no he estado en mi mundo natal. He vivido en nuestra estación espacial cerca de Saturno durante muchos años.

Durante un momento, Allie simplemente me miró fijamente, negando lentamente con la cabeza.

—Ya sé que no pareces del todo humano —dijo haciendo un gesto hacia mí con la mano—. Quiero decir, ¿quién tiene ese aspecto en la

vida real?

Di unos pasos más por el agua.

—No tienes que temernos, Allie. No nos parecemos en nada a los alienígenas que han atacado la Tierra. Llevamos décadas protegiendo vuestro planeta.

—¿En serio? —Su mirada se deslizó por mi cuerpo hasta debajo del agua, y sus pupilas se dilataron mientras daba otro paso atrás—. Joder...

Pude ver lo que estaba pasando, pero no pude evitarlo. El último paso de Allie hacia atrás fue fuera del camino de piedra y antes de que pudiera terminar de hablar, estaba cayendo de espaldas al agua. Dinah saltó al aire maullando mientras Allie agitaba los brazos en busca de equilibrio. La gata aterrizó sobre la piedra, pero la humana se zambulló en la piscina, llevándose consigo la barrera de cuerda.

Sin dudarlo, salté desnudo desde un lado de la piscina al otro.

CAPÍTULO

OCHO

Allie

Estaba volando. ¿O estaba flotando? Todo era ingrávido, indoloro, pacífico. De repente, frío. Tanto frío que sacudió mi sistema, devolviéndome a la consciencia.

Parpadeé, con los ojos escociendo y la visión borrosa. Un rostro flotaba sobre mí, y reconocí los ojos color ámbar. Maxxon.

Tenía el ceño fruncido mientras se arrodillaba a mi lado en el saliente de roca junto a la piscina. Intenté incorporarme, pero mi ropa se pegaba a mí, empapada y pesada, y temblé en el fresco aire subterráneo.

—¿Allie? —La voz de Maxxon sonaba distante, amortiguada, como si aún estuviera bajo el agua.

Bajo el agua. El recuerdo volvió de golpe: dar un paso atrás y no sentir nada más que aire bajo mi pie. Luego, golpear el agua.

—¿Estás bien? Por favor, di algo —La urgencia en el tono de Maxxon atravesó mi niebla mental.

Intenté hablar, pero solo conseguí toser débilmente. El agua goteó de mi boca, y giré la cabeza hacia un lado, escupiendo y farfullando.

—Estoy... bien —Mi garganta estaba en carne viva—. ¿Qué... qué ha pasado?

El alivio se extendió por el rostro de Maxxon.

—Te caíste a la piscina. Te saqué, pero solo después de desenredarte de toda la cuerda que arrastraste al agua contigo.

Giré la cabeza para ver las barreras de cuerda roja, goteantes y enredadas a mi lado.

—Es culpa mía que te cayeras —dijo Maxxon—. No pretendía asustarte de esa manera.

¿Asustarme? Entonces lo recordé. Había encontrado a Dinah y había vuelto a la caverna donde él se estaba enjuagando. No me había dado cuenta de que lo estaría haciendo completamente desnudo, pero eso no era lo que me había asustado. Bueno, lo que más me había asustado. Había visto la fila de bultos que recorría su columna vertebral. No eran marcas de nacimiento o crecimientos inusuales. Eran demasiado simétricos para eso.

Tragué saliva con dificultad, recordando lo que había dicho cuando le pregunté por los bultos.

—¿Dijiste que eras un alienígena?

Maxxon tomó aire, con expresión cautelosa.

—No quiero mentirte. Ya no. No después de... —Desvió la mirada hacia arriba—. No soy de la Tierra, Allie. Soy un drexiano.

Lo miré fijamente, buscando en su rostro alguna señal de que todo esto fuera una broma elaborada. Pero sus ojos ámbar no mostraban engaño. Ojos ámbar que no eran humanos.

—Pero eres de los buenos, ¿verdad? —pregunté, sintiéndome un poco ridícula incluso mientras las palabras salían de mi boca—. No como los que intentan matar a todo el mundo.

Una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Maxxon.

—Sí, soy de los "buenos", como tú dices. Mi pueblo lleva generaciones protegiendo la Tierra de los Kronock. Tenemos a los humanos en muy alta estima. De hecho, muchos drexianos están emparejados con humanos.

Conseguí apoyarme sobre los codos, segura de que debía haber oído mal.

—¿Qué?

Maxxon se movió incómodo, dándose cuenta claramente de que había dicho más de lo que pretendía.

—Por eso estoy en la Tierra. Trabajo con el programa de novias tributo. Es parte del acuerdo entre nuestras especies. A cambio de nuestra protección contra los Kronock, la Tierra proporciona un número selecto de mujeres compatibles para que los machos drexianos las tomen como parejas.

Me quedé boquiabierta, mi mente sin procesar del todo sus palabras. Los alienígenas eran reales. Los alienígenas habían estado protegiendo la Tierra. Y aparentemente, algunos de esos alienígenas estaban... ¿qué? ¿Secuestrando mujeres y dejándolas embarazadas?

Una risita burbujeo en mi garganta ante lo absurdo de todo.

—Así que, déjame ver si lo he entendido bien. ¿El secuestro alienígena es real?

—No en el sentido que puedas imaginar. No hay criaturas verdes pequeñas involucradas.

Pequeños favores, pensé.

—¿Tu gente ha estado protegiendo secretamente la Tierra de alienígenas malvados, y la Tierra os deja secuestrar mujeres?

Maxxon frunció el ceño.

—Esa es una versión simplificada, pero esencialmente, sí.

No estaba segura de qué era más impactante: el hecho de que el planeta estuviera bajo el ataque de alienígenas violentos o que la Tierra hubiera estado participando en una especie de servicio de emparejamiento intergaláctico sin que nadie lo supiera. Si no hubiera visto los bultos en su espalda, no habría creído ni una palabra de su historia. Pero había visto la enorme nave espacial gris en el cielo, y cuanto más lo miraba, más obvio era que no era humano.

El pánico revoloteó en mi pecho. Me estaba escondiendo de un ataque alienígena con un alienígena. Genial, Allie. Vaya manera de saltar de la sartén directamente al fuego.

Pero Maxxon no había hecho más que ayudarme desde que comenzó el ataque. Y acababa de salvarme la vida, otra vez. Además, ¿adónde correría para escapar de él? Incluso si quisiera escapar.

Se me ocurrió un pensamiento, y mi corazón se encogió.

—¿Es eso... es por eso que viniste a la Tierra? ¿Para tomarme como novia?

Las cejas oscuras de Maxxon se alzaron, y rápidamente negó con la cabeza.

—No. Es decir, sí, vine a la Tierra para encontrar novias, pero tú no estabas en mi lista. Y en cualquier caso, no eran para mí. Solo soy un oficial de reclutamiento.

—Oh, vale —¿Era eso una punzada de... decepción? ¿En serio estaba deseando que un alienígena quisiera secuestrarme? Contrólate, Allie, me dije. Las cosas no están tan mal como para que desees un secuestro alienígena. No es que Maxxon se pareciera a ningún alienígena que hubiera imaginado.

Me di cuenta de que había estado mirando fijamente el pecho desnudo y tatuado de Maxxon mientras estos pensamientos corrían por mi mente. No, los músculos duros como rocas, los abdominales marcados y la piel bronceada no se parecían a nada humano que

hubiera visto antes. Mis ojos viajaron más abajo, y con una sacudida de vergüenza, me di cuenta de que no llevaba nada puesto.

¡Por la madre de todo lo sagrado! Hablando de no ser humano. El calor subió a mis mejillas, y rápidamente cerré los ojos con fuerza.

—Eh, ¿Maxxon? —Mi voz salió más aguda de lo normal mientras mantenía los ojos cerrados—. ¿Dónde está tu ropa?

—*Grek* —murmuró Maxxon, algún tipo de maldición alienígena, supuse. Pude sentir cómo el calor de su cuerpo me abandonaba y le oí alejarse, presumiblemente para recuperar su ropa descartada.

Mantuve los ojos firmemente cerrados, tratando de procesar todo lo que había aprendido. Los alienígenas eran reales. Eran atractivos. Y yo estaba atrapada en una caverna subterránea con uno desnudo que trabajaba como celestino intergaláctico.

Si alguien me hubiera dicho ayer que esta sería mi vida, me habría reído en su cara. Ahora, no estaba segura de si reír o llorar.

—Puedes abrir los ojos ahora —dijo Maxxon desde el otro lado de la caverna.

Entreabrí un ojo con cautela. Maxxon estaba de pie a unos metros de distancia, vistiendo su camisa y pantalones que seguían sucios. La chaqueta permanecía hecha jirones en el suelo.

Antes de que pudiera levantarme, la caverna tembló a nuestro alrededor, pequeños guijarros se deslizaron por el saliente rocoso. La batalla de arriba se estaba acercando.

—Deberíamos ponernos en marcha —el tono de Maxxon ahora era serio—. Esos temblores se están haciendo más fuertes. Necesitamos encontrar un lugar más seguro en lo profundo de las cuevas.

Examiné la caverna, agradecida de ver que Dinah no se había alejado mucho esta vez. Estaba sentada en el extremo más alejado con una pata en el aire mientras se bañaba furiosamente. Sin duda,

se había salpicado con algo de agua, una indignidad por la que me disculpé cuando la recogí en mis brazos.

—Lo siento, Dinah, pequeña —besé la parte superior de su cabeza mientras me colgaba el bolso al hombro, pero no la metí en él—. Al menos no acabaste en el agua conmigo.

Maulló, mientras una oleada de mareo me invadía y me tambaleé peligrosamente. En un instante, Maxxon estaba a mi lado, con un brazo envuelto protectoramente alrededor de mi cintura para estabilizarme.

—¿Puedes caminar? —preguntó.

Intenté no ofenderme por la pregunta. No era una flor delicada que se derrumbaba cada vez que ocurría algo malo, pero no podía negar que mis piernas eran como gelatina y mi ropa mojada se pegaba incómodamente a mi piel. Mis brazos desnudos se erizaron, pero me negué a admitir que tenía frío.

—Por supuesto —traté de inyectar más confianza en mi voz de la que sentía.

Maxxon parecía escéptico, pero no discutió. Mantuvo una mano firme en mi codo mientras yo sostenía a Dinah.

—El pasaje conduce más profundo en el sistema de cuevas —incliné la cabeza hacia la abertura—. Es donde encontré a esta traviesa. Pero no hay piscinas.

Maxxon nos echó un vistazo rápido a ambas. —Creo que ya has tenido suficiente de piscinas.

Casi me reí de esto. —Supongo que sí.

Caminamos con cuidado por el sendero y hacia la caverna más profunda, las luces se hacían cada vez más escasas.

—Entonces, ¿qué pasa después de esto? —pregunté sin mirar a Maxxon—. ¿Qué sucede si tus chicos vencen a los malos y salvan la

Tierra?

Maxxon se tensó ligeramente aunque no dejó de caminar. —Entonces supongo que las cosas vuelven a ser como eran.

No quería decirle al alienígena que estaba delirando, pero no había forma de que todo volviera a la normalidad después de esto. No había manera de que mi vida fuera la misma otra vez. —¿Y tú?

Cuadró los hombros. —Debo regresar a la estación espacial donde pertenezco.

Y yo me quedaría en la Tierra donde pertenecía. Pero, ¿por qué ese pensamiento me entristecía de repente?

CAPÍTULO
NUEVE

Maxxon

Nos aventuramos más profundamente en las cavernas y los temblores de arriba se volvieron menos frecuentes, menos intensos. Me permití un atisbo de esperanza. Quizás la flota drexiana estaba cambiando el rumbo, rechazando a la fuerza invasora kronock.

No quería considerar la alternativa. Había visto de primera mano la devastación que los kronock dejaban a su paso: mundos despojados, especies nativas subyugadas o erradicadas. La Nave estaba llena de alienígenas que ya no tenían un planeta natal. La idea de que la Tierra sufriera ese destino, de que Allie viviera bajo la opresión kronock, hacía que mi sangre pasara de fría a hirviendo. Apreté los puños, inundándome una renovada sensación de determinación. Mi gente no permitiría que eso sucediera. Yo no permitiría que eso sucediera.

Al mirar a Allie, noté que sus pasos se volvían lentos, sus hombros caían y su agarre sobre Dinah se aflojaba. Su ropa aún estaba húmeda por la caída en la piscina, y de vez en cuando temblaba de frío.

—Deberíamos buscar un lugar para descansar por la noche —sugerí, escaneando nuestro entorno en busca de un lugar adecuado—.

Necesitas dormir, y tu ropa necesita tiempo para secarse.

—Eso suena maravilloso. Siento que podría dormir durante una semana.

Examiné las cavernas con ahínco, finalmente divisando un nicho prometedor. Estaba apartado del pasaje principal, parcialmente oculto detrás de una prominente estalagmita. Las luces azules que iluminaban el camino no brillaban en el nicho, creando un rincón oscuro que debería ser propicio para dormir.

Tuve que agacharme ligeramente mientras guiaba a Allie hacia el espacio.

—Esto está oculto a la vista.

—¿Quién va a pasar por aquí? —preguntó ella, con tono burlón.

No quería decirle que podríamos valorar un escondite si los kronock atravesaban la roca.

Mientras Allie se acomodaba en el suelo de piedra lisa y soltaba a Dinah para que olfateara el área y seleccionara su propio lugar, se quitó la bolsa del hombro y la volteó. Una cascada de paquetes de celofán de colores se derramó por el suelo.

—Cogí estos del centro de bienvenida cuando pasamos, ¿recuerdas?

No había prestado demasiada atención a por qué se había retrasado mientras corríamos hacia las cavernas, pero ahora estaba agradecido por su rapidez de pensamiento. Mi estómago rugió, recordándome que había sido desde temprano esa mañana cuando comí por última vez.

—Doritos, Fritos, Twizzlers. —Allie pasó una mano sobre las ofertas —. Elige tu veneno.

Cuando dudé, ella se rio.

—No son realmente veneno. Quiero decir, no son muy buenos para ti, pero no te matarán. Al menos no durante décadas.

Muy reconfortante, pensé, pero cogí una bolsa naranja del suelo y la abrí.

—Esto fue muy ingenioso de tu parte.

Ella se rio, el sonido resonando suavemente en nuestro pequeño nicho.

—No voy a ninguna parte sin aperitivos.

Masqué uno de los Fritos mientras ella abría los Twizzlers, sacando un extraño cordón rojo. Cuando vio que inclinaba la cabeza hacia él, lo agitó en mi dirección.

—¿Nunca has probado un Twizzler?

Negué con la cabeza mientras me entregaba uno de los elásticos dulces. Con cautela, le di un mordisco, abriendo los ojos ante la extraña textura y el sabor abrumadoramente dulce.

Allie se echó hacia atrás mientras se reía.

—¡Tu cara no tiene precio!

Tragué con cierta dificultad.

—¿Esto es un postre terrestre?

Ella se encogió de hombros.

—No lo llamaría postre, pero definitivamente es dulce.

Continué tratando de masticar el caramelo de cuerda roja.

Ella inclinó la cabeza, estudiándome.

—¿Los dulces no son populares en Drex?

Finalmente tragué.

—Las dietas drexianas contienen muy poco azúcar. Tenemos algunos alimentos más dulces en la Nave —la estación espacial donde

alojamos y emparejamos a las novias tributo—, pero esos son principalmente para los tributos.

—¿La Nave? Es un nombre extraño para una estación espacial.

—Se nombró así por una de vuestras populares historias dramáticas, "Vacaciones en el mar".

Allie casi se atragantó con su Twizzler.

—¿"Vacaciones en el mar"? ¿Esa vieja serie de comedia de los 80?

Ahora fue el turno de Maxxon de encogerse de hombros.

—Tal vez. La estación espacial fue diseñada y nombrada hace muchas décadas.

—Una estación espacial temática de los 80. Eso sí que me gustaría verlo.

La idea de mostrarle la estación a Allie hizo que mi pecho se hinchara.

—La Nave está diseñada para ser atractiva para las mujeres humanas, así que estoy seguro de que te gustaría. Hay un nivel de paseo que parece un distrito comercial terrestre de alta gama y tiene cafeterías que sirven café y pan con coberturas azucaradas.

—¿Pasteles? ¿Y un centro comercial espacial? No está mal.

—Pero el Paseo no es tan impresionante como las suites de fantasía.

—¿Suites de fantasía?

—Son alojamientos para las parejas emparejadas —expliqué—. Cada una es un entorno holográfico totalmente inmersivo. Algunas imitan lugares de la Tierra: playas tropicales, retiros de montaña, ese tipo de cosas. Otras son más... exóticas, como las sensuales junglas de Amma Mora.

Allie parpadeó hacia mí.

—No estoy segura de querer saber más sobre una jungla sensual.

Mientras me hacía más preguntas, le describí las diversas características de la Nave: el sistema de inclinadores que permitía un transporte rápido entre niveles, la avanzada bahía médica, los diversos pabellones de bodas de fantasía. Mientras hablaba, ella se estiró en el suelo de piedra, usando su bolso enrollado como almohada improvisada.

Sus párpados se cerraron, su respiración se ralentizó y, cuando empecé a describir la sala de oficiales, me di cuenta de que se había quedado dormida. En el sueño, las líneas de preocupación que habían arrugado su frente se suavizaron, y sus ojos ya no estaban abiertos de miedo.

No se podía negar que era hermosa. Incluso sucia, cansada y húmeda, me hacía contener la respiración. Tumbada en el suelo de piedra, parecía casi frágil, aunque había visto la férrea determinación en su interior y sabía que cualquier apariencia de fragilidad era una ilusión. Su pelo oscuro se extendía alrededor de su rostro, aún mojado por la caída en la piscina, y una mancha de suciedad estropeaba una de sus mejillas. Sin pensarlo, extendí la mano para limpiarla.

Me detuve justo antes de que mis dedos tocaran su piel. ¿Qué estaba haciendo? No tenía ningún derecho a pensar en Allie de esta manera. Ciertamente no tenía motivos para tocarla, especialmente sabiendo lo que su contacto me provocaba. Mi trabajo era conseguir novias, no tomar una para mí. Además, yo estaba muy abajo en la lista para recibir una pareja, suponiendo que toda esa vieja jerarquía importara algo todavía, dada la guerra que se libraba sobre nosotros.

Aun así, no pude evitar preguntarme cómo sería tener a alguien como Allie como pareja. Alguien valiente y resistente, con ingenio rápido y un corazón bondadoso que acogía a un extraño necesitado y no entraba en pánico al descubrir que era un alienígena. Bueno, no entraba mucho en pánico.

Sacudí la cabeza, tratando de disipar los peligrosos pensamientos que insinuaban un futuro imposible. No era el momento para fantasías tan poco realistas. Ella no era una candidata a novia tributaria, y yo no estaba ni cerca de la cima de la lista. Sin mencionar el hecho de que ella no había elegido ser una novia tributaria ni siquiera había indicado que me deseara.

Un sonido proveniente de algún lugar más profundo en las cavernas me devolvió a la realidad. Me puse rígido, cada músculo de mi cuerpo se tensó mientras me esforzaba por escuchar. Ahí estaba de nuevo: un débil ruido de arrastre, como si algo grande se moviera sigilosamente por el pasadizo.

Mi corazón se aceleró mientras me ponía de pie. ¿Nos habían encontrado los Kronock? Imposible. ¿Cómo podrían habernos rastreado tan profundo en las cavernas? Las capas de roca deberían habernos protegido. Pero ¿quién más podría ser?

Lentamente, alcancé el bláster en mi cadera, con cuidado de no hacer movimientos bruscos que pudieran delatar nuestra posición. Mi única esperanza era que fuera un solo Kronock, un explorador enviado a investigar. Si era un escuadrón de alienígenas, mi único bláster no sería rival. No es que no fuera a luchar hasta el final. Moriría antes de dejar que le hicieran daño a Allie.

Echando un vistazo a la mujer dormida, contuve la respiración con el dedo apoyado ligeramente en el gatillo de mi arma. El ruido de arrastre se hizo más fuerte, más cercano.

Salí de detrás de la formación rocosa que nos ocultaba, listo para abrir fuego cuando algo emergiera de la oscuridad del túnel.

CAPÍTULO

DIEZ

Allie

Un leve sonido de arañazos me sacó del sueño. Parpadeé, desorientada, mientras la tenue caverna se enfocaba. Por un momento, no pude recordar dónde estaba ni por qué yacía sobre una piedra fría y dura. Entonces todo volvió de golpe y mi pulso se aceleró.

Al incorporarme, encontré a Maxxon de pie cerca, con el cuerpo tenso. Sostenía un arma de aspecto extraño en su mano extendida. La duda cruzó por mi mente durante un brevísimo instante. ¿Me habría equivocado al confiar en él?

Pero no me apuntaba a mí. Su atención estaba centrada en la oscura boca del túnel, donde el sonido de arañazos se hacía más fuerte. Se me secó la boca cuando emergieron las sombras, y luego una criatura a cuatro patas. Me tapé la boca con la mano para no gritar. ¿Nos habrían encontrado los Kronock? Entonces me permití respirar rápidamente. Los Kronock no iban a cuatro patas, ¿verdad?

Luego vi que la criatura no solo iba a cuatro patas, sino que también estaba cubierta de pelo marrón y tenía una lengua rosa colgando de un lado de la boca y una cola que se meneaba.

Me abalancé hacia delante, bajando el brazo de Maxxon.

—¡No dispares! ¡Solo es un perro!

Maxxon dio un respingo, obviamente sorprendido de que yo hubiera aparecido por detrás.

—Sé lo que son los perros, Allie. Llevo viniendo a la Tierra para buscar novias tributarias desde hace más de un año.

—Bueno, parecías confundido con mi gato.

—Los felinos son criaturas confusas y enigmáticas.

Touché.

El perro se acercó trotando hacia nosotros, claramente feliz de ver gente. Su pelaje estaba enmarañado y sucio, pero sus ojos eran brillantes y amistosos. Extendí la mano para rascarle detrás de las orejas, y se inclinó hacia mi toque, jadeando alegremente.

Dinah había abierto un ojo desde donde se había acurrucado en la esquina, pero decidió que el perro no era una amenaza y se acurrucó más cómodamente para volver a dormir.

—Debe de ser un perro callejero —dije, mientras le rascaba detrás de las orejas—. Probablemente el pobre se refugió aquí cuando comenzó la invasión.

Maxxon asintió, luego se agachó en cuclillas y vertió el resto de sus patatas fritas en el suelo. El perro ni siquiera las olió antes de devorarlas. Luego saltó, apoyó sus patas delanteras en los hombros de Maxxon y procedió a lamerle la cara.

No pude evitar reírme de la expresión de Maxxon, pero el sonido se me atragantó cuando afloró un recuerdo. El aspecto desaliñado y amistoso del perro me recordaba tanto a Buddy, el callejero que había adoptado de niña. Se me encogió el estómago al recordar la noche en que tuvimos que dejarlo atrás.

—¿Allie? —La voz de Maxxon era suave mientras se limpiaba la mejilla húmeda—. Pareces triste. Creía que los perros hacían felices a los humanos.

Conseguí sonreír.

—Y lo hacen, normalmente. Es solo que me recuerda a mi infancia, que no siempre fue feliz.

Maxxon ladeó la cabeza, como si me pidiera que le contara más. No había razón por la que debiera sentirme cómoda con alguien que acababa de conocer —y un alienígena, nada menos—, pero de repente no me pareció extraño contarle una historia que nunca le había contado a nadie.

—Cuando tenía diez años, tuvimos que irnos del pueblo en mitad de la noche —empecé—. Había encontrado este perro callejero unas semanas antes y lo había llamado Buddy. Era el primer amigo de verdad que había tenido en mucho tiempo. —Tomé aire—. Nos mudábamos mucho, y era difícil hacer nuevos amigos todo el tiempo cuando sabía que solo los dejaría atrás. Pero Buddy era diferente. Era mío. Al menos, eso es lo que pensaba.

Apreté los labios para evitar que cayeran las lágrimas al pensar en mi padre irrumpiendo en mi habitación aquella noche y diciendo que teníamos que irnos.

—Pero la siguiente vez que nos fuimos, mi padre dijo que no podía llevarme a Buddy con nosotros. Los perros ladraban. Era demasiado arriesgado.

Maxxon frunció el ceño.

—¿Por qué teníais que iros tan repentinamente? ¿Por qué importaría si un perro ladraba?

Suspiré, acariciando distraídamente el pelaje del perro mientras le contaba a Maxxon algo que nunca había compartido con nadie.

—Mi padre había formado parte de un grupo clandestino radical. Habían hecho algunas cosas malas, aunque mi padre decía que él nunca había hecho nada realmente malo. Aun así, siempre estábamos huyendo porque si lo atrapaban, iría a la cárcel. Él y mamá se habían juntado antes de que se metiera en problemas, y ella se negaba a dejarlo. Así que eso significaba que siempre estábamos cambiando nuestro pelo y nuestros nombres. —Parpadeé para contener las lágrimas que me escocían en los párpados—. Y siempre dejando atrás el pasado.

—Parece una forma difícil de crecer.

Me encogí de hombros, tratando de apartar el dolor de esos recuerdos.

—Muchos niños tienen infancias difíciles. Al menos yo tenía padres... bueno, hasta que finalmente atraparon a mi padre y fue a prisión. Y mi madre fue como cómplice.

Las palabras seguían saliendo como si se hubiera roto una presa.

—Después de eso, solo quedaba yo. He estado sola desde los 16 años. ¿Sabes por qué estoy en este pueblo? Era mi lugar favorito donde vivimos cuando era pequeña. Aunque eso fue hace más de veinte años, era lo más parecido a un hogar que podía recordar. Así que volví.

—Es un pueblo agradable.

Lo miré.

—Está bien, pero no es como lo recordaba. Supongo que los lugares del pasado nunca lo son, ¿verdad? —No esperé una respuesta—. Lo gracioso es que, cuando volví, lo único que juré que nunca volvería a hacer era huir. Quería quedarme quieta, echar raíces. Y lo estaba haciendo bastante bien, hasta que, ya sabes, los alienígenas invadieron.

Me detuve abruptamente, invadida por el arrepentimiento. ¿Qué estaba haciendo? Nunca le había contado estas cosas a nadie, ni siquiera a los pocos amigos que tenía. Sin embargo, aquí estaba, revelando mis secretos más profundos a un alienígena al que conocía desde hacía menos de un día.

—Supongo que puedo confiarte todo esto —dije, intentando aligerar el ambiente—. No es como si fueras a quedarte en la Tierra para contárselo a alguien, ¿verdad?

Maxxon acarició distraídamente la espalda del perro.

—Eso es cierto. Una vez que mi gente repela con éxito la invasión Kronock —lo cual estoy seguro de que harán—, volveré a la Nave.

Sus palabras no deberían haberme sorprendido, pero aun así me golpearon como un puñetazo en el estómago. Por supuesto, nunca lo volvería a ver después de que todo esto terminara. La falsa sensación de conexión, el extraño vínculo que habíamos formado, incluso la forma en que su tacto me hacía sentir... todo era temporal. Nunca podría ser nada más. Y si él se equivocaba y su bando no ganaba, entonces había una posibilidad muy real de que este pudiera ser mi último sabor de libertad antes de que el mundo tal como lo conocía terminara.

Extendí la mano y toqué el rostro de Maxxon. Su piel estaba cálida bajo mis dedos, y sentí una leve vibración, casi como un ronroneo. Sus ojos se abrieron de sorpresa, las pupilas oscuras dilatándose hasta que el ámbar fue solo un fino anillo, pero no se apartó.

—Supongo que no tenemos nada que perder, ¿verdad? —susurré antes de atraer su boca hacia la mía.

CAPÍTULO
ONCE

Maxxon

La conmoción de los labios de Allie presionados contra los míos se desvaneció en cuestión de segundos, y me entregué a la sensación y al sabor de ella. La sangre palpitaba en mis oídos mientras rodeaba con un brazo la parte baja de su espalda y apretaba su cuerpo contra el mío, saboreando su rápida inhalación.

Debería parar, sabía que debería. No me habían enviado a la Tierra para seducir a una hembra de mi propia especie. No se me había encargado encontrar a mi propia pareja. Y no tenía derecho a reclamar a una mujer cuando tendría que dejarla atrás.

No había ninguna disposición en mi trabajo que me permitiera llevarme a una de las mujeres de la Tierra como mía. Si eso estuviera permitido, todos los drexianos se apuntarían para ser procuradores y solo buscarían a su propia pareja. No, la tarea de buscar a las novias tributo de la Tierra era algo que me tomaba en serio. Nunca había estado ni siquiera cerca de fallar... hasta ahora.

Allie gimió en mi boca cuando separé sus labios con mi lengua, y mi miembro se endureció en respuesta. Su cuerpo se arqueó contra el mío, el volumen de sus suaves pechos presionando contra mi pecho y enviando un calor feroz que me atravesaba. Enredé mi lengua con

la suya, adorando la forma en que me provocaba con la suya, retrocediendo y luego avanzando.

Deslicé ambas manos por su espalda hasta llegar a su trasero. Luego, metí mis manos debajo de ella y la levanté para que quedara sentada encima de mí, con sus rodillas a horcajadas sobre mi cintura. Rompió nuestro beso solo el tiempo suficiente para mirarme a los ojos, su mirada ardiente y su pecho agitado.

—¿Quieres parar? —pregunté, aunque temía que mi cuerpo implosionara si decía que sí.

Negó con la cabeza, mordiendo el borde de su carnoso labio inferior.

—El mundo podría estar acabándose. ¿Por qué no deberíamos tomar toda la felicidad que podamos?

Esperaba que estuviera equivocada y que su mundo no estuviera acabándose. Esperaba que mis hermanos drexianos estuvieran rechazando a los kronock. Pero también esperaba poder quedarme en esta caverna con Allie para siempre. Nunca me había sentido tan cómodo y al mismo tiempo tan emocionado por una hembra antes.

—¿Y si no se acaba?

Su risa fue ronca y envió deseo recorriendo mi columna.

—Entonces ambos habremos tenido la mejor invasión alienígena de la historia. Pero ¿quieres correr ese riesgo?

Cuando lo planteaba así, era imposible recordar cualquiera de las razones lógicas por las que debería resistirme. De repente, mi deber drexiano se estaba desvaneciendo, mi devoción por mi trabajo se estaba evaporando, y mi preocupación de que esto fuera un error que no podría deshacer desapareció como el humo en una tormenta.

Agarró los lados de mi camisa y me jaló hacia ella.

—Entonces, ¿vamos a hablar o vamos a follar?

Sus palabras fueron como una descarga eléctrica, sorprendiéndome y emocionándome a la vez. Pasé una mano por la parte posterior de su cabello, enredando mis dedos en él y tirando de su boca hacia la mía como respuesta. Ya no la estaba besando suavemente y con curiosidad. Estaba devastando su boca, mi lengua saqueando y tomando.

Allie no se alejó. Arañó bruscamente mi cabello con sus manos, sus uñas marcando mi carne y provocando un agudo escozor que solo me hizo necesitar más. Meciéndose hacia adelante, se restregó contra mi miembro, que estaba duro y anhelando ser liberado.

Sin apartar sus labios de los míos, deslizó sus manos desde mi cabello por mis hombros y luego por mi pecho, arrastrando sus dedos a lo largo de mis duros músculos. Cuando llegó a la cintura de mis pantalones, no se molestó con el cierre. En su lugar, deslizó una mano bajo la tela hasta que sus dedos rozaron la punta de mi miembro.

Emitió un jadeo entrecortado, echándose hacia atrás y separando su boca de la mía. Mientras ambos luchábamos por respirar, sus ojos destellaron deseo antes de bajar la mirada hacia su mano en mis pantalones.

Mi miembro estaba rígido y tenso mientras las puntas de sus dedos bailaban sobre la corona húmeda, pero aún tenía suficiente control para agarrar su muñeca con una mano. Ella dirigió su mirada hacia mí mientras le llevaba el brazo detrás de la espalda y luego tiraba del otro, hasta que sostuve ambos con una de mis manos en la parte baja de su espalda.

Retorció sus manos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me has detenido?

Las sostuve firmemente mientras ella luchaba por liberarse, disfrutando cada momento de su inútil forcejeo. Sin responderle, usé

mi mano libre para rasgar su camisa, enviando botones dispersos por el suelo de roca.

Jadeó, y sus pupilas se dilataron tanto que casi devoraron todo rastro de azul en sus ojos. Pero en lugar de acobardarse ante mí, arqueó la espalda y elevó sus pechos, que solo estaban cubiertos por un encaje blanco transparente.

Aunque nunca había encontrado pechos humanos de manera tan íntima, no eran tan diferentes de los drexianos, aunque las hembras drexianas tenían tres. Y los pechos perfectos y redondos de Allie eran mucho más preferibles a los pechos de las hembras kalorenas, cuya carne estaba cubierta de pequeñas ventosas. Observé la suave piel mientras ella se empujaba hacia mí.

—Tan codiciosa —murmuré antes de poner mi boca sobre una montaña llena y temblorosa, chupando sus pezones marrón claro a través de la tela áspera y adorando la forma en que la carne se endurecía en mi boca. Una vez que ella estaba jadeando y gimiendo, cambié mi atención al otro pecho.

Estaba tan absorto en la sensación de su carne esponjosa en mi lengua y los sonidos agudos que hacía mientras la chupaba que no me di cuenta de que había liberado sus manos. Miré hacia arriba cuando agarró mis muñecas y las levantó por encima de mi cabeza, presionándome contra la roca.

Me dio una sonrisa maliciosa y se deslizó por mi cuerpo.

—Ahora es mi turno de jugar.

CAPÍTULO

DOCE

Allie

La necesidad vibraba en mí como nunca antes había sentido. Podría haber enumerado diez razones por las que no debería estar haciéndole sexo oral al drexiano, pero no me importaba ninguna mientras deslizaba mis manos por el pecho de Maxxon y lo empujaba de espaldas.

Debería haber estado protegiendo mi corazón porque sabía que se iría. Debería haberme estado protegiendo de otro abandono. Debería haber estado haciendo todo lo posible para evitar la soledad devastadora de perder a alguien. Pero no me importaba.

Lo único que me importaba era alimentar el dolor en mi alma, llenar el vacío en mi corazón, sentir la emoción de la conexión cuando me tocaba. Ya me preocuparía por todo lo demás más tarde. Además, si este era el fin de la civilización tal como la conocía, quería irme a lo grande. Y Maxxon definitivamente lo era.

Me deslicé por su cuerpo, reprimiendo un gemido ante el considerable bulto en sus pantalones. Probablemente debería haberme sentido intimidada. De todas las partes de él que no parecían completamente humanas —su estatura, sus ojos, los nódulos que recorrían su espalda—, esto era lo que debería haberme hecho correr. Pero correr era lo último que quería hacer.

Dando un suave tirón a la cintura de sus pantalones, liberé su miembro y observé cómo se alzaba largo y rígido. No había nada particularmente alienígena en él, aparte de que era el más largo y grueso que había visto jamás. Y duro. Nunca había visto un miembro tan rígido, su longitud como piel de bronce estirada sobre mármol. Entonces vi las marcas que se enroscaban alrededor de la base, como llamas negras lamiendo su carne.

Tracé con un dedo a lo largo de la tinta oscura.

—¿Te has tatuado el pene?

Su miembro se sacudió ante mi contacto, y levantó la cabeza para mirarme, con un músculo palpitando en su mandíbula.

—¿Quieres hablar o prefieres...?

Corté sus siguientes palabras rodeando la base de su miembro con mi puño y tomando la corona en mi boca. Maxxon dejó caer su cabeza hacia atrás mientras un silbido de aire escapaba de su boca, y tomé esto como una invitación para llevar más de él hacia mi garganta.

Eso le enseñaría a no devolverme mis palabras, pensé con satisfacción presumida. Apreté su miembro, que era como apretar acero, y luego arrastré mi puño hacia arriba para encontrarse con mis labios. No había forma de que pudiera tomarlo todo en mi garganta, e incluso ahora, mis labios estaban estirados al máximo. Arrastré mis labios hasta su gruesa cabeza, girando mi lengua alrededor antes de deslizar mi boca hacia abajo nuevamente y bombeando mi puño hacia arriba para encontrarse con ella.

Maxxon enredó sus manos en mi pelo mientras lo chupaba, pero no empujó mi cabeza hacia abajo ni me forzó a tomarlo más profundo. En su lugar, me dejó llevar el ritmo, y solo arqueó ligeramente su espalda mientras me movía más rápido. Saboreé la sorprendente suavidad de su carne y su delicioso sabor, dejando escapar un gemido ronco propio.

—Tu boca es mágica —susurró con voz ronca, enviando una emoción a través de mí—. No imaginé que una humana con una boquita tan bonita pudiera estirarla tan bien alrededor de mi polla.

Nunca me había importado hacer una felación, pero ahora me encantaba. Había una oleada de poder al saber que un tipo tan grande y poderoso como Maxxon estaba a mi merced, y que el más mínimo cambio en mi velocidad o un movimiento de mi lengua podía provocar un gemido desde lo más profundo de él. Incluso siendo tan enorme como era, yo tenía el poder de ponerlo de rodillas, o de espaldas.

Las venas que recorrían la parte posterior de su miembro pulsaron y este se estremeció, pero en lugar de correrse dentro de mi boca, Maxxon se sentó de golpe y luego me dio la vuelta, dejándome de espaldas.

—Aún no, *cinnara*. Aún no.

Mi cerebro embriagado por el placer se enganchó en esa palabra, pero antes de que pudiera preguntarle qué significaba, él ya estaba enganchando sus manos en la cintura de mis mallas. En lo que pareció un solo movimiento suave, me las quitó completamente y las arrojó, aterrizando a mi lado. Luego su mirada ardiente se fijó en mí, y dudé, casi asustada por la forma en que el ámbar se había transformado en un dorado que prácticamente chispeaba. Pero esto era lo que yo quería. Él era lo que yo quería.

Separé mis piernas para él y me recliné, esperando que enterrara su miembro entre mis piernas. Pero en su lugar, soltó un sonido profundo y gutural mientras inclinaba su cabeza para anidarse entre mis muslos. Inhaló profundamente, dejando escapar otro sonido retumbante que reverberó a través de mis huesos y envió un escalofrío de deseo por mi columna.

Reprimí un gemido cuando apartó mi tanga de encaje a un lado y deslizó su lengua a lo largo de mí. No quería preguntar cómo el drexiano sabía cómo complacer a los humanos, pero sospechaba

que tenía algo que ver con todos los humanos que su gente había llevado desde la Tierra. Tenía la sensación de que los machos de todas las especies hablaban sobre las hembras con las que se acostaban.

Cerré los ojos y Maxxon trabajó su lengua dentro de mí, impresionada y sorprendida de que el alienígena fuera tan entusiasta con su boca. Agarré sus hombros, mis uñas clavándose en su carne mientras me lamía, su lengua rozando mi clítoris casi lánguidamente.

Lo estaba disfrutando, lo que me facilitaba entregarme al placer, incluso mientras tenía que apretar los labios para no gritar cuando mi cuerpo detonó. Mis piernas temblaron y mi cuerpo se estremeció sobre su lengua hasta que abandoné cualquier pretensión de control, finalmente derrumbándome sobre el suelo de piedra de la cueva.

Entonces Maxxon se incorporó, cerniéndose sobre mí a cuatro patas, pareciendo más un depredador que el alienígena que había conocido con el traje oscuro.

—Esta es tu última advertencia. Una vez que te reclame, serás mía.

Sus palabras dominantes hicieron que mi pulso se disparara con la cruda realización de que ya era suya.

CAPÍTULO

TRECE

Maxxon

Mi corazón latía con fuerza mientras mi mirada recorría las curvas de su cuerpo: la redondez de sus senos bajo la tela translúcida, el ensanchamiento de sus caderas, la fina línea de vello entre sus piernas. —Esta es tu última advertencia —dije—. Una vez que te reclame, serás mía.

Me incliné para capturar el hueco de su garganta con mis labios, mordisqueando hasta llegar al punto detrás de su oreja donde su pulso latía. Ella suspiró mientras enroscaba sus piernas alrededor de mi cintura. —O quizás tú eres mío.

Inspiré el calor de su cuello y saboreé la tenue dulzura salada de su piel en mi lengua. Tenía razón. Yo era suyo más de lo que ella sabía, más de lo que debería ser posible, y más de lo que jamás podría admitir. Su pulso se aceleró cuando gruñí y me bajé los pantalones del todo con una mano.

La tenía con la espalda contra el suelo, sus pantalones descartados en la cueva, y sus piernas enroscadas alrededor de mi cintura. Su respiración era entrecortada por su tembloroso clímax, y podía saborear su humedad al lamerme los labios.

Ella arañó mi cuero cabelludo con sus manos, provocándome un gemido mientras saboreaba el equilibrio entre dolor y placer. Mordió con fuerza mi oreja. —Te necesito dentro de mí.

Mi cabeza daba vueltas con el deseo de hundirme en ella, pero me contuve mientras ella movía sus caderas hacia delante y se frotaba contra mi miembro. Arrastré mi pulgar por su labio inferior húmedo. —¿Vas a ser una buena chica y gritar mi nombre?

Ella entrecerró los ojos, pero yo provoqué su entrada con la punta de mi miembro, introduciéndolo lo justo para que ella contuviera el aliento.

—Creo que gritarás —susurré, bajando la cabeza para que su respiración cálida y rápida acariciara mis labios.

Allie echó la cabeza hacia atrás y sus manos se curvaron alrededor de mi espalda, sus dedos rozando mis nodos y haciéndome apretar los dientes para no tomarla de una sola y dura embestida.

Me lancé sobre su cuello expuesto, mordiendo su delicada piel mientras ella gemía. Mi miembro la estaba dilatando, y luché por mantener el control mientras su calor apretaba mi longitud a medida que la estiraba lentamente.

Hice una pausa, manteniéndome dentro de ella y observando cómo su mirada parpadeaba con deseo. —¿Quieres más? ¿Puedes tomar más?

Ella movió su cuerpo contra el mío mientras me sostenía sobre ella con un brazo. —Puedo tomarte por completo. —Sus ojos se pusieron en blanco—. Te necesito entero.

Me mordí el labio, saboreando el regusto metálico de mi propia sangre. Ella movía sus caderas inquieta, como si anhelara más, pero su respiración era irregular.

Sin decir otra palabra, me introduje en ella con una larga y lenta embestida. Sus uñas arañaron mi espalda, rasguñando mis nodos y

enviando pulsos de placer a través de mí. Acerqué mi boca para que mis labios vibraran en su oído. —No creía que una humana pudiera recibirme tan bien.

—¿No se supone que los drexianos y los humanos son compatibles? —Sus palabras eran entrecortadas.

Incliné mis caderas para penetrar más profundo. —Aun así no lo creía, pero tu cuerpo me ha recibido como si estuvieras hecha para mí.

—Te lo dije. —Allie atrajo mi boca a la suya, besándome con fuerza y dejando que todos sus gritos fueran ahogados por mi boca. Me moví dentro de ella mientras nuestras lenguas se enredaban, mi cabeza dando vueltas por las sensaciones. Su cuerpo estaba apretado y caliente, como nada que hubiera experimentado antes. Era todo lo que podía hacer para no estallar mientras ella respondía a cada embestida con avidez, sus desesperados gritos amortiguados por sus ansiosos besos.

Rodeó mis nodos con sus dedos, inflamándolos y poniéndolos tan duros como mi miembro. Era todo lo que podía hacer para no explotar, los sensibles bultos enviando oleadas de placer que me inundaban una y otra vez.

Deslicé una mano bajo su espalda e incliné su trasero hacia arriba para penetrar aún más profundo, curvando mis caderas para poder rozar su sensible botón. Cuando su cuerpo comenzó a convulsionar alrededor de mi miembro, arranqué mis labios de los suyos, incapaz de contenerme ni un momento más mientras me echaba hacia atrás y rugía con mi palpitante liberación, el ruido haciendo eco en las paredes de la caverna.

Luego caí hacia delante, sosteniendo sus piernas temblorosas mientras se deslizaban desde mi cintura y enterrando mi cabeza en su cuello mientras ambos luchábamos por respirar. Finalmente, rodé sobre mi espalda y continué tomando grandes bocanadas de aire.

Allie giró la cabeza hacia el otro lado y se rio, señalando al perro y al gato dormidos. —Eso es impresionante.

—¿No se supone que los perros están alerta a los sonidos?

—Supongo que ninguno de los dos sirve como perro guardián. —Se volvió hacia mí y se giró para que su mano descansara sobre mi pecho—. No es que esperara eso de Dinah.

—¿Por qué conservas a la criatura si no sirve para ningún propósito útil? —pregunté.

Allie se apoyó sobre un brazo y me lanzó una mirada severa. —No necesita servir para un propósito útil. Es una gata. Eso es parte de su encanto. Además, ha estado conmigo más tiempo que nadie.

Dudé en responder porque la verdad era que yo sería otra persona que la dejaría. Odiaba tener que irme, pero si los drexianos salían victoriosos, me llamarían de vuelta a la estación. Y como Allie no era la humana que me habían enviado a buscar, no se me permitiría llevarla.

Antes de que pudiera explicar mi situación, ella golpeó su palma contra mi pecho. —Si crees que voy a llorar por estar sola, no lo haré. Y si te preocupa que me rompa el corazón cuando todo esto termine y te vayas, puedes dejar de preocuparte. No soy ese tipo de chica.

—¿Qué tipo de chica eres?

—El tipo que nunca ha sido buena en nada a largo plazo. El tipo que no está loca por la idea del compromiso. El tipo que le gusta que esto fuera solo diversión sin ataduras.

Aunque no podía ofrecerle un compromiso, no me gustaba la idea de no tener ningún vínculo con ella. Nunca me había sentido más unido a nadie en toda mi existencia.

—Eso es lo que tú quieres también, ¿verdad? —Apoyó su cabeza en mi pecho y trazó una línea con su dedo hacia abajo—. Todo eso de

reclamarme era solo palabrería, ¿no?

Abrí la boca para responder, para decirle que no había sido palabrería vacía, pero un gruñido retumbante cortó mi respuesta. Ambos nos incorporamos y nos giramos hacia el perro, cuyo pelaje desgreñado estaba erizado mientras saltaba y se colocaba entre nosotros y el arco que conducía a las otras cavernas.

Entonces lo oí: pasos pesados y rítmicos.

Alguien se acercaba.

CAPÍTULO

CATORCE

Allie

El pánico me invadió mientras miraba al perro con el pelo erizado y un gruñido resonante emanando de su pecho. —Maxxon —siseé, apresurándome a ponerme la ropa aún húmeda—. Tenemos que movernos. Ahora.

Maxxon no dudó, vistiéndose rápidamente mientras el perro seguía vigilando la entrada y el gato se había escabullido más adentro en la cueva oculta.

El sonido tenue pero inconfundible de pasos pesados era como un tambor que clavaba afiladas garras de miedo en mi corazón. Forcejeé con mi ropa, tirando de las mallas e ignorando el hecho de que mi sujetador aún estaba húmedo por haber sido chupado y mi tanga mojada por el semen de Maxxon. Logré abrocharme la camisa con los pocos botones que quedaban y que no habían sido esparcidos por el suelo rocoso, y até la parte inferior en un nudo a la altura de mi cintura.

Joder, joder, joder. Lo que había parecido una buena idea en su momento ahora se veía como algo tonto e impulsivo. Ni siquiera habíamos usado protección, algo en lo que normalmente soy muy estricta, pero me había dejado llevar tanto por el pensamiento del fin del mundo que había ignorado todo el sentido común. Aunque,

por otro lado, los pasos que se acercaban a nosotros podrían ser el fin de todo, así que quizás no había sido una idea tan descabellada.

Maxxon terminó de vestirse y levantó su bláster, colocándose al lado del perro y apuntando hacia la oscuridad más allá de nuestro pequeño refugio.

Me posicioné detrás de él, intentando encontrar consuelo en su presencia sólida. Es un duro guerrero drexiano, me dije a mí misma. Puede enfrentarse a un hombre lagarto gigante. Incluso mientras lo pensaba, me di cuenta de que realmente, realmente no quería ver a un alienígena enorme parecido a un lagarto de cerca y en persona.

A pesar de lo caliente que había estado hace un momento, el sudor en mi piel se enfrió y temblores sacudieron mi cuerpo mientras los pasos se hacían más fuertes. Mis dientes castañeteaban tan fuerte que los apreté para evitar que siguieran repiqueteando, y me encontré respirando superficialmente en un intento fútil de mantener la calma. El gruñido del perro se había vuelto más profundo, un zumbido continuo y bajo que parecía vibrar a través de la piedra bajo nuestros pies.

Miré hacia atrás, a la otra salida hacia las partes más profundas de las cavernas, pero sabía que por mucho que corriéramos, los perseguidores eventualmente nos alcanzarían. Y detestaba la idea de seguir huyendo. Si íbamos a caer, quería que fuera luchando.

Los ecos de los golpes se acercaron, y lancé una mirada a Dinah, aliviada de que estuviera escondida en las sombras. Tal vez no la verían. A los Kronock no les importaría un gato, ¿verdad? Mi corazón se retorció dolorosamente ante la idea de que probablemente se llevarían al perro, y parpadeé para contener las lágrimas calientes.

—Quédate detrás de mí —susurró Maxxon con voz ronca. Tal vez sintió que estaba a punto de lanzarme sobre el perro.

Cuando la figura finalmente emergió de la oscuridad, Maxxon contuvo la respiración y el perro dejó de gruñir y empezó a mover la

cola. No era la criatura lagarto de pesadilla que había estado esperando. Parecía ser... ¿humano? Pero cuando dio un paso hacia la tenue luz de nuestro refugio, me di cuenta de que no lo era.

La enorme criatura llevaba un uniforme oscuro que claramente era militar, pero no como ninguno que hubiera visto antes. Su pelo castaño era desgreñado, cayendo sobre su frente de una manera que definitivamente no era reglamentaria, y una barba incipiente cubría sus mejillas. ¿Y era un colgante lo que asomaba por su cuello abierto?

Maxxon exhaló ruidosamente y bajó su bláster, luego se golpeó el pecho con el puño en una especie de saludo.

Miré más detenidamente, dándome cuenta de que estaba mirando a otro drexiano.

—¿Maxxon de la Casa Kapor? —El guerrero devolvió el saludo—. Soy Torven. —Otro drexiano entró detrás de él—. Y este es Dakar.

Dakar parecía aún menos militar, con el pelo largo recogido en un moño y una sonrisa pícara.

Maxxon asintió, sonriendo a ambos drexianos. —Me alegro de veros a vosotros y no a los Kronock.

—Los Kronock están huyendo —dijo Torven—. Las fuerzas de la Tierra se unieron a la lucha y cambiaron el rumbo. Nos enviaron a buscarte después de que tu señal se apagara.

Maxxon frunció el ceño. —¿Cuánto tiempo estuve fuera de comunicación? No pensé que sería detectable tan profundo bajo tierra.

—No serías detectable para los Kronock, pero tu dispositivo de rastreo es detectable para nosotros sin importar cuán profundo bajo la roca te encuentres.

Me quedé sin palabras mientras los drexianos hablaban. Una cosa era saber que Maxxon era un alienígena, pero verlo con otros de su

especie era un claro recordatorio de que no era de la Tierra.

—Más de un día humano —dijo Dakar, su mirada recorriendo la caverna y posándose en mí. Me lanzó una sonrisa encantadora que probablemente me habría hecho temblar las rodillas en circunstancias normales—. ¿Y quién es esta?

Maxxon pareció tensarse ligeramente, volviéndose hacia mí y logrando una sonrisa forzada. —Esta es Allie. Me salvó la vida y nos guió para escondernos en estas cavernas.

—Buena idea. —Torven me dio un breve asentimiento. Claramente, no se preocupaba tanto por el encanto como su amigo.

—¿Es ella el tributo que viniste a buscar? —preguntó Dakar.

Los labios de Maxxon se convirtieron en una línea tensa mientras negaba con la cabeza. —No lo es.

Mis mejillas se calentaron ante sus palabras. ¿Por qué me importaba no ser un tributo? Ser secuestrada a una estación espacial alienígena era lo último que quería. Aun así, me dolía no ser considerada digna de ser raptada.

—Qué lástima —murmuró Dakar con un guiño pícaro hacia mí.

Maxxon pareció crecer, como si inflara el pecho como un animal preparándose para la batalla.

—Bromeo. —Dakar le dio una palmada en el hombro a Maxxon—. Estoy felizmente emparejado con mi propia humana. Prometo no robar la tuya.

Los hombros de Maxxon se relajaron, pero empezó a balbucear. —No es... ella no es...

Entendí por qué necesitaba negar cualquier cosa entre nosotros. Lo habían enviado a buscar a una humana, no a acostarse con otra. Aun así, una punzada de decepción y arrepentimiento me atravesó.

—Nos ayudamos mutuamente a sobrevivir —dije, tratando de mantener mi voz firme—. Eso es todo.

Maxxon se quedó en silencio, y pensé que alguna emoción brilló detrás de sus ojos. Pero desapareció antes de que pudiera estar segura. Además, él era un alienígena en una misión, y ambos habíamos sido claros sobre lo que éramos el uno para el otro y lo que todo había significado. Nada.

Torven se aclaró la garganta. —Estamos aquí para llevarte de vuelta. La misión ha terminado, pero hay mucho que reconstruir.

El rostro de Maxxon era una máscara de disciplina. —Estoy listo.

Sus palabras fueron como un golpe al cuerpo. Por supuesto que estaba listo para irse. Esto era lo que había estado esperando: el rescate, para poder volver con su gente.

Bajé la mirada hacia donde el perro se había sentado a mis pies, mirándome con sus ojos marrones llenos de alma, como si entendiera exactamente cómo me sentía. Extendí la mano y le revolví el pelo de la cabeza para evitar perder el control.

—¿Qué hacemos con la humana? —preguntó Torven, señalándome con un gesto de la barbilla—. El protocolo establece que debemos llevarla a la zona segura más cercana. Las autoridades terrestres están instalando campos de refugiados.

—No —me sorprendí a mí misma por la firmeza de mi voz—. No voy a ir a ningún campo de refugiados. Si la Tierra vuelve a ser libre, quiero irme a casa.

Maxxon dio un paso adelante, sus ojos encontrándose con los míos. —Allie, puede que no sea seguro. Tu barrio fue duramente golpeado.

—Entonces me las apañaré —dije, manteniendo su mirada y esforzándome por no llorar—. Soy más fuerte de lo que parezco.

Dakar miró entre nosotros sonriendo. —Quizás podríamos escoltarla nosotros mismos a su casa. No nos queda muy lejos y así

garantizaríamos su seguridad.

Torven parecía querer discutir, pero tras un momento, suspiró. —De acuerdo. Pero nos movemos rápido. Quiero estar fuera de esta roca antes del anochecer.

Cogí a Dinah y la metí en mi bolsa, luego me puse al lado de Maxxon mientras avanzábamos por las cavernas por donde habíamos entrado. Mientras los drexianos discutían sobre la batalla, me encontré luchando contra una tormenta de emociones. Alivio porque la invasión había terminado. Miedo por lo que podría encontrar al volver a casa. Y una profunda y dolorosa tristeza ante la idea de despedirme de Maxxon.

Le miré de reojo, solo para descubrir que él ya me estaba mirando. Por un momento, creí ver un reflejo de mi propio tumulto en sus ojos. Pero luego parpadeó, y su expresión volvió a ser indescifrable.

El perro me empujó la mano con su húmedo hocico, como si me ofreciera consuelo. Me incliné y le rasqué detrás de las orejas, agradecida por el afecto incondicional.

Cuando llegamos a la sección anteriormente derrumbada de las cavernas, la roca estaba despejada. Torven y Dakar pasaron primero y luego Maxxon atravesó, extendiendo una mano hacia atrás para ayudarme.

Aunque podía pasar por encima de los escombros perfectamente sola, tomé su mano, dejando que el calor de su piel hormigueara por mi brazo. Cuando soltó mi mano, mis dedos quedaron extendidos, como si algo se me escapara. Algo que no me había dado cuenta de que quería hasta que fue demasiado tarde.

CAPÍTULO

QUINCE

Maxxon

Ser rescatado era lo que había deseado. Era lo que había esperado que sucediera. Entonces, ¿por qué se me había hundido el estómago cuando Torven entró en la caverna? ¿Por qué mis pies se habían sentido pesados con cada paso que di al salir de las cuevas?

—¿Listo?

Levanté la cabeza de golpe, mirando a Dakar sentado frente a mí en el transporte. Aunque el interior negro y brillante me resultaba familiar y reconfortante, no me sentía tan aliviado de volver a la estación como debería haberlo estado. Incluso el aire limpio y desinfectado de la nave —que debería haber sido un alivio bienvenido del aire húmedo y lleno de humo de la Tierra— no me proporcionaba consuelo.

Dakar señaló sus correas de seguridad, y me di cuenta de que las mías no estaban abrochadas, a pesar de que los motores de la nave se estaban encendiendo y el suelo retumbaba bajo mis botas. Agarré mis correas desde arriba y las enganché sobre mi pecho y cintura, dándoles un tirón antes de desplomarme en mi asiento.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Dakar mientras el transporte se sacudía y despegaba del suelo.

Parpadeé varias veces mirándolo. ¿Sabía él lo que consumía mis pensamientos? ¿Había visto cómo miraba a Allie, aunque había intentado ocultar mis sentimientos?

—Debes haber visto gran parte de la invasión —añadió Dakar—. Estoy seguro de que fue duro ver bajo ataque el mundo que has estado visitando con tanta frecuencia.

Solté un suspiro, aunque me di cuenta de que tenía razón. Había sido doloroso ver a los Kronock desatar la destrucción sobre el pacífico planeta, y me estremecía al pensar en la gente que había perecido en el ataque. ¿Cuántas de las personas con las que me había cruzado en el pequeño pueblo habían muerto durante la invasión? ¿Cuántas de las pequeñas tiendas y casas ordenadas habían sido destruidas?

Reprimí un gruñido de rabia. —¿Sabemos el número de víctimas?

Dakar frunció el ceño. —Es demasiado pronto, pero nuestra respuesta logró evitar una gran cantidad de muertes.

—¿Y los humanos ayudaron?

—Gobiernos de todo el planeta aceptaron nuestra llamada y se unieron a la lucha. —Dakar se recostó y apretó su moño—. Puede que no tengan nuestra tecnología, pero tienen corazón.

—Estaban luchando por su supervivencia.

—Al igual que tú cuando salvaste a la mujer y la escondiste bajo tierra.

Desvié la mirada hacia el drexiano y luego la aparté. Lo sabía. Puede que no dijera nada directamente, pero estaba seguro de que Dakar había notado algo entre Allie y yo.

Recordé la despedida frente a su edificio, después de maravillarme de que la estructura de ladrillo hubiera permanecido intacta. Aparte de las ventanas rotas y bastante suciedad, el edificio seguía en pie cuando muchos otros habían caído.

Una lágrima había rodado por su mejilla cuando se dio cuenta de que sus pertenencias no estaban enterradas bajo los escombros y que no tendría que vivir en un centro de evacuación. —No puedo creer que siga aquí.

Recorrí con la mirada la calle cubierta de escombros y salpicada de agujeros causados por las explosiones. —Tuviste suerte.

Ella asintió y miró al perro que no se había separado de su lado desde que salimos de las cavernas y al gato que asomaba la cabeza desde la bolsa sobre su hombro. —No soy la única.

—¿Te lo vas a quedar? —pregunté, acariciando la cabeza marrón y peluda del perro.

Me lanzó una mirada escandalizada. —Por supuesto que me lo voy a quedar. Además, parece que le cae bien a Dinah, y ella es una excelente juez de carácter.

Me alegró que se quedara con el perro. Tal vez él podría mantenerla a salvo.

Ya que tú no podrás hacerlo, susurró una vocecita en el fondo de mi mente.

Sacudí ese pensamiento de mi cabeza, percatándome de que tanto Torven como Dakar esperaban detrás de mí. Torven se movía de un pie a otro, su impaciencia era evidente, aunque Dakar parecía tan relajado como si estuviera en un crucero de placer.

—Deberías irte —dijo Allie antes de que pudiera hablar. Señaló a los drexianos detrás de mí—. Te están esperando.

Asentí, pero no parecía poder moverme. —¿Estarás bien?

Ella se rio, aunque el sonido fue tenso. —No tienes que preocuparte por mí. Me he cuidado sola durante mucho tiempo.

Lo que realmente quería saber era si había cometido un error, si habíamos cometido un error. Había parecido correcto en el momento, pero ¿se arrepentiría? ¿Se arrepentiría de haberme conocido, de haber confiado en mí, de haberse entregado a mí?

Pero no tenía derecho a saber nada de eso, ya que no podía quedarme. Cualquier cosa que pensara, ahora o en el futuro, sería un misterio para mí. Lo único que sabía con certeza era que yo no me arrepentía de nada. Y nunca me arrepentiría de haber venido a la Tierra y haberme topado con ella en lugar de la novia tributo que se me había encomendado encontrar.

—Cuídate, Maxxon. —Allie dio un paso adelante y me dio un abrazo tan rápido y superficial que apenas tuve tiempo de levantar los brazos. Me dio un beso en la mejilla y se apartó antes de que pudiera estrecharla contra mí.

Pero tal vez eso fue lo mejor. Si la hubiera retenido, es posible que nunca la hubiera soltado.

Luego se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia su edificio, con el perro trotando a sus talones. El único del grupo que me dirigió una última mirada antes de desaparecer en el interior fue el gato, lo cual fue bueno. Si Allie hubiera mirado atrás o dudado en lo más mínimo, es posible que no hubiera podido marcharme.

Incluso ahora, me llevé la mano a la mejilla que había besado, seguro de que podía detectar el calor de sus labios. Cerré los ojos mientras el transporte atravesaba la atmósfera de la Tierra, alejándose del planeta y de Allie. Mi pecho se oprimía cada vez más a medida que volábamos más lejos, hasta que apenas pude respirar.

Había estado tan preocupado por que ella estuviera bien, que no me había dado cuenta hasta ese momento de que yo no lo estaba.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Allie

El amargo olor a humo y escombros carbonizados asaltó mis fosas nasales mientras me encontraba en mi sala de estar mirando hacia afuera. La calle que antes me resultaba tan familiar ahora era una zona de guerra, plagada de coches volcados y trozos de hormigón. Los edificios de ladrillo frente a mí estaban picados por el ataque, con secciones enteras desaparecidas como si hubieran sido mordidas por algún monstruo enorme.

Las alarmas de los coches aullaban en la distancia, un coro disonante interrumpido por alguna explosión ocasional. Un humo espeso y gris se arremolinaba en el aire, bloqueando la luz del sol y haciendo que pareciera un perpetuo atardecer. Dinah se había refugiado bajo la mesa, mientras que mi nuevo perro olfateaba diligentemente cada rincón de mi apartamento.

En lo alto, los cazas surcaban el cielo en patrullas defensivas, un recordatorio constante de que, aunque el peligro inmediato había pasado, estábamos lejos de estar a salvo. El mundo había cambiado para siempre en el lapso de un día, y yo aún luchaba por procesarlo todo.

Mientras permanecía allí, observando el cristal esparcido por el suelo y la fina capa de polvo que ahora lo cubría todo, una punzada de

arrepentimiento me atravesó. Pensé en Maxxon, que ya se había ido, llevado por sus compañeros drexianos. Había sido tan despreocupada al dejarlo marchar, actuando dura e independiente. Pero la verdad era que había tenido pocas opciones. Él tenía una vida a la que volver, y yo no formaba parte de ese mundo.

—¡Allie!

Por un instante, pensé que podría ser Maxxon regresando. Pero la voz era completamente distinta. Y Maxxon se había ido.

Antes de que ese pensamiento pudiera quebrarme, mi vecino irrumpió en mi apartamento y me envolvió en un abrazo. A pesar de todo, sentí una oleada de alivio al comprobar que Bryce estaba vivo.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo, con las palabras amortiguadas porque tenía la cabeza enterrada en mi cuello—. Estaba muy preocupado.

—Estoy bien —logré decir cuando me soltó.

Giró la cabeza para observar mi propia zona de desastre. —¿Te quedaste aquí durante todo el ataque?

Negué con la cabeza. —Conseguimos llegar a Crystal Caverns y nos escondimos bajo tierra.

Alzó las cejas. —Fue una idea inteligente. Cuando dices "conseguimos", supongo que te refieres al Señor Alto, Moreno y Atractivo, ¿no?

Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco. Incluso después de una invasión alienígena, Bryce seguía pensando en posibles citas. —Sí, Maxxon vino conmigo —señalé con el pulgar hacia la mesa del comedor—. Y Dinah.

Bryce echó un vistazo por encima del hombro y luego hizo un doble take. —Cariño, no quiero alarmarte, pero hay un perro callejero en tu apartamento.

—No es un callejero —lancé una mirada cariñosa al perro—. Es mi nueva mascota. Lo encontramos en las cavernas, y resulta ser un buen perro guardián.

Bryce arrugó la nariz. —Necesita un baño.

—Tendrá que hacer cola —murmuré, ya que el polvo se aferraba a mi ropa y estaba segura de que mi pelo olía a humo.

—Eso es verdad —Bryce se llevó la solapa a la nariz y olfateó—. Esperemos que todavía tengamos agua corriente.

—El edificio parece haber salido relativamente ileso —incluso mientras decía esto, me sentí culpable porque muchos edificios no habían corrido la misma suerte—. Tuvimos suerte.

—Y que lo digas —Bryce se estremeció—. No habría podido soportar otra noche en el centro recreativo con toda esa gente.

Me abrí paso por la habitación y encendí el televisor para ver si aún funcionaba y si seguía habiendo emisiones. La pantalla cobró vida y suspiré aliviada. Cuantos más signos de que la vida volvía a la normalidad, mejor.

Pero la pantalla no mostraba una reposición de Ley y Orden o NCIS como habría esperado. Estaba transmitiendo algún tipo de rueda de prensa. Se me cortó la respiración al reconocer el uniforme militar que llevaba el hombre en el podio. Corrección, el drexiano en el podio.

A diferencia del pelo oscuro y desaliñado de los otros drexianos que había conocido, este tenía el pelo castaño claro y corto, pero fueron sus ojos los que me recordaron que no era humano. Eran de un imposible tono de verde vibrante que hacía imposible no quedarse mirando.

—¿Quién es ese? —Bryce se acercó a la pantalla plana, sus zapatos crujiendo sobre el cristal roto.

—Soy el Alto Comandante Kax del Imperio Drexiano. Nos presentamos hoy ante vosotros en son de paz y con una explicación largamente esperada.

Bryce se llevó una mano a la mejilla. —¿Son estos los alienígenas que nos atacaron? Bueno, lo siento, pero son preciosos.

—No nos atacaron ellos —dije mientras me dejaba caer en el sofá—. Fueron los Kronock los que lo hicieron, y parecen lagartos gigantes.

Mi amigo giró la cabeza hacia mí con los ojos como platos. —¿Cómo sabes eso? ¿Los viste?

Negué con la cabeza. —Maxxon me lo contó. Él es drexiano.

Bryce alternó la mirada entre la televisión y yo. —¿El Alto, Moreno y Atractivo es uno de ellos? —Bajó la voz como si alguien pudiera oírle —. ¿Es un alienígena?

—Sí —no quería pensar en Maxxon, pero tenía que explicarlo—. Pero los drexianos son los buenos —entonces pensé en el trabajo de Maxxon de llevarse mujeres de la Tierra sin su permiso—. Más o menos.

—Durante años, hemos protegido vuestro planeta de amenazas que no podríais haber imaginado —continuó Kax—. Y a cambio, algunas de vuestras mujeres han venido a nuestro mundo como novias para nuestros guerreros, ayudando a asegurar la supervivencia de ambas especies.

Esa era una forma de decirlo, pensé.

Bryce negó con la cabeza. —No puedo creerlo. Los alienígenas son reales y han estado viniendo a la Tierra todo este tiempo —inspiró bruscamente—. Eso significa que mi tía Myrna tenía razón cuando dijo que la habían visitado alienígenas y la habían sondeado. Vaya, ahora me siento mal por haber dicho a todo el mundo que estaba loca.

—No creo que hayan estado sondeando a gente al azar —dije, aunque no estaba cien por cien segura de ello—. Por lo que dijo Maxxon, solo se llevan a un número selecto de mujeres compatibles. Y no las devuelven.

Mientras escuchaba a Kax explicar el programa de novias tributo, me sentí aliviada al tener confirmado todo lo que Maxxon me había contado. No pensaba que me estuviera mintiendo, pero oírlo transmitido al mundo lo hacía real, aunque no menos extraño.

Bryce se puso las manos en las caderas.

—¿Solo se llevan a mujeres? Menuda injusticia.

Una carcajada escapó de mis labios.

—¿Acaso quieres que te secuestre un alienígena?

Él agitó una mano hacia el televisor.

—Si se parecen a ese, por supuesto. ¿Dónde me apunto?

Tenía razón. Solo había visto a unos pocos drexianos, pero ninguno de ellos dejaba de ser impresionante.

—¿Sabes? —Bryce me señaló con el dedo—. Apuesto a que ahora todo el mundo querrá ser un tributo. Olvídate de tener que secuestrar mujeres, ¡tendrán que quitárselas de encima a palos!

Ahora que lo pensaba, probablemente tenía razón. La idea de alienígenas grandes y musculosos y vivir en una elegante estación espacial superaba con creces la vida de la mayoría de las mujeres en la Tierra. Entonces me di cuenta. El trabajo de Maxxon de conseguir novias tributo se volvería obsoleto. No tendría ninguna razón para volver a la Tierra.

Sacudí la cabeza rápidamente. No sabía si eso ocurriría, aunque sospechaba que todo iba a cambiar: cómo los drexianos encontraban novias, cómo interactuaban las dos especies, cómo se adaptaba la Tierra a la realidad de vivir con alienígenas.

—Entonces, ¿dónde está tu bombón alienígena? —preguntó Bryce, girándose para abarcar todo mi apartamento—. ¿Se ha duchado primero?

—Se ha ido —dije rápidamente antes de que mi voz se quebrara—. Ha vuelto a su estación espacial.

—¿Estación espacial? —Bryce dejó escapar un silbido bajo y volvió a mirar la rueda de prensa y al drexiano que seguía explicando su cultura y misión pacífica. Al menos mi amigo estaba demasiado absorto en la dramática revelación como para notar el nudo que se formaba en mi garganta o las lágrimas que se acumulaban detrás de mis ojos.

Me aparté de él, sintiendo algo húmedo en mi mano. Era el perro, que me empujaba con el hocico. Le rasqué detrás de las orejas, agradecida por el simple consuelo de su presencia y el hecho de que parecía haber percibido mi tristeza.

—Está bien, chico —murmuré—. Todo va a estar bien.

Aunque intentaba desterrar los pensamientos sobre Maxxon de mi mente, no podía evitar preguntarme qué estaría haciendo. ¿Habría llegado ya a su estación espacial? ¿Estaría pensando en mí? ¿O ya me habría relegado al fondo de su memoria, solo otra humana que había encontrado en sus misiones?

No, no me olvidaría tan pronto, me dije a mí misma. Aun así, no tenía sentido obsesionarme con cosas que nunca sabría. El mundo estaba cambiando, y yo también necesitaba seguir adelante.

Acaricié la cabeza del perro mientras frotaba su cara contra mi pierna, mirando a Bryce y luego a Dinah, que se había movido de debajo de la mesa para posarse en el brazo del sofá. Al menos no estaba completamente sola. Eso era algo.

Me arrodillé y puse mis manos a ambos lados de la cara peluda del perro.

—Creo que te llamaré Drex.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Maxxon

La rampa de la lanzadera descendió con un siseo, y salí al cavernoso hangar de la Nave. El lugar era un caos, un frenesí de actividad mientras drexianos y otras especies alienígenas corrían de un lado a otro, sus voces resonando en los altos techos. La revelación de nuestra existencia a la Tierra lo estaba cambiando todo, y los efectos ya eran visibles en la estación.

Me uní a Torven y Dakar mientras nos dirigíamos desde el hangar hacia los relucientes corredores blancos de la estación propiamente dicha. El marcado contraste entre la zona de vuelo utilitaria, con sus vigas de acero expuestas y el penetrante olor a combustible quemado, y el elegante interior de la Nave, con sus brillantes luces y paneles blancos relucientes, siempre me impresionaba, pero hoy me resultaba particularmente chocante. Era como si hubiera pasado de un mundo a otro, lo cual, en cierto modo, había hecho.

Mientras avanzábamos a grandes zancadas por los pasillos, me encontré inseguro sobre mi siguiente movimiento. ¿Debería presentarme ante mis superiores como de costumbre? ¿O simplemente retirarme a mis aposentos? Los protocolos habituales parecían terriblemente inadecuados ante nuestra situación actual.

Llegamos al abismo central de la estación, un espacio abierto masivo que recorría toda la extensión de la Nave. Me detuve en la barandilla, mirando hacia el vacío y el Paseo abierto en el fondo. En el centro del espacio, una colosal proyección holográfica reproducía la emisión en curso hacia la Tierra. El rostro del antiguo Alto Comandante Kax, ampliado a proporciones gigantescas, observaba la estación con una expresión de serena autoridad.

El piloto de nuestro transporte nos había informado sobre lo que Kax estaba haciendo mientras regresábamos de la Tierra, pero aún parecía increíble. Después de tantos años siendo desconocidos para los humanos, de mantener nuestra existencia en secreto y de usar el subterfugio para adquirir novias tributo, todo estaba cambiando. Ya no habría más mentiras, ni más secretos, ni más obtención de mujeres.

Tragué saliva. Me había quedado sin trabajo.

Las paredes blancas y curvas del interior de la estación brillaban y reflejaban la luz del holograma, y a través de las paredes exteriores transparentes de la estación se veía la vasta extensión del espacio. Incrustadas en la negrura tintada, las estrellas centelleaban desde millones de años luz de distancia. Era una vista que nunca dejaba de humillarme, sin importar cuántas veces la viera.

Cruzando el abismo abierto estaban los inclinadores, tubos transparentes que se retorcían y giraban mientras transportaban a los residentes de un piso a otro. Se movían con una gracia fluida que desmentía su compleja tecnología, como serpientes cristalinas retorciéndose en el aire.

Desvié la mirada hacia el Paseo. Incluso desde esta altura, podía ver a la gente reunida en las pequeñas mesas de café, con sus rostros vueltos hacia arriba para ver la transmisión. Los árboles falsos que bordeaban los paseos se mecían suavemente con la brisa artificial, todo para dar la ilusión de estar en la Tierra.

Las palabras de Kax retumbaban por toda la estación mientras todos parecían congelarse y escuchar. Su voz era firme y tranquilizadora mientras explicaba nuestra presencia a la gente de la Tierra. Yo había pasado mucho tiempo en el planeta, pero ni siquiera yo sabía cómo reaccionarían los humanos ante tal revelación. ¿Entrarían en pánico? ¿Acogerían la oferta de amistad? ¿Encenderían sus armas e intentarían destruirnos?

No pude evitar preguntarme si Allie estaría viendo esta misma transmisión y qué podría estar pensando. El pensamiento me hizo sentir un nudo en el corazón.

—Mala suerte —dijo Dakar mientras se colocaba a mi lado.

Giré la cabeza hacia él, sacado de mis pensamientos errantes.

—¿Qué?

—Supongo que esta revelación significa que ya no habrá necesidad de tomar novias en secreto.

Tenía razón. Mi misión, la razón misma de mis frecuentes viajes a ese planeta azul, era obsoleta. Y eso significaba que no tendría excusa para volver a ver a Allie.

Dakar me dio una palmada en el hombro.

—Pero eso es una buena noticia en otro sentido. Esto debería conseguir que te asciendan a un puesto en la Fuerza Inferno.

Debería haberme entusiasmado con esto. Unirme a la Fuerza Inferno era lo que había deseado desde que salí de la Academia Drexiana. Trabajar como procurador de novias tributo solo había sido un trampolín antes de poder ganarme un lugar en un equipo de la Fuerza Inferno altamente competitivo.

Asentí en silencio.

Dakar me apretó el hombro.

—Sobreviviste a la invasión y mantuviste a salvo a una humana. Eso servirá de mucho. Además, ahora nos tienes a Torven y a mí para recomendarte.

Torven gruñó mientras se giraba para seguir caminando.

—Serías un buen guerrero de la Fuerza Inferno.

Dakar se inclinó más cerca.

—Puede que no lo parezca, pero eso es un gran elogio viniendo de mi amigo.

Era difícil emocionarse, incluso por unirme a la Fuerza Inferno, cuando estaba asimilando el hecho de que no podría volver a la Tierra y ver a Allie. Había asumido que tendría al menos unos cuantos viajes más, lo que significaba que podría haber hecho un desvío a su ciudad, pero eso ya no sucedería.

—¡Maxxon! ¡Ahí estás!

Una voz chillona cortó la voz firme de Kax y mis pensamientos melancólicos. No necesitaba girarme para saber que un pequeño gatazoide con un vibrante pelo morado se apresuraba hacia mí.

Serge era el entusiasta planificador de bodas de la estación, lo que significaba que lo conocía bien. Finalmente me giré para enfrentarme al inevitable asalto.

Hoy, Serge llevaba un traje verde brillante con solapas tan anchas que casi le tocaban los hombros, y botas de plataforma verde oscuro que resonaban ruidosamente en el suelo pulido mientras se acercaba a mí agitando un portapapeles.

Detrás de él se apresuraba Reina, una hembra vexling alta con piel gris pálido y un llamativo remolino azul de cabello que desafiaba la gravedad y la hacía casi tan alta como yo. Retorcía sus delgados dedos mientras murmuraba para sí misma.

—¿Localizaste a la novia? —Serge estaba casi sin aliento cuando me alcanzó y puso una mano en mi brazo y se desplomó—. ¿La que te enviaron a buscar a la Tierra?

—No. La invasión kronock comenzó antes de que pudiera completar mi misión.

Los ojos ya grandes de Serge se agrandaron aún más, y se cubrió con un brazo corto.

—Esa podría haber sido nuestra última novia tributo —luego se volvió hacia Reina y se desplomó contra ella—. ¿Qué será de nosotros?

Reina le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vamos, vamos, Serge. Estoy segura de que todo saldrá bien. Los drexianos siguen necesitando novias, después de todo —me miró—. No te preocupes, cariño. Lo entendemos y nos alegramos de que estés a salvo. La invasión sonó terrible.

—Habla por ti —murmuró Serge desde debajo de su brazo. Luego levantó las manos—. ¡Todo va a cambiar! Se lo dije, les advertí, pero ¿alguien me escuchó? ¡No! Nunca deberíamos haber revelado el programa de novias tributo. ¡Funcionaba perfectamente en secreto!

—Todo saldrá bien —dijo Reina, sus palabras entrecortadas sonaban optimistas aunque su expresión estaba tensa—. Seguiremos teniendo trabajo como organizadores de bodas para la Nave. Siempre habrá drexianos que necesiten parejas y bodas que planear.

—Tiene razón —dije, ganándome una mirada aguda del gatazoid—. Una vez que los humanos vieron a los kronock y a los drexianos defendiéndolos, una vez que supieron que los alienígenas eran reales, no había vuelta atrás al negocio habitual.

Serge resopló. Aunque sabía que esto era cierto, no le gustaba.

—Pero todo será diferente —pisoteó con una de sus botas de suela gruesa—. Justo cuando me había acostumbrado al nuevo sistema de

emparejamiento computarizado de Mandy. Si me preguntas, el método de El Juego del Amor funcionaba perfectamente.

—Era hora de un cambio —dijo Reina con firmeza—. Y ahora, habrá más.

El pelo de Serge se estaba tiñendo de rosa fucsia desde las raíces. —Si no está roto...

Reina enganchó una mano bajo el codo de Serge y comenzó a llevárselo con un gesto de despedida hacia mí. —Bienvenido de vuelta, cariño.

La pareja continuó su tira y afloja mientras Reina empujaba a su colega por el pasillo, dejándome atónito. Serge estaba un poco al borde de la histeria, pero también tenía razón. Todo estaba cambiando.

Reanudé mi camino, pero los prístinos pasillos parecían extenderse interminablemente ante mí, cada panel blanco idéntico era un recordatorio de la vida estéril y ordenada que siempre había conocido. Pero después de experimentar la vibrante caótica de la Tierra, de haber conocido a Allie, todo se sentía hueco.

Pensé en la risa de Allie, en cómo sus ojos se iluminaban cuando sonreía, en el calor de su mano en la mía mientras navegábamos por las oscuras cavernas, en la confianza que había depositado en mí a pesar de descubrir que yo era un alienígena. ¿Cómo se suponía que iba a olvidar todo eso? ¿Cómo se suponía que iba a olvidarla?

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Allie

El aire de la mañana era fresco mientras paseaba a Drex por las tranquilas calles de nuestro pequeño pueblo. Habían pasado unos días desde la revelación que cambió el mundo sobre los drexianos, y la vida se había asentado en una extraña nueva normalidad. El rítmico clic de las uñas de Drex en la acera y el suave tirón de la correa en mi mano se habían convertido en una rutina reconfortante, anclándome en medio de toda la agitación.

Al doblar la esquina, no pude evitar notar los cambios en nuestro paisaje antes familiar. Los equipos de reparación habían estado trabajando incansablemente, arreglando edificios y limpiando escombros, pero las evidencias de la invasión persistían por todas partes. Los baches salpicaban las calles, algunos rellenados apresuradamente mientras otros se abrían como heridas en el asfalto. Una fina capa de polvo parecía cubrir todo aún, levantada por los constantes esfuerzos de reconstrucción y asentándose en coches, alféizares e incluso en las hojas de los árboles.

Pero el aire estaba lleno de algo más que polvo. Dondequiera que fuera, las conversaciones giraban en torno a la invasión, los drexianos y la recién formada alianza. La gente hablaba en tonos bajos y emocionados sobre cómo los alienígenas habían trabajado junto a las fuerzas de la Tierra para rechazar la amenaza Kronock.

Ahora, parecía que teníamos nuevos y poderosos protectores velando por nuestro planeta.

Pasamos por delante de Recuerdos de Marlene, la boutique donde trabajaba. El escaparate había sido reparado, su nueva pintura verde celadón contrastaba fuertemente con los edificios maltrechos de alrededor. A través de la ventana, vi a la propia Marlene, su pelo imposiblemente rubio peinado en su habitual perfección de casco. Me vio y me saludó con la mano, y le devolví el saludo con una sonrisa.

A pesar de la apariencia de normalidad, mis pensamientos seguían desviándose hacia Maxxon. Era ridículo, en realidad. Apenas le conocía, pero el recuerdo de su presencia constante en las cavernas, el calor en sus ojos, la forma en que me había hecho sentir segura incluso cuando el mundo se desmoronaba a nuestro alrededor... todo eso persistía, negándose a desvanecerse.

—Contrólate, Allie —me susurré furiosamente, haciendo que una mujer que pasaba por la acera me mirara con curiosidad. Luego bajé la voz a un murmullo—. Solo fue sexo.

Sexo realmente bueno, me recordé a mí misma. Sexo que te hace curvar los dedos de los pies y sacude la tierra.

Gemí y sacudí la cabeza. Tanto para controlarme. Probablemente él estaría de vuelta en su estación espacial, siguiendo con su vida, sin obsesionarse conmigo como yo me estaba obsesionando con él. La idea me dolió más de lo que debería.

Caminé rápidamente de vuelta a casa para poder dejar a Drex antes de mi turno en la tienda de Marlene, agradecida por la ráfaga de aire acondicionado al entrar en mi apartamento y soltar su correa. Drex corrió a su cuenco, lamiendo ansiosamente el agua y derramando tanta en el suelo como en su boca.

Sonreí, agradecida de que se hubiera adaptado tan bien y de que me hubiera dado una distracción y una razón para salir de mi

apartamento al menos dos veces al día.

—Hasta luego, Drex —dije mientras cogía mi bolso cruzado del gancho junto a la puerta—. Y tú también, Dinah.

Dondequiera que estuviera.

Tomé el camino largo de vuelta al centro para poder pasar por la cafetería donde trabajaba Bryce. No solo necesitaba un pequeño impulso antes de mi turno de tarde, sino que mi amigo ocasionalmente me daba pasteles del día anterior o magdalenas feas.

Olí la tienda antes incluso de abrir la puerta de cristal, el rico aroma de los granos de café recién molidos y los pasteles calientes y mantecosos me hicieron gemir en voz alta. El suave zumbido de la máquina de espresso y el suave tintineo de las tazas se mezclaban con el jazz de cafetería que sonaba de fondo y daban la impresión de que todo había vuelto a la normalidad.

Main Street Coffee había hecho un trabajo impresionante reparando su escaparate de cristal y devolviendo el interior a un alto brillo pulido. Los suelos de madera relucían, los sillones acolchados habían sido limpiados, y las mesas redondas tenían pequeños jarrones con racimos de frescas gerberas. Un enorme menú de pizarra dominaba la pared detrás del largo mostrador, su superficie cubierta de escritura ondulante y colorida detallando las ofertas regulares y los especiales del día.

—¡Eh, Allie! —Bryce saludó desde detrás del mostrador—. Llegas en el momento perfecto. Acabo de estropear un latte. ¿Lo quieres?

Sonreí, agradecida por la generosidad de mi vecino. Trabajaba casi a tiempo completo cuando podía conseguir las horas, pero los lattes no se estaban volviendo más baratos, y mi paga por hora no estaba subiendo lo suficientemente rápido.

—Eres mi salvación, Bryce. ¡Gracias!

Mientras me acercaba al mostrador para recoger mi latte no tan perfecto, noté que la tienda estaba inusualmente tranquila. Tal vez otras personas no estaban volviendo a la rutina como yo pensaba. O quizás la gente estaba preocupada por reconstruir y reparar.

Bryce me deslizó el alto vaso de papel y luego se volvió hacia su compañera barista, Carla, cuyo pelo rubio estaba mechado con un rosa vibrante.

—...y dicen que las suites holográficas pueden parecer cualquier cosa —Carla apenas parpadeó mientras se enroscaba un mechón de pelo alrededor de un dedo—. Playas tropicales, chalets de lujo para esquiar, ¡lo que quieras!

Bryce me hizo una seña para que me acercara.

—Eh, Allie, ¿has oído hablar de esto?

Di un sorbo a mi bebida, encantada de que cualquier error con el latte no fuera perceptible.

—¿Suites holográficas en la estación drexiana? He oído hablar de ellas.

—No eso. Bueno, en parte sí —Bryce apoyó los codos en el brillante mostrador de granito—. ¿Has oído hablar del nuevo programa de voluntarias para novias tributo?

Casi me atraganté con el sorbo de latte.

—¿El qué?

Las cejas de Bryce se alzaron y me sonrió como lo hacía cuando sabía algo escandaloso y yo no.

—¿No te has enterado? Los drexianos están abriendo su programa de novias tributo a voluntarias ahora. ¡Está en todas las noticias!

—¡Oh, Dios mío, Allie, tienes que presentarte! —Carla rebotó sobre las puntas de sus pies mientras se llevaba ambas manos a la boca—.

¿Te imaginas vivir en una estación espacial de alta tecnología con esos guerreros alienígenas tan guapos?

—Sí, me lo imagino —dijo Bryce, asintiendo vigorosamente con la cabeza.

Mi mente seguía atascada en la palabra clave. *Voluntarias*.

Los drexianos debían haber dejado de usar procuradores como Maxxon para encontrar novias. ¿Por qué lo harían, cuando en todas partes la gente hablaba maravillas de los atractivos drexianos?

Carla continuó, ajena a mi silencio atónito.

—¿Sabías que usan algún tipo de tecnología holográfica avanzada para hacer que las suites de fantasía parezcan lo que quieras? ¿Y que se sientan así también? Puedes nadar en el agua y sufrir congelación por la nieve.

—Apúntame para la villa tropical y *no* para el chalet de esquí —Bryce se frotó los brazos como si estuviera congelándose—. No soporto el hielo.

—Y no vas a *hacer* nada con los drexianos —respondió Carla, provocando un puchero de Bryce.

Mientras Carla divagaba sobre las maravillas de la tecnología holográfica y Bryce murmuraba sombríamente sobre la injusticia de la vida mientras limpiaba furiosamente el mostrador, mis pensamientos corrían.

Esto era. Esta era mi oportunidad de ver a Maxxon de nuevo. Como su trabajo se había vuelto irrelevante ahora, no podría volver a bajar para verme. Pero con un poco de suerte, yo podría ir a él. Podría presentarme voluntaria como tributo, llegar a la estación espacial y encontrarle.

No pensé más allá de eso. La posibilidad de verle de nuevo era demasiado emocionante como para preocuparme por la logística.

Además, nunca se me había dado bien planificar con mucha antelación. Mataba la espontaneidad.

El resto de la conversación entre Carla y Bryce se desvaneció en un ruido de fondo mientras pensaba en las cosas que tendría que hacer. Tendría que organizar que alguien cuidara de Drex y Dinah. Tendría que pedirle a Marlene unos días libres. No sabía cuántos, pero no planeaba irme para siempre. Volvería. Tan pronto como viera a Maxxon y averiguara si tenía razón en echarle tanto de menos o si me estaba imaginando nuestra conexión. Y eso era algo que tenía que hacer en persona, aunque mi lado práctico pensaba que debía haber una manera más sencilla.

—Bryce —dije, interrumpiendo sus murmullos—, ¿te importaría cuidar de Drex y Dinah unos días?

Se encogió de hombros.

—No hay problema. Aún tengo tu llave de repuesto —entonces su boca se torció hacia un lado—. ¿Debería preguntar por qué?

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Maxxon

El zumbido bajo de los motores de la estación espacial retumbaba en mis huesos mientras me sentaba en la larga barra de ébano del salón de oficiales. Era uno de los pocos lugares en la Nave que no estaba lleno de superficies blancas y relucientes y luz brillante. Aquí, la oscuridad me envolvía como una manta reconfortante, interrumpida solo por el suave resplandor de las luces que colgaban bajas sobre la barra.

El salón estaba más tranquilo de lo habitual esta noche, con solo un puñado de oficiales dispersos por la sala tenuemente iluminada. Una música suave y desconocida sonaba de fondo, probablemente algo de la Tierra de los años 80, como casi todo lo demás en la estación.

Hice girar el whisky nooviano en mi vaso, observando cómo el líquido dorado captaba la luz. Su rico aroma ahumado me hacía cosquillas en la nariz hasta que me bebí la copa de un solo trago, saboreando el ardor mientras me quemaba la garganta. Si tan solo pudiera hacer algo con el dolor en mi pecho.

Ya debería haberla superado. La estación había sido un hervidero de actividad desde la revelación oficial a la Tierra, pero sorprendentemente había habido poco que hacer para mí ahora que

mi trabajo había sido eliminado. Lo que significaba que había tenido demasiado tiempo para pensar en lo que había perdido.

Allie.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de no evocar una imagen de la hermosa morena mientras que, al mismo tiempo, no deseaba nada más que volver a verla en mi mente. No debería haberla echado tanto de menos. Apenas la conocía. Solo había pasado uno o dos días con ella. Entonces, ¿por qué los recuerdos de estar con ella atormentaban cada uno de mis momentos? ¿Por qué no podía pensar en nada más que en su sonrisa, su risa, sus ojos brillantes?

No podía dejar de revivir mis últimos momentos con Allie en mi mente. La suavidad de su piel, el calor de sus labios, la forma en que sus ojos bailaban cuando se reía. Y luego sus palabras, atravesándome como una cuchilla de plasma: —Esto solo fue diversión sin compromiso.

Pero para mí no había sido solo diversión. En algún momento, entre los instantes robados y las sonrisas secretas, me había enamorado de ella. Profundamente. Y ahora, con el nuevo programa de voluntarios en marcha, había perdido cualquier oportunidad que pudiera haber tenido de arreglar las cosas.

Abrí los ojos de nuevo, obligándome a volver a la realidad. No tenía sentido torturarme. No iba a volver a la Tierra. Desde que se estableció el programa de voluntarios, ya no había necesidad de procuradores de novias tributo. Eso significaba que no había razón para que yo volviera a la Tierra a menos que secuestrara una nave.

—Ni siquiera lo pienses —murmuré para mí mismo.

—¿Pensar en qué?

Había estado tan perdido en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que el comandante Dorn se había deslizado en el taburete a mi lado. Su pelo oscuro estaba tan desordenado como siempre, y sus mejillas estaban cubiertas por la barba de varios días.

A pesar de haber dejado la Fuerza Inferno y haber ocupado el asiento de su hermano en el Alto Mando, el guerrero parecía en todo aspecto el comandante de la Fuerza Inferno que había sido durante tanto tiempo.

—Maxxon —su saludo fue un gruñido, pero su expresión severa se suavizó ligeramente al observar mi postura—. ¿Aún pensando en la invasión?

Podía responder a esto con honestidad. —No, comandante —no era la invasión lo que ocupaba mis pensamientos.

Los ojos de Dorn se entrecerraron, y supe que percibía engaño. —No hay vergüenza en estar alterado por la invasión Kronock. Yo aún me estremezco cuando pienso en luchar contra esas bestias.

Di un sorbo al whisky fresco que el camarero me deslizó. ¿Cómo podía explicar lo que me molestaba sin revelar lo que había sucedido en la Tierra? ¿Sin admitir que había roto el protocolo y me había acercado demasiado a una mujer humana que no era mi objetivo? Puede que el programa no estuviera funcionando como antes, pero no me apetecía admitir ante un oficial de la Fuerza Inferno que había violado uno de los principios básicos de mi puesto. No si quería unirme yo mismo a la Fuerza Inferno.

—En realidad, señor —dije—, me preguntaba qué opinaba usted del nuevo programa de voluntarios.

Dorn parpadeó y ladeó la cabeza. —Dado que fue idea de Mandy, nunca podría hablar en contra, ¿verdad? —Se rio, un sonido que me sorprendió viniendo del habitualmente intenso comandante—. Pero sinceramente, creo que es un buen cambio. Prefiero la idea de que las mujeres estén ansiosas y dispuestas a unirse a nosotros.

Asentí, recordando demasiado bien el caos que se había producido cuando Mandy llegó por primera vez a la Nave. No había sido una de las mujeres que yo había conseguido, pero no había nadie en la estación que no recordara el caos que se produjo cuando se dio

cuenta de la verdad de su situación. Había estado lejos de estar ansiosa, y decir que no estaba dispuesta habría sido quedarse corto. —Su pareja estaba indignada por haber sido sacada de la Tierra, si mal no recuerdo.

La risa de Dorn se hizo más profunda. —Eso es quedarse corto. Dudo que haya alguien en esta estación que no recuerde cómo casi me ahogó en la piscina. Luchamos como gatos salvajes zarnianos durante semanas.

Intenté no sonreír ante el recuerdo, pero fracasé. Había sido el tema de conversación de la estación durante meses. Pero con el tiempo, Mandy se había encariñado con Dorn, y ahora estaban felizmente casados con un nuevo bebé.

—Sabes —continuó Dorn, su voz adoptando de nuevo un tono serio —, ya estamos recibiendo tantas voluntarias que podremos encontrar parejas para todos los drexianos de la lista. Deberías estar contento, Maxxon. Conseguirás una pareja antes de lo que esperabas.

La idea me revolvió el estómago. ¿Una pareja que no fuera Allie? Se sentía mal. Me bebí el resto de mi whisky de un trago ardiente, esperando que ahogara la sensación de malestar que crecía en mi pecho.

—Esas son grandes noticias —dije, aunque las palabras me supieron amargas en la lengua.

Dorn me dio una palmada en la espalda, casi tirándome del taburete. —¡Lo son! Entonces, ¿por qué parece que alguien acaba de decirte que nos hemos quedado sin whisky nooviano?

Sacudí la cabeza, tratando de aclararla. La habitación empezaba a dar vueltas ligeramente, y me di cuenta de que había bebido mucho más de lo que pretendía. —Creo que necesito una nueva asignación.

Dorn se echó hacia atrás, como si acabara de darse cuenta de que me había quedado sin trabajo. —No habrás estado todo este tiempo

sin hacer nada, ¿verdad? —No esperó a que respondiera antes de negar con la cabeza—. No me extraña que estés así. Yo me volvería loco sin una batalla que librar o un enemigo al que enfrentarme.

Asentí con la cabeza. Sería acertado decir que me estaba volviendo loco, pero no por las razones que él pensaba.

Me golpeó la espalda de nuevo. —Tenemos que encontrarte algo, un puesto que aproveche tus habilidades y experiencia.

—He solicitado entrar en la Fuerza Inferno —le dije, con un habla lenta y pesada.

Un bajo rumor se escapó de su garganta. —Bien. No hay nada como la Fuerza Inferno para darte un propósito. Por mucho que adore a mi familia, echo de menos a mi equipo de la Fuerza Inferno todos los días.

Logré asentir, aunque dudaba que incluso la intensidad de la Fuerza Inferno pudiera apagar mi deseo por Allie. —Debería dormir un poco.

Dorn se bebió su whisky de un trago. —Sobre todo si la Fuerza Inferno está en tu futuro.

Salí tambaleándome del salón de oficiales, esperando que no estuviera observando mi paso inestable. Los pasillos de la Nave parecían interminables mientras me dirigía a mis aposentos, las paredes blancas y austeras contrastaban duramente con la reconfortante oscuridad del salón. Me estremecí ante las luces que hacían palpitar mi cabeza. O tal vez solo era el whisky.

Al llegar a mis aposentos, me apoyé contra la fría puerta metálica, intentando ordenar mis pensamientos. ¿Cómo se suponía que iba a unirme a una nueva tripulación cuando sentía que me habían arrancado el corazón del pecho? ¿Cómo podía siquiera pensar en tomar una compañera cuando la única mujer que deseaba estaba en la Tierra?

Entré tambaleándome en mi habitación, sin molestarme en encender las luces. En la oscuridad, casi podía fingir que estaba de vuelta en la Tierra, en aquella húmeda cueva con Allie. Si me concentraba, podía oler el aroma a tierra del aire y escuchar el lejano goteo del agua cayendo de las formaciones rocosas.

Pero la ilusión se hizo añicos en cuanto me desplomé sobre mi cama. El colchón claramente no era roca, y el aire en la estación estaba demasiado esterilizado. Todo aquí era un recordatorio de que estaba de vuelta en la Nave, y Allie no.

Miré fijamente al techo, observando los tenues patrones de luz estelar que se filtraban por mi amplia ventana con vistas al espacio. Normalmente la vista era cautivadora, pero ahora solo me recordaba la distancia que me separaba de la Tierra.

¿Qué iba a hacer? La idea de tomar otra compañera me daban ganas de vomitar. Pero sabía que no podría evitarlo para siempre. Se esperaría que tomara una compañera. Pero ¿cómo podría hacerlo cuando mi corazón pertenecía a una mujer que me veía como nada más que diversión sin compromiso?

Mientras yacía en la cama con la habitación dando vueltas a mi alrededor, intenté convencerme de que podría olvidarla. Que podría seguir adelante y ser feliz con una de las ansiosas voluntarias que pronto llegarían a la Nave. Pero eso era una mentira.

No podía seguir así, dividido entre mi deber y mi corazón. Necesitaba ver a Allie una vez más, para averiguar si lo había dicho en serio. Para saber si realmente no había sido más que una distracción. Ahora solo necesitaba descubrir cómo.

—Vamos, Maxxon —susurré en la oscuridad—. Viajaste a la Tierra sin levantar sospechas, engatusaste a mujeres para que te creyeran, nunca fallaste en tus misiones. Puedes hacer esto.

Mi corazón latía con fuerza mientras la determinación me invadía.

De una forma u otra, iba a ver a Allie de nuevo.

CAPÍTULO VEINTE

Allie

Me encontraba en medio de mi dormitorio, rodeada de caos. La ropa estaba esparcida por todas las superficies, los cajones colgaban abiertos y mi maleta ya estaba atestada con lo indispensable. Reflejaba perfectamente el tumulto en mi mente.

—Allie, ¿estás segura de que has empacado suficiente ropa interior? —La voz de Bryce tembló mientras se secaba los ojos con un pañuelo. Acunaba a Dinah en un brazo, la gata luciendo tan poco impresionada como siempre.

No pude evitar sonreír ante la preocupación de mi amigo.

—Sí, Bryce. He empacado suficiente ropa interior para durarme un año en esa estación espacial.

—No vas a estar allí un año, ¿verdad? —Parecía que podría desmayarse.

—Claro que no. Te dije que voy a volver.

—No sé cómo te lo imaginas. Es el programa de *novia* tributo, no el programa de pruébalo.

Me volví hacia mi maleta, metiendo algunos artículos más de manera desordenada. Mis manos temblaban ligeramente mientras la cerraba.

Tenía razón. Estaba corriendo un gran riesgo al inscribirme para ser una novia tributo cuando no tenía intención de emparejarme con un desconocido.

Aparté ese pensamiento y me giré hacia Bryce.

—Ahora, recuerda, a Dinah le gusta una lata de comida húmeda por las noches. Y Drex —miré al perro, que me observaba con ojos tristes desde la cama que le había comprado para aliviar mi culpa—, necesita un paseo por la mañana y otro por la tarde. ¡Ah, y no te olvides de regar mis plantas!

Entrecerró los ojos mirándome.

—No tienes plantas.

—Cierto —me tapé la boca con la mano para ahogar una risita nerviosa—. Eso es lo que dice la gente cuando viaja, ¿no?

Bryce puso una mano en mi brazo.

—Lo tengo todo apuntado, pero ¿cuándo exactamente vas a volver? No has renunciado a tu apartamento y solo has pedido una excedencia en Recuerdos de Marlene. ¿Qué pasará si no puedes regresar?

—Ahora hay nuevas reglas —dije, aunque no estaba al tanto de todas las nuevas reglas—. Puedo volver si las cosas no funcionan.

Eso era una mentira absoluta. Ninguno de los papeles que había firmado mencionaba la posibilidad de echarse atrás o volver a casa, pero eso era porque ninguna de las otras mujeres conocía a un guerrero drexiano en la estación. Una vez que encontrara a Maxxon, todo se resolvería. Estaba segura de ello. O al menos un poco segura.

—¿En serio? —La expresión de Bryce se iluminó.

Asentí, sin confiar en mí misma para hablar. Odiaba mentirle a Bryce. Era mi amigo más cercano, pero no podía decirle la verdad. Aunque

lo quería mucho, sabía que era el peor cotilla de la ciudad. Si le contaba lo que realmente pasó con Maxxon, se sabría por toda la ciudad antes de que siquiera dejara la atmósfera terrestre. Incluso podría hacer una bebida de café con nuestro nombre y publicarla como el "especial del barista" del día.

Y honestamente, no quería que pensara que yo era *ese* tipo de chica. El tipo que tiene una aventura loca con un desconocido y luego lo acosa. Aunque probablemente Bryce no me juzgaría por ir tras Maxxon, no sabía qué pensaría el resto de la ciudad.

—¿Allie? —La voz de Bryce me sacó de mis pensamientos—. ¿Estás bien? Pareces estar a un millón de kilómetros de aquí.

Forcé una sonrisa.

—Solo estoy nerviosa por el viaje, supongo. Todos esos saltos por el espacio... es mucho para asimilar.

Bryce asintió con simpatía.

—Ni me lo puedo imaginar. Y luego ser emparejada con un drexiano después de que uno te acaba de rescatar. ¿Estás segura de que estás lista para eso?

Mi estómago se revolvió ante la idea, pero me recordé a mí misma que una vez que encontrara a Maxxon, todo estaría bien.

—Estoy tan lista como puedo estarlo —miré el reloj y sentí una sacudida de pánico—. Oh, vaya, tengo que irme. Mi Lyft llegará en cualquier momento.

Bryce dejó a Dinah en el suelo y me abrazó fuertemente. Podía sentirlo temblar ligeramente, y yo lo abracé con la misma fuerza.

—Te voy a echar mucho de menos —susurró, con la voz cargada de emoción.

—Yo también te echaré de menos, pero volveré pronto —me relajé en su abrazo—. Y gracias por cuidar de Dinah y Drex.

Se apartó y me dedicó una sonrisa llorosa.

—Por supuesto. Y si el drexiano que elijan para ti te da algún problema, me lo dices. Me subiré a la próxima nave espacial y le diré cuatro cosas.

Me reí, el sonido un poco ahogado, luego me arrodillé junto a Drex, hundiendo mi cara en su suave pelaje.

—Sé un buen chico —murmuré, rascándole detrás de las orejas—. Volveré antes de que te des cuenta.

Luego, en un susurro tan bajo que Bryce no pudo oír, añadí:

—Y traeré a Maxxon conmigo. Lo prometo.

Con una última caricia, me levanté y agarré mi maleta. Respiré hondo, mirando mi dormitorio por última vez. Los carteles familiares en las paredes, la colección de conchas marinas en mi cómoda, la foto de Bryce y yo en el desfile del Orgullo del año pasado. Me dije a mí misma que lo vería todo pronto.

Las dudas comenzaron a asaltar mi mente mientras caminaba hacia la puerta principal. ¿Y si no podía encontrar a Maxxon? ¿Y si él no me quería? ¿Y si todo este loco plan me explotaba en la cara?

No. No había espacio para la duda ahora. Había tomado mi decisión y no había vuelta atrás.

Bryce me sostuvo la puerta abierta.

—Ve a mostrarles a esos alienígenas de qué están hechas las chicas de la Tierra, cariño.

Me reí, agradecida por su intento de aligerar el ambiente. Como la reina del drama que era, Dinah esperó hasta el último momento para salir con paso elegante de debajo del sofá y frotarse contra mi pierna. La cogí y hundí mi cara en su barriga, ignorando sus intentos de retorcerse para liberarse. Finalmente, me acarició la barbilla y ronroneó antes de saltar al suelo y alejarse con aire altivo.

—Esa chica mantiene su marca —dijo Bryce en voz baja con una risa. Luego me despidió con la mano mientras contenía las lágrimas y me vio salir del edificio hacia el coche que me esperaba.

Mientras el conductor cargaba mi maleta en el maletero, me volví para mirar mi edificio. Mi hogar durante los últimos años, el lugar al que había vuelto para construir una vida real. ¿Realmente estaba dejándolo todo atrás? ¿Y por un chico? Casi arrebaté mi maleta del maletero y salí corriendo de vuelta a mi apartamento.

Pero entonces pensé en Maxxon. La forma en que me había mirado, la electricidad que había sentido cuando nos tocamos. Había sido más que solo una aventura, más que solo atracción física. Había habido una conexión allí, algo profundo y real.

Me subí al taxi, dándole al conductor la dirección del centro de reclutamiento drexiano. Mientras nos alejábamos de la acera, vi cómo mi edificio se empequeñecía en el espejo retrovisor.

—Por favor —susurré, sin estar segura a quién le suplicaba, pero esperando que me escucharan—. Por favor, que tenga razón en esto.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

Maxxon

Me encontraba en el ajetreado hangar, con el pulso acelerándose a cada momento. El aire estaba cargado con el olor acre del metal quemado y el combustible de los motores, un aroma familiar que normalmente me reconfortaba pero que ahora solo aumentaba mi creciente ansiedad. A mi alrededor, una cacofonía de sonidos resonaba en el alto techo: el estruendo de las herramientas contra el negro blindaje del casco, el silbido de los sopletes de soldadura y el constante parloteo de mecánicos y tripulantes.

Los cazas dañados en la reciente batalla en la Tierra estaban siendo reparados, sus cascos de ébano marcados por quemaduras de plasma y chamuscados por láseres, mientras los pilotos con trajes de vuelo oscuros abordaban las cabinas y comprobaban los instrumentos. Observé cómo llegaba un transporte, trayendo el primer grupo de tributos voluntarias a la estación.

Ya no llegarían parejas drexianas conmigo para ser sometidas a interrogatorios. Ya no sería necesario explicarles nuestra existencia. Ya no habría mujeres que rechazaran por completo la idea. Por mucho que fuera a echar de menos mi trabajo, el cambio no era del todo malo.

Respiré hondo, intentando calmar mis nervios mientras divisaba a la esposa de Dorn esperando a que las mujeres de la Tierra desembarcaran. Me habían dicho que podría encontrarla aquí, y no perdí tiempo en acercarme a ella.

—Disculpe —carraspeé cuando estuve frente a ella.

Me miró y sonrió.

—¡Hola! —Entonces algo cruzó por su rostro—. ¿Se suponía que debía enviarte algo o reunirme contigo? ¿Olvidé autorizar algo? —Se pasó una mano por el largo cabello castaño—. Lo siento. No estoy durmiendo mucho últimamente con el bebé.

—No —dije rápidamente—. No has olvidado nada, pero sí quería hablar contigo.

Sus hombros se relajaron y su sonrisa se ensanchó de nuevo.

—Vale, ¿qué ocurre?

A pesar de los muchos viajes que había hecho a la Tierra, aún me desconcertaba la forma casual de hablar de los humanos y sus expresiones que no significaban nada parecido a lo que uno esperaría. Reprimí el impulso de, efectivamente, mirar hacia arriba, aunque ya conocía esa expresión.

—Me gustaría ofrecerme como voluntario para liderar la coordinación en el planeta del programa de novias tributo voluntarias. O participar de alguna manera.

Alzó las cejas mientras me observaba.

Le dediqué lo que esperaba fuera una sonrisa encantadora.

—¿Quién mejor que un antiguo reclutador? Conozco la Tierra, conozco los desafíos a los que podríamos enfrentarnos, entiendo a las mujeres humanas.

Tanto como uno puede entender a esas desconcertantes criaturas, quise añadir, pero sabiamente decidí no hacerlo.

Me estudió durante un largo momento, y la duda me invadió. Luego asintió.

—Tienes razón. Tu experiencia te convierte en un verdadero activo.

—Gracias —Casi dejé escapar un profundo suspiro de alivio, pero me contuve. No quería que ella ni nadie pensara que tenía motivos ocultos para volver a la Tierra. Aunque ahora estábamos tomando más tributos de la Tierra, estaba caminando por una línea peligrosa al buscar una para mí mismo.

Mandy deslizó su mirada hacia un dispositivo en sus manos.

—Estás de suerte...

—Maxxon —le dije, sintiendo que mis mejillas se sonrojaban al darme cuenta de que no me había presentado.

Un destello de reconocimiento brilló en sus ojos.

—El reclutador que quedó atrapado en la Tierra durante la batalla. He oído hablar de tus aventuras.

No de *todas* mis aventuras, pensé mientras asentía.

—Bueno, Maxxon, tenemos un transporte que regresa a la Tierra justo ahora, así que si estás listo para ponerte a trabajar, puedes subir a bordo —señaló una nave con la rampa bajada y los motores ya en marcha—. Buena suerte.

Le hice una rápida reverencia con la cabeza antes de que una explosión de risas atrajera nuestra atención. Serge había subido corriendo por la rampa del transporte en cuanto este había aterrizado, y ahora hacía señas a un grupo de mujeres recién llegadas para que lo siguieran. Su entusiasmo era palpable mientras las tributos voluntarias sonreían y miraban alrededor del hangar con expresiones de asombro, un marcado contraste con las expresiones de conmoción a las que me había acostumbrado cuando regresaba con las novias tributo.

A pesar de su pequeña estatura, Serge era inconfundible con un traje turquesa brillante que parecía cambiar de color con cada movimiento. Gesticulaba salvajemente mientras explicaba algo a una alta tributo rubia, su pelo morado erizado en cortas puntas. Reina, con su remolino azul de pelo que desafiaba la gravedad balanceándose con cada paso, guiaba a otro grupo hacia las amplias puertas dobles, su voz aguda audible incluso por encima del estruendo del hangar.

El entusiasmo de estas mujeres era una buena señal, ¿no? Si estas voluntarias estaban tan emocionadas de estar aquí, seguramente Allie querría venir. Le diría que ella era más para mí que solo diversión sin compromiso, que no podía dejar de pensar en ella, que yo...

Corté mis pensamientos desbocados con un brusco movimiento de cabeza mientras me giraba hacia el transporte que partía. Primero, tenía que encontrarla. Tenía que ver si ella me quería.

Una sensación de malestar se instaló en mi estómago. ¿Y si no me quería? ¿Y si estaba cometiendo un error colosal? La idea de que me rechazara, de ver conmoción o peor aún, lástima, en sus ojos, me hacía querer dar media vuelta y olvidar todo este loco plan.

—¡Maxxon! —Una voz familiar retumbó por encima del parloteo de las mujeres y el estruendo de las herramientas.

Me giré para ver a Torven y Dakar acercándose. Como de costumbre, Dakar sonreía y Torven parecía listo para retar a alguien a pelear.

Dakar me dio una palmada en la espalda cuando llegaron junto a mí.

—¿Vuelves a la Tierra?

Torven gruñó, su perpetuo ceño frunciéndose aún más.

—¿Por qué vuelves? Ya no necesitamos secuestrar mujeres.

—Estoy ayudando con el programa de voluntarias —luché contra el impulso de bajar la mirada ante el escrutinio del drexiano—. Coordinación en el planeta.

Torven gruñó de nuevo y subió pisando fuerte por la rampa hasta el transporte sin decir una palabra más.

Dakar se rio y sacudió la cabeza.

—No le hagas caso. Solo está de mal humor por tener que dejar a su novia otra vez. Está embobado como un drexiano, pero ni se te ocurra decírselo.

Jamás se me habría pasado por la cabeza.

Mientras Dakar y yo empezábamos a subir la rampa detrás de Torven, otro transporte irrumpió a través del amplio campo de fuerza energético y aterrizó más rápido y con menos gracia de lo habitual.

—¡Cielos santos! —La voz chillona de Serge se elevó por encima del ruido mientras la nave se apagaba—. ¡Ahora hay demasiadas novias! ¿Cómo se supone que voy a mantener el ritmo? ¡Tendría que clonarme!

—¿Cielos santos? —murmuré.

—Serge ha tenido muchas novias sureñas y le gusta adoptar sus expresiones —Dakar se pasó una mano por el pelo suelto—. Si pasas suficiente tiempo con él, empezará a hablar de untar sus bizcochos.

No estaba seguro de querer saber qué significaba *eso*.

Dakar se recogió el pelo en un moño en lo alto de la cabeza.

—Menos mal que nos vamos. No quiero estar en la estación con una flota de Serges histéricos.

Mientras Dakar continuaba hacia nuestra nave, eché un último vistazo al recién llegado flujo de mujeres alrededor de las cuales Serge ahora revoloteaba agitando las manos.

Entonces la vi.

Por un momento, mi corazón se detuvo. Pelo oscuro, esa postura segura de los hombros que reconocería en cualquier parte. Pero no podía ser. Era imposible. Allie no estaría aquí.

Parpadeé con fuerza y, cuando volví a mirar, la espalda de la mujer que había creído que era Allie había desaparecido.

—Imposible —me dije mientras seguía a Dakar por la rampa.

Mientras me abrochaba el cinturón en mi asiento, pensé en lo que estaba haciendo. Había retrasado unirme a una tripulación de la Fuerza Inferno por esta oportunidad. Estaba arriesgando mi carrera e infringiendo una docena de reglas para encontrarla. Esperaba no estar cometiendo el mayor error de mi vida.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

Allie

Me tambaleé al bajar del transporte, con las piernas temblorosas como si hubiera corrido una maratón. No es que yo fuera a hacer algo así jamás, lo que quizás explicaba por qué mis piernas tenían dificultades para recuperarse. Pero no eran solo las piernas. Los múltiples saltos a través del espacio habían dejado mi estómago dando volteretas, y el mundo a mi alrededor parecía inclinarse y balancearse. Inspiré profundamente, luchando contra las ganas de devolver lo poco que había conseguido comer antes del viaje.

Algunas de las mujeres con las que había viajado parecían perfectamente bien, charlando emocionadas mientras desembarcaban. Tal vez ellas *sí* corrían maratones, las muy presumidas. Otras, como yo, tenían un aspecto decididamente verdoso. Había dejado a una pobre alma aún sentada en su asiento, con la cabeza entre las rodillas.

—Puedes hacerlo, Allie —me dije en voz baja—. Recuerda por qué estás aquí. Todo habrá valido la pena cuando encuentres a Maxxon.

A medida que mi visión se estabilizaba, observé mi entorno, echando la cabeza hacia atrás para contemplar el altísimo techo entrecruzado de tuberías expuestas y luego las filas de elegantes naves espaciales

y cazas que se extendían en todas direcciones. El aire estaba cargado con el olor a combustible, mezclándose con la variedad de perfumes que llevaban las mujeres a mi alrededor.

—¡Bienvenidas, bienvenidas! —una voz estridente cortó la cacofonía. Me giré para ver al ser más extraño que jamás había visto. Bajito, con un pelo de un morado intenso que se erizaba y parecía estar transformándose en un tono rosa brillante ante mis ojos. Llevaba un traje reluciente que reflejaba la luz con cada movimiento y que habría estado muy de moda en algún momento de mediados de los años 70.

—Soy Serge —agitó lo que parecía ser un portapapeles sobre su cabeza—. ¡Vaya, hay muchísimas! ¡Reina! Reina, ¿dónde estás?

Una criatura alta y esbelta se acercó deslizándose, con su pelo azul desafiando la gravedad en un giro vertical.

—Aquí estoy.

Parpadeé con fuerza, preguntándome si los saltos espaciales habían confundido mi cerebro. Estos alienígenas no se parecían en nada a Maxxon o a los otros drexianos que había conocido. Sentía curiosidad por saber a qué especie pertenecían, pero no me atreví a preguntar. Parecía de mala educación. Además, no estaba completamente segura de poder abrir la boca sin vomitar.

Mientras Serge agitaba su portapapeles una vez más, Reina empezó a guiarnos hacia otro grupo de mujeres que estaban de pie cerca de una amplia puerta.

—¡Por aquí, señoras! Os instalaremos a todas en un abrir y cerrar de ojos.

No había forma de que pudiera preguntarle a ninguno de estos alienígenas desbordados y sobrecargados de trabajo sobre Maxxon. Sospechaba que si mencionaba el hecho de que no había venido para emparejarme, sino para encontrar a un drexiano con el que me había enrollado en la Tierra, provocaría un shock apoplético en

Serge. Tendría que encontrar a Maxxon por mi cuenta. ¿Qué tan difícil podría ser encontrar a un drexiano en una estación espacial?

Mientras nos guiaban desde el hangar hacia el interior de la estación, contuve la respiración. Los pasillos no se parecían en nada a los corredores utilitarios que había esperado. En su lugar, eran elegantes y modernos, con paredes blancas suavemente curvadas que parecían brillar con una luz interior. El aire era fresco y limpio, con un ligero aroma que no pude identificar, algo limpio y ligeramente dulce.

Pasé la mano por una de las brillantes paredes blancas mientras caminábamos. Era increíblemente lisa, casi sin fricción bajo mis dedos. Luego, uno de los lados de las paredes se volvió transparente, y pudimos ver el resto de la estación. Mi mandíbula se desencajó.

La estación espacial que los drexianos llamaban el Barco no se parecía en absoluto a un barco. No se parecía a nada que hubiera visto o pudiera haber imaginado, aunque, para ser justos, no veía mucha ciencia ficción. Toda la estructura era como un enorme diseño de doble hélice con un exterior transparente que permitía mirar al espacio y pasarelas y tubos retorcidos que atravesaban el centro.

Llegamos a lo que parecía un ascensor —un "inclinador", lo llamó Serge— y nos apiñamos dentro. Cuando las puertas se cerraron y empezamos a movernos, me sorprendió escuchar la típica música de ascensor. Me sorprendió aún más cuando me di cuenta de que era una versión instrumental de una canción de Bananarama. Me tapé la boca con la mano para ahogar mis risitas.

El interior del inclinador pulsaba con una suave luz lavanda mientras subíamos rápidamente, y luego, de repente, en diagonal. Mi estómago dio un vuelco de nuevo, y cerré los ojos, intentando calmar las renovadas náuseas. ¿Estábamos dentro de uno de los tubos que había visto retorciéndose y curvándose a través de la estación?

Cuando las puertas se abrieron, Serge hizo salir a varias mujeres, parloteando sobre "suites caribeñas" y "puestas de sol sobre el Serengeti". Antes de que pudiera seguirlas, Reina me retuvo suavemente.

—Tú no, querida —dijo con su voz etérea—. Tú vas a la planta de Tahití.

Estaba segura de haberla oído mal. ¿Planta de Tahití? Pero antes de que pudiera preguntar, las puertas se cerraron de nuevo, y volvimos a retorcernos y descender una vez más.

En la siguiente parada, Reina nos guió a mí y a algunas otras mujeres fuera del inclinador. Salí y me quedé paralizada. La alta alienígena no había bromeado. Si no lo hubiera sabido mejor, habría jurado que estábamos en algún lugar del Pacífico Sur.

Nos encontrábamos en una pasarela de madera sobre el agua más cristalina y azul que jamás había visto. A lo lejos, una exuberante isla montañosa se alzaba desde el mar, con sus picos envueltos en jirones de nubes. El aire era cálido y húmedo, trayendo el aroma de la sal y las flores tropicales. Una ligera brisa del agua salpicaba mis tobillos, fresca y refrescante.

Reina dio unos pasos adelante mientras todas nos quedábamos boquiabiertas.

—La tecnología holográfica drexiana es mucho más avanzada que cualquier cosa que los humanos hayan desarrollado. Nuestras suites de fantasía son experiencias totalmente realistas e inmersivas.

Recordé que Maxxon había mencionado la tecnología holográfica y las suites de fantasía, pero no era algo que se pudiera describir con justicia con palabras. Había que verlo —y olerlo y oírlo— para creer que tal cosa fuera posible. E incluso entonces, me estaba costando asimilarlo.

Una rubia menuda que estaba a mi lado se puso las manos en las caderas.

—¿Por qué los drexianos no se revelaron antes? ¡Todas las mujeres de la Tierra querrían venir aquí si supieran de esto!

Reina se limitó a reír suavemente y continuó guiándonos por la pasarela. Estaba tan abrumada por las vistas, los sonidos y los olores a mi alrededor que olvidé por completo que este habría sido el momento perfecto para apartarla y preguntarle por Maxxon.

Pero Reina era toda eficiencia, guiándonos a nuestras suites, dándonos instrucciones que apenas comprendí, y dejándonos para que nos refrescáramos. Luego me encontré de pie sola en un impresionante bungalow sobre el agua, sintiéndome entre aturdida y eufórica.

La habitación era amplia y aireada, con grandes puertas de cristal que conducían a una terraza con vistas a la laguna de un azul imposible y que presumía de una piscina de inmersión. Una suave brisa agitaba las cortinas transparentes que rodeaban la enorme cama cubierta de impolutos linos blancos. El agua golpeaba contra los pilotes del bungalow y las escaleras que conducían desde la terraza de madera de teca hasta el mar.

Me desplomé sobre la mullida cama, con la cabeza dándome vueltas. No solo estaba a millones de kilómetros de casa, estaba a años luz de mi antigua vida. La pintoresca tienda donde trabajaba, mi acogedor apartamento, incluso las calles familiares de mi hogar... estaban tan lejos de todo esto.

Alcé la vista hacia el dosel de gasa e intenté centrarme. —Concéntrate, Allie. Recuerda por qué estás aquí. Esto no son unas vacaciones —me dije, aunque si lo fueran, serían increíbles—. Encuentra a Maxxon, convéncele de que vuelva contigo y abandona la estación. Ese es el plan.

Pero al incorporarme y mirar alrededor de la lujosa suite, sintiendo el cálido aire tropical en mi piel y escuchando el suave sonido del agua, un nuevo pensamiento se coló en mi mente. ¿Querría Maxxon

abandonar todo esto? ¿Podría pedirle realmente que renunciara a este mundo increíble para volver a la Tierra conmigo?

Me dejé caer de nuevo en la cama, observando el ventilador de techo trenzado que giraba perezosamente sobre mí. Había venido desde tan lejos y arriesgado todo. Pero ahora que estaba aquí, rodeada de alienígenas y tecnología alienígena, ya no estaba segura de nada. Entonces pensé en Bryce y en mis dos leales mascotas que me esperaban en casa. Sabía que no podía abandonarlos.

Con un suspiro, me levanté de la cama. Lo primero es lo primero: encontrar a Maxxon. El resto se resolvería por sí solo. Al menos, eso esperaba.

Cuadré los hombros y me dirigí hacia la puerta. Era hora de explorar la estación espacial y encontrar a Maxxon. Ya había hecho la parte difícil de cruzar la galaxia. ¿Cuánto más difícil podría ser encontrar a un drexiano?

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

Maxxon

Caminaba por las calles del pueblo de Allie, la atracción de la gravedad terrestre me resultaba familiar, pero muchas otras cosas del lugar habían cambiado. Las cicatrices del reciente ataque aún eran visibles, pero los esfuerzos de reparación estaban bien encaminados. Los andamios abrazaban los costados de los edificios, y el ritmo constante de martillos y sierras llenaba el aire.

Era extraño caminar abiertamente entre los humanos sin ocultar quién era. No llevaba traje negro, ni gafas de sol, y no me había recogido el pelo. Vestía mi uniforme drexiano, y mi cabello oscuro caía suelto sobre mis hombros.

Me di cuenta de las miradas, por supuesto. Incluso en un mundo recién consciente de los alienígenas, un drexiano de dos metros de altura estaba destinado a llamar la atención.

Al pasar por una librería, no pude evitar detenerme. El escaparate estaba lleno de revistas, y me sorprendió ver rostros drexianos devolviéndome la mirada desde casi todas las portadas. —Aliados alienígenas: Lo que necesitas saber sobre los drexianos —proclamaba un titular. Otro preguntaba: —¿Eres compatible con una pareja drexiana?

Sacudí la cabeza, todavía maravillado por lo rápido que habían cambiado las cosas. Era una sensación extraña estar de vuelta en la Tierra y no tener que ocultar mi identidad. Una parte de mí echaba de menos el secretismo, la emoción de moverme sin ser visto entre los humanos. Pero otra parte se sentía aliviada de ser finalmente visible, de poner fin al engaño.

Continué por el pequeño centro de la ciudad, recorriendo el camino hacia el edificio de Allie, acelerando el paso. Tanto la emoción como la ansiedad burbujeaban en mi pecho mientras me detenía para mirar la estructura de ladrillo que había resistido la invasión. Me alegré de ver que, como gran parte del pueblo, el exterior estaba siendo limpiado y reparado. Los trabajadores en los andamios estaban reemplazando las ventanas rotas, y pasé por debajo para entrar por la puerta principal.

El sonido de ladridos llegó a mis oídos, y sonreí. Debía de ser el perro que Allie había conservado, el que habíamos encontrado juntos en las cavernas. Los recuerdos de aquel tiempo me invadieron e hicieron que mi corazón palpitara de anhelo.

Cuando llegué a la puerta de Allie, dudé un momento antes de llamar. Los ladridos habían cesado y solo me recibió el silencio. Llamé de nuevo, más fuerte esta vez, pero seguía sin haber respuesta.

Entonces los ladridos volvieron a empezar, pero venían de arriba. ¿Había otro perro viviendo en el pequeño edificio? No recordaba haber oído ninguno durante el ataque, y dudaba que las criaturas permanecieran en silencio durante el caos. Frunciendo el ceño, seguí el sonido, subiendo las escaleras hasta el siguiente piso de dos en dos. Me encontré frente a una puerta casi idéntica a la de Allie, salvo por el número. Los ladridos venían definitivamente de dentro.

Llamé, y un momento después, la puerta se abrió de golpe. Reconocí al hombre rubio que estaba frente a mí. Sus ojos se abrieron de par en par al verme, y su boca quedó entreabierta.

—Oh, Dios mío —miró detrás de mí, como si buscara algo más o a alguien más—. Has vuelto. Estás aquí —luego frunció el ceño—. Estás solo.

No sabía qué significaba eso. ¿Había esperado que me acompañara una flota de drexianos?

Antes de que pudiera responder, una mancha marrón pasó corriendo entre las piernas del hombre. Me agaché instintivamente cuando el perro se abalanzó para saludarme. Su cola se movía furiosamente mientras le rascaba detrás de las orejas, su olor familiar me trajo otra oleada de recuerdos.

—Soy Bryce —dijo el hombre, aún con aspecto un poco sorprendido —. El mejor amigo de Allie. Nos conocimos antes, pero las cosas estaban un poco locas —su mirada me recorrió de arriba abajo—. Te ves diferente.

—Ya no trabajo encubierto, por así decirlo.

Bryce parpadeó rápidamente.

—¿Eras un espía?

—No, conseguía novias como tributo.

Bryce hizo un sonido en la garganta.

—Por supuesto que sí. ¿A quién le importaría ser secuestrado por ti? —entonces pareció darse cuenta de que estaba hablando en voz alta y sus mejillas se sonrojaron—. En fin, supongo que estás aquí por Drex, ¿no?

Levanté la mirada, confundido. ¿Por qué estaba el hombre hablando de mi mundo natal?

—¿Drex?

Bryce señaló al perro.

—Así es como lo llamó Allie.

Tuve que contener una risa. De todos los nombres que podría haber elegido, ¿había escogido ese? No estaba seguro de si debía sentirme halagado de que un perro llevara el nombre de mi ilustre planeta, pero decidí tomarlo como una prueba de que Allie aún pensaba en mí.

Me puse de pie mientras Drex se apoyaba contra mis piernas.

—En realidad, estoy aquí para ver a Allie.

El cambio en la expresión de Bryce fue inmediato. Su ceño se frunció mientras se echaba hacia atrás y tomaba aire rápidamente.

—Oh —dijo suavemente—. Oh, no. Se ha ido.

Mi corazón se detuvo en mi pecho.

—¿Ido? ¿Qué quieres decir con ido?

Bryce se retorció las manos, mirando a todas partes menos a mí.

—Se inscribió para ser una novia tributo. Se fue para emparejarse con uno de vosotros en esa estación espacial.

Las palabras me golpearon como un golpe físico. Por un momento, no pude respirar. ¿Allie había ido al Barco? ¿Para emparejarse con un drexiano?

—¿Cuándo? —logré preguntar, mi voz sonando extraña y distante a mis propios oídos.

—Hace unos días. Estaba emocionada, pero también dijo que iba a volver. Supongo que con vuestro nuevo sistema, las novias pueden regresar a la Tierra si las cosas no funcionan.

No le corregí, pero no creía que las cosas funcionaran así ahora. Una vez que una mujer firmaba un contrato, incluso como voluntaria, se comprometía a emparejarse con un drexiano. Eso significaba que Allie se había comprometido a emparejarse con un drexiano. No había esperado a que yo volviera. Ni siquiera había intentado encontrarme. Se había inscrito y se había ido.

Drex me empujó la mano con el hocico, gimiendo suavemente como si pudiera sentir mi angustia. Me agaché de nuevo, hundiendo mi cara en su suave pelaje mientras intentaba calmar mi corazón acelerado. No me sorprendió no ver al gato de Allie, que prefería esconderse, pero sentí que la criatura me observaba desde algún lugar seguro.

—Lo siento —dijo Bryce, con voz suave—. Pensé... bueno, esperaba que tú fueras la razón por la que estaba tan ansiosa por ir. Pero supongo...

Se calló, pero yo entendí. Supongo que me equivoqué, terminé en silencio.

—Gracias —murmuré, dando una última palmada a Drex antes de levantarme—. Gracias por decírmelo.

Me di la vuelta para irme, con las piernas como de plomo. Cada paso alejándome del edificio de Allie, alejándome de la última conexión que tenía con ella, era una agonía.

Al salir a la calle, la luz del sol parecía demasiado brillante, los sonidos del pueblo demasiado fuertes. Todo lo que había parecido maravilloso y emocionante hacía solo unos momentos ahora se sentía hueco y sin sentido.

Había venido hasta aquí, lo había arriesgado todo, solo para descubrir que Allie había seguido adelante sin pensarlo dos veces. Probablemente ya estaba en el Barco, emparejándose con algún otro drexiano, comenzando su nueva vida.

Una vida que no me incluía a mí.

Vagué sin rumbo por las calles, apenas notando las miradas curiosas que recibía. Sentía el pecho oprimido, cada respiración era una lucha. ¿Era esto a lo que se referían los humanos cuando hablaban de un corazón roto? Si era así, no entendía cómo podían sobrevivirlo.

Al pasar de nuevo frente a la librería, aquellas portadas de revistas parecían burlarse de mí. —¡Encuentra tu pareja drexiana perfecta! —proclamaba una alegremente. Me di la vuelta, incapaz de seguir mirándolas.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Volver a la Nave? ¿Fingir que todo estaba bien? La idea de regresar a mi antigua vida, de ver potencialmente a Allie con otro drexiano, me hacía sentir físicamente enfermo.

Pero tampoco podía quedarme aquí. La Tierra ya no tenía nada para mí, solo dolorosos recordatorios de lo que pudo haber sido.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Allie

El paseo de madera crujía de forma realista bajo mis pies mientras me dirigía de vuelta hacia la parte principal de la estación. Pasé por un camino que llevaba a un bar tiki donde varias parejas estaban sentadas bebiendo cócteles de colores brillantes adornados con pequeñas sombrillas. Por un momento, me sentí tentada de detenerme y preguntar si alguien conocía a Maxxon, pero decidí no hacerlo. Las parejas parecían muy concentradas en sí mismas, y no quería montar una escena con mi búsqueda.

Llegué al inclinador y entré, solo para darme cuenta de que no tenía ni idea de cómo controlarlo. Las suaves paredes blancas no ofrecían pistas, ni botones ni palancas. Vacilante, agité la mano frente a lo que parecía un panel de control.

El inclinador bajó repentinamente, haciendo que mi estómago diera un vuelco, y luego se disparó hacia un lado. Una luz lavanda pulsaba a mi alrededor, y una versión instrumental de "Girls Just Wanna Have Fun" sonaba suavemente de fondo. ¿Todo en la estación tenía un tema retro?

Tan abruptamente como había comenzado, el inclinador se detuvo. Las puertas se abrieron con un suave silbido, y tropecé en lo que

tenía que ser el Paseo. Recordé que Maxxon me había hablado de él y cómo se había modelado según los distritos comerciales exclusivos de la Tierra.

El suelo estaba empedrado, como una antigua calle europea, con árboles y parterres intercalados entre tiendas y cafés. Toldos a rayas se extendían sobre escaparates de cristal y pequeñas mesas salpicaban el área frente a los cafés. Respiré el aroma del café y los pasteles recién horneados, se me hacía la boca agua.

No pude resistir estirar el cuello, mirando hacia arriba al vasto interior de la estación desde abajo. El gigantesco abismo se elevaba sobre mí, entrecruzado con pasarelas e inclinadores que se desplazaban de un lado a otro, recordándome a un enorme juego tridimensional de Serpientes y Escaleras.

Escudriñé el Paseo, buscando la figura alta y el cabello oscuro de Maxxon, pero no lo vi por ninguna parte. Había muchos drexianos, su piel bronceada y su impresionante altura hacían que se mezclaran entre sí, mientras que en la Tierra destacarían, pero ninguno de ellos era él. Junto a los drexianos con sus uniformes elegantes había muchas mujeres humanas y un puñado de otras especies alienígenas.

—¡Eh, tú! —me llamó una voz alegre. Me giré para ver a un par de mujeres humanas saludándome desde una mesa cercana—. ¿Quieres unirte a nosotras?

Negué con la cabeza, forzando una sonrisa.

—Gracias, pero no puedo. Estoy buscando a alguien.

La rubia fresa se rió, con los ojos brillantes.

—¿No es ese el motivo por el que estamos todas aquí?

Sentí que me sonrojaba.

—Supongo.

Mi pulso se aceleró al recordar que se suponía que iba a conocer a mi pareja drexiana "asignada" en algún momento. Lo que significaba que necesitaba encontrar a Maxxon rápido, antes de que alguien se diera cuenta de que no estaba siguiendo las reglas.

Tic tac, Allie. Tic tac.

Mientras caminaba, el aroma de la cafetería ralentizó mis pasos. Me detuve, mirando con anhelo el escaparate de pasteles. No había comido nada desde antes del salto a la estación. Tal vez un pequeño tentempié no haría daño, pensé.

—No —me susurré furiosamente—. Encuentra a Maxxon primero, come después.

Solo esperaba no desmayarme de hambre antes de localizarlo.

Vi a un drexiano de pie a un lado mirando un dispositivo y decidí arriesgarme.

—Disculpe —dije en voz baja mientras me acercaba a él—. ¿Conoce a un drexiano llamado Maxxon?

El alienígena me miró, sus brillantes ojos azules curiosos.

—¿Maxxon? No, me temo que no. Acabo de llegar yo mismo —debió ver la decepción en mi rostro porque añadió—: Si estás buscando a un miembro de la tripulación de la estación, podrías probar en la cantina del personal o en el nivel del puente.

El puente sonaba un poco demasiado oficial para mi gusto. No quería deambular por allí y tener que explicarme.

—¿La cantina? ¿Dónde está eso?

Me dio indicaciones, señalando hacia el banco de inclinadores.

—Está en uno de los niveles inferiores. No es tan elegante como aquí arriba, pero es donde la mayoría de la tripulación pasa el rato cuando están fuera de servicio.

Le di las gracias y me puse en marcha, con la esperanza renaciendo en mi pecho. Tenía que ser esto. Si Maxxon estaba en algún lugar de la estación, seguramente estaría donde se reunían los otros miembros de la tripulación.

El viaje de bajada fue menos accidentado esta vez, aunque me sorprendí tarareando una versión instrumental de "Take On Me". Cuando las puertas se abrieron, salí a una parte muy diferente de la estación.

Ya no había paredes blancas relucientes ni palmeras falsas. Aquí, los pasillos eran utilitarios, con suelos de un gris apagado y paredes de metal liso, pero me gustaba. No me preocuparía por ensuciar algo aquí abajo.

Seguí el creciente zumbido de voces hasta que llegué a una amplia entrada que daba a un espacio enorme lleno de mesas y sillas largas. La iluminación era más tenue aquí, y pequeños robots se movían rápidamente entre las mesas, pitando mientras entregaban bandejas de comida.

Ya no estaba el rico aroma del café y los pasteles mantecosos. En la cantina, los olores eran sabrosos y penetrantes, y no había música de fondo para enmascarar los sonidos de cubiertos raspando y sartenes chocando desde la cocina abierta.

El comedor estaba lleno de drexianos y otros alienígenas que ni siquiera podía comenzar a identificar. Algunos holgazaneaban en las mesas, otros estaban de pie en grupos, charlando y riendo en una cacofonía de diferentes idiomas.

Escaneé la sala desesperadamente, buscando el rostro familiar de Maxxon. Mi corazón se hundió al darme cuenta de que tampoco estaba aquí. ¿Dónde estaba?

La decepción y la frustración brotaron dentro de mí. Maxxon podría estar en cualquier parte de esta estación masiva. Podría ni siquiera estar aquí. ¿Y si lo hubieran enviado a otra misión? ¿Y si...?

—¿Allie?

El sonido de mi nombre, pronunciado por una voz familiar, me sacó bruscamente de mis pensamientos. Lentamente, me di la vuelta.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Maxxon

Me encontraba frente a los aposentos del comandante Dorn, con la mano suspendida sobre el panel lateral. El pasillo estaba en silencio, con el suave zumbido de los sistemas de la estación como único sonido. Mandy me había pedido que me presentara ante ella después de regresar a la estación de manera tan abrupta. Había supuesto que quería que me reuniera con ella en una oficina, pero me pidió que viniera aquí para poder atender a su bebé mientras hablábamos.

No estaba acostumbrado a los bebés. Aunque se me había encargado la tarea de conseguir parejas para los drexianos, y esos emparejamientos inevitablemente resultaban en bebés, nunca había estado involucrado en esa parte del proceso. Pensándolo bien, rara vez veía bebés en la estación.

No importaba. Mi incomodidad no importaba. Necesitaba explicarme ante la mujer que me había enviado a la Tierra.

Para ser justos, no había abandonado completamente mi misión. Me había presentado en el centro de procesamiento de tributos el tiempo suficiente para confirmar que Allie, efectivamente, había dejado la Tierra en un transporte drexiano.

Mientras consideraba cómo explicarme, la puerta se deslizó y se abrió.

—¡Aquí estás! —Mandy sonrió como si hubiera sabido que estaría de pie fuera de su puerta, lo que tal vez sabía. Dorn tenía aposentos más elaborados que la mayoría de los oficiales, lo que podría significar sensores de detección fuera de la puerta. Eso parecía algo que el comandante de la Fuerza Inferno adoptaría.

Me hizo un gesto para que la siguiera adentro, lo cual hice. El espacio era muy parecido a lo que esperaba: bien equipado y decorado con los tonos oscuros que preferían la mayoría de los drexianos. Sin embargo, no pude evitar notar los toques de colores pastel y los jarrones con flores esparcidos por toda la habitación. Esos, estaba seguro, eran añadidos de Mandy. La cuna de pie al pie de la cama también era una adición que no era estándar en los aposentos de los oficiales, y no pude evitar aligerar mi paso cuando vi la pequeña forma que yacía dentro.

—¿Te puedo ofrecer un té de bayas chidi? —preguntó Mandy mientras se dirigía hacia una pequeña cocina, sin molestarse en bajar la voz.

—¿No tomas café? —susurré, aunque ella no lo había hecho. Pensaba que todos los humanos adoraban el café y lo bebían a galones.

—Oh, me encanta el café, pero lo que tenéis en la Nave no es café. —Arrugó la nariz—. Esa abominación intenta ser café, pero fracasa miserablemente.

La mujer no endulzaba sus palabras como dirían en la Tierra. —El té de bayas chidi está bien.

Inclinó la cabeza hacia la cuna. —No tienes que mantener la voz baja. Los bebés drexianos duermen con cualquier ruido.

Sirvió dos tazas, y tomé la mía, agradecido por tener algo que ocupara mis manos. Nos acomodamos en sillones grises a ambos

lados de una mesa de café baja de cristal, y ella me sonrió por encima de su taza humeante.

—Así que —dijo Mandy, fijando en mí una mirada penetrante—, has vuelto.

Ni siquiera había tomado un sorbo de mi té, pero dejé la taza sobre la mesa. —Sé que debería haberme quedado más tiempo...

Negó con la cabeza y agitó la mano de un lado a otro. —Lo entiendo.

¿Lo entendía? Mi pulso se aceleró. ¿Cómo lo sabía?

—Debe ser difícil volver a la Tierra después de pasar tanto tiempo allí en secreto. Todo es tan diferente ahora. Debes estar listo para algo nuevo.

No había acertado exactamente con mi razón, pero tenía razón en una cosa. Sí quería algo nuevo, y algo que me llevara lejos de la Nave. No podía soportar ver a Allie con otro drexiano.

La puerta emitió un pitido antes de que pudiera estar de acuerdo con ella.

—¿Quién es? —murmuró Mandy mientras se disculpaba e iba a abrir.

—¡Mandy, querida, tenemos una crisis entre manos! —exclamó Serge mientras entraba precipitadamente momentos después de que ella abriera la puerta—. ¡Tenemos demasiados voluntarios! ¿Puedes creerlo? ¡Demasiados! No puedo planear bodas de calidad para todos ellos. Y me niego a organizar un evento mediocre. ¡Va en contra de todo lo que represento!

Mandy escuchó la diatriba del alienígena con una expresión divertida mientras lo guiaba hacia el sillón restante. —Serge, cálmate. Respira hondo.

El pecho del gatazoid se hinchó dramáticamente. —Pero Mandy, no lo entiendes. La logística por sí sola es...

—¿Están todos los nuevos tributos contentos de estar aquí? —interrumpió Mandy suavemente.

Serge hizo una pausa, luego asintió de mala gana. —Bueno, sí, pero...

—Entonces deberías estar ahorrando tiempo porque ya no tienes que convencer a las novias —señaló Mandy—. ¿Recuerdas cuánto tiempo me llevó aceptar a Dorn?

—¿Están todos los tributos contentos con sus parejas? —pregunté antes de poder pensarlo mejor.

Serge pareció darse cuenta de mi presencia por primera vez. Sus ojos me examinaron con aprecio. —Vaya, vaya. ¿No eres tú un ejemplar grande y apuesto? —Se volvió hacia Mandy—. ¿Está en nuestra lista de novios?

Mandy se rio. —Este es Maxxon. Me estaba contando sobre su regreso de la Tierra. Hasta la revelación, trabajaba como procurador.

—Por supuesto que sí. Sabía que te reconocía. —Serge juntó las manos—. Bueno, ahora estamos nadando en novias dispuestas.

—Pero ¿todas están aceptando sus parejas? —insistí, tratando de sonar curioso y no desesperado—. ¿Ni una sola ha rechazado a su pareja?

Serge suspiró dramáticamente. —Por supuesto que las están aceptando. No hemos tenido ningún tributo nuevo descontento con su pareja. —Me miró con especulación—. Ahora, ¿qué tipo de hembra quieres? Puedo emparejar fácilmente a un drexiano como tú.

Sus palabras fueron como una bofetada en la cara. Si todos los tributos estaban aceptando sus parejas, eso significaba que Allie no había rechazado al drexiano elegido para ella. Probablemente ya estaba felizmente emparejada con su nueva pareja.

Me levanté bruscamente. —Debería irme.

Mandy trató de detenerme. —¿No querías hablar sobre lo que viene para ti?

—Tenías razón —dije mientras caminaba rígidamente hacia la puerta —. Necesito un cambio. Es hora de que me una a una nave de la Fuerza Inferno.

—Dorn estará contento. Creo que aún echa de menos a su tripulación.

Dejé a Mandy y a Serge, decidido a hablar con Dorn y conseguir un puesto en una nave de la Fuerza Inferno. Cualquier nave. No me importaba si estaba patrullando territorio Kronock y arriesgando la vida cada día. Al menos no estaría en un lugar donde cada pareja feliz sería un recordatorio de lo que había perdido.

Llegué al ascensor y entré, sin importarme adónde me llevara. Mientras las puertas se cerraban y el vagón comenzaba a moverse, me apoyé contra la pared, cerrando los ojos. Cuanto antes pudiera alejarme de la Nave, mejor. Pero no importaba cuán lejos llegara, sabía que no podría escapar del dolor en mi pecho ni del sabor amargo del arrepentimiento en mi lengua.

CAPÍTULO

VEINTISÉIS

Allie

Me di la vuelta al oír mi nombre, con el corazón en la garganta. Por un momento delirante, pensé —esperé— que podría ser Maxxon. Pero en su lugar, Reina se apresuraba hacia mí, su pelo azul balanceándose con cada paso.

—¡Allie! ¿Qué haces aquí abajo? —Los grandes ojos de Reina estaban abiertos de par en par con preocupación—. Esta es un área del personal. Vamos, te llevaré de vuelta arriba.

Antes de que pudiera protestar, me tomó del codo, guiándome hacia un elevador. Mientras caminábamos, continuó preocupándose.

—Estaba tan preocupada cuando no te encontré en tu suite. Pensé que algo podría haberte pasado.

No pude evitar sonreír un poco. Era evidente que preocuparse era la segunda naturaleza de Reina.

—Estoy bien. Solo estaba explorando.

Ambas mentiras.

Entramos en el elevador, las puertas se cerraron suavemente y comenzamos a movernos. Decidí arriesgarme.

—Reina —empecé, tratando de mantener un tono casual—, ¿conoces a un reclutador llamado Maxxon?

Reina arrugó la nariz mientras pensaba.

—¿Maxxon? Sí, creo que sí. ¿Alto, pelo oscuro, muy serio? —Cuando asentí, continuó—: Pero estoy bastante segura de que a todos los reclutadores les han asignado nuevos trabajos fuera de la estación. Ya no los necesitamos para conseguir novias de la Tierra, no con el programa de voluntarias.

Mi corazón se hundió.

—Entonces, ¿no está en la Nave?

Reina negó con la cabeza.

—No creo. Creo que algunos fueron a un puesto avanzado en otra galaxia, pero no estoy segura —Entrecerró los ojos mirándome—. ¿Cómo lo conoces?

Intenté mantener mi rostro neutral.

—Oh, nos conocimos brevemente cuando estuvo en la Tierra durante la invasión. Solo tenía curiosidad, eso es todo.

Reina asintió, pero pude notar que sospechaba. Afortunadamente, antes de que pudiera presionar más, las puertas del elevador se abrieron en el Paseo.

—Pensé que íbamos a mi suite.

—No en este momento, cariño. Perdimos tiempo cuando te estaba buscando —Reina me llevó apresuradamente por el paseo, pasando tiendas y cafés, hasta que llegamos a un escaparate que hizo que mi corazón latiera con fuerza. Era inconfundiblemente una tienda de novias.

Mientras Reina me hacía entrar, la realidad me golpeó seguida rápidamente por el pánico. ¿Qué estaba haciendo? Me había inscrito para ser una novia tributo. Maxxon se había ido, probablemente a

medio camino al otro lado de la galaxia ahora. Y claramente, lo que habíamos tenido en la Tierra no había significado tanto para él como para mí. Si lo hubiera hecho, ¿no habría intentado encontrarme?

—¿Un vestido de novia? —murmuré, mientras Reina me guiaba dentro de la tienda.

Ella se rio, el sonido agudo coincidiendo con el tintineo de la campanilla sobre la puerta.

—Bueno, eres una novia.

El interior de la tienda se parecía exactamente a una boutique elegante en la Tierra: percheros con vestidos blancos y esponjosos, lámparas de araña brillantes en el techo, una mullida alfombra blanca en el suelo. Por un momento, me sentí como si estuviera de vuelta en la Tierra. Pero si estuviera en la Tierra comprando un vestido, Bryce habría estado conmigo, armado con un arsenal de comentarios sarcásticos y un paquete de pañuelos.

—¡Bienvenida, bienvenida! —Dos hombres se apresuraron hacia nosotras. Uno tenía el pelo plateado metálico que llevaba en una coleta baja y el otro tenía el pelo corto dorado que casi brillaba—. ¡Soy Randi, con "i", y este es Monti. ¡Seremos tus asesores personales de vestidos hoy!

Monti le lanzó una mirada.

—Yo también soy con i.

Se afanaron sobre mí, hablando uno encima del otro mientras me guiaban hacia la parte trasera del salón. Monti me puso en la mano una copa de algo burbujeante.

—¡Bebe, cariño. Te ayudará a relajarte!

Antes de darme cuenta, me estaban empujando a un probador. Me bebí la bebida burbujeante de un trago, haciendo una mueca por el extraño regusto. Definitivamente no era champán de la Tierra.

Randi y Monti se movían apresuradamente fuera, sus voces un flujo constante de charla intercalado con la voz de Reina mientras les decía qué tipo de vestido creía que me quedaría mejor. Finalmente, irrumpieron de nuevo, cada uno sosteniendo un vestido en una percha.

—Opción uno —anunció Randi, sosteniendo un vestido que parecía ser más tul que tela—. ¡Fantasía de princesa!

—U opción dos —contrarrestó Monti, presentando un vestido de columna elegante y sedoso—. ¡Diosa sofisticada!

Señalé el vestido de columna, incapaz de imaginarme envuelta en todo ese tul. Randi resopló dramáticamente y se fue airado con el vestido rechazado.

Monti colgó el vestido en un gancho, me lanzó un beso y luego me dejó sola para cambiarme. Mientras me miraba en el espejo, sentí que una ola de tristeza me invadía. Así no era como me había imaginado probándome vestidos de novia. Para nada.

Pero sabía que si no me lo probaba, probablemente volverían corriendo, me desnudarían y me meterían en el vestido de todos modos. Rápidamente me desvestí y me metí en el vestido, haciendo lo mejor que pude para subirme la cremallera por la espalda.

Respirando profundamente, salí del probador.

Reina inmediatamente juntó las manos.

—¡Oh, Allie! ¡Estás exquisita!

Monti me subió el resto de la cremallera por la espalda y me llevó a una plataforma redonda y elevada, arreglándome el pelo y colocándome un velo sobre la cabeza.

—Te estoy dando el Monti Completo, cariño —dijo con un guiño.

Luego me giró hacia el espejo de cuerpo entero, y no pude evitar jadear. El vestido abrazaba mis curvas perfectamente, la tela sedosa

fluyendo como agua. Con el velo enmarcando mi rostro y el experto estilismo de Monti, me veía, bueno, bastante bien. Nunca me había considerado vanidosa, pero en ese momento, realmente me sentí hermosa.

Fue entonces cuando lo noté. En el espejo, pude ver a un drexiano de pie junto a Reina, con los ojos fijos en mí. Mi corazón dio un vuelco. Por un loco momento, pensé que podría ser Maxxon.

Me di la vuelta lentamente, mis ojos recorriendo la impresionante altura del drexiano. Era guapo, con facciones cinceladas y penetrantes ojos turquesa. Pero no era Maxxon.

La voz de Reina interrumpió mis pensamientos.

—Oh, querida, ¿no trae mala suerte que el novio vea a la novia en su vestido de boda?

La confusión me invadió.

—¿Novio?

Reina me sonrió radiante, luego al alto oficial drexiano.

—Este es tu pareja, cariño.

El mundo pareció inclinarse sobre su eje. ¿Mi pareja? ¿Se suponía que este extraño era mi futuro marido? Abrí la boca, pero no salieron palabras.

El drexiano dio un paso adelante, sin apartar sus ojos de los míos. Estaba sonriendo, pero lo único que podía pensar era que su sonrisa no era la de Maxxon. Sus ojos no eran los de Maxxon. No era el drexiano por el que lo había dejado todo para encontrar.

—Hola, Allie —dijo, con una voz profunda y rica—. Soy Varek. Es un placer conocerte por fin.

Me quedé paralizada en la plataforma con el vestido de novia perfecto. Pero de repente la cintura me apretaba demasiado, el velo

pesaba mucho sobre mi cabeza, los tirantes finos se me clavaban en los hombros. Todo estaba mal. Todo era un error.

Pero al ver la cara expectante de Varek, la sonrisa emocionada de Reina, las expresiones orgullosas de Randi y Monti, me di cuenta de que estaba atrapada. Había aceptado esto. Me había ofrecido voluntaria para ser una novia tributo. Literalmente había firmado mi vida.

Y Maxxon se había ido.

¿Qué coño había hecho?

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Maxxon

Mi cabeza aún daba vueltas por la conversación con Mandy y Serge mientras recorría los familiares pasillos de la Nave. La decepción y el dolor amenazaban con abrumarme, pero me obligué a apartarlos. Era un guerrero drexiano, entrenado para enfrentar cualquier desafío. Esto era solo otro obstáculo, y lo superaría.

Solo había un drexiano que podía ayudarme ahora: Varek. No solo era mi amigo desde nuestros días como cadetes en la Academia Drexiana, sino que también era el oficial a cargo de las asignaciones de personal. Si alguien podía sacarme de esta estación rápidamente, era él.

Los recuerdos de nuestro tiempo en la Academia pasaron por mi mente mientras me dirigía hacia la cubierta de mando. Varek y yo habíamos sido Espadas, parte de la Escuela de Batalla. Habíamos entrenado juntos, luchado juntos, nos habíamos empujado mutuamente a ser mejores guerreros. Si había alguien con quien podía contar ahora, era él.

Cuando llegué al piso que albergaba la cubierta de mando, las puertas del elevador se abrieron y casi choqué con una cara familiar.

—¡Zayn! —exclamé, retrocediendo para evitar chocar con el oficial. Aunque el drexiano había escapado de una prisión kronock y había tenido dificultades para regresar a la Nave, había encontrado la felicidad con la novia que le había conseguido. Habíamos sido amigos desde que se dio cuenta de que yo era quien se la había traído.

Los ojos de Zayn se abrieron de par en par al reconocerme.

—¡Maxxon! No sabía que habías vuelto a la Nave.

—Acabo de regresar. ¿Has visto a Varek? Necesito hablar con él.

Zayn señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—Se dirigió al Paseo hace un rato. Parecía tener prisa.

Fruncí el ceño. ¿El Paseo? Ese era normalmente el dominio de las novias tributo, lleno de tiendas de tartas de boda, vestidos y flores. Incluso la cafetería era algo que atraía a los humanos. Bueno, después de escuchar las quejas de Mandy, ya no estaba tan seguro de esa suposición, pero sí sabía que los drexianos no bebían ese brebaje.

¿Qué asuntos tendría Varek en el Paseo?

Entré en el elevador mientras Zayn salía.

—¿Te importa si bajo contigo? —preguntó mientras se unía a mí dentro—. Hace tiempo que no hablamos.

Era cierto. Hasta la Revelación, había estado trabajando horas extra para traer novias a la estación.

—¿Cómo está Katie? —pregunté, refiriéndome a la compañera humana de Zayn.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Zayn.

—Está genial, especialmente ahora con la Revelación. Está emocionada por la posibilidad de visitar la Tierra de nuevo.

Levanté una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Algún plan específico?

Zayn se rio.

—Quiere llevarme a un lugar llamado Disneyland. Pero tengo que admitir que las imágenes que me ha mostrado me preocupan un poco. Parece estar controlado por un roedor gigante.

No pude evitar reírme.

—¿Como los Ratlings de Parsus V?

Los ojos de Zayn se abrieron de par en par.

—*Grek*, espero que no. Katie me asegura que es solo un disfraz, pero... —Se estremeció.

El elevador se detuvo y las puertas se abrieron al bullicioso Paseo.

—Bueno, buena suerte con eso —le di una palmada en el hombro a Zayn—. Tal vez lleva un rifle de plasma, por si acaso.

Zayn se rio mientras yo salía del compartimento.

—No es mala idea.

Lo dejé en el elevador y empecé a caminar por el concurrido sendero de piedra, esquivando a mujeres emocionadas y drexianos que parecían abrumados por la exuberancia de sus parejas. Hasta ahora, no veía a Varek entre la multitud.

El aire estaba lleno de charlas y risas, con el aroma de flores y pasteles dulces que emanaba de las tiendas cercanas. En otras circunstancias, podría haber encontrado contagiosa la atmósfera. Ahora, solo hacía que me doliera el pecho. Recorrí con la mirada toda la zona. ¿Dónde estaba mi amigo?

Cuando pasé por la tienda de novias, algo me hizo detenerme en seco. A través del gran escaparate, divisé una figura familiar en el

interior.

¡Varek!

¿Qué estaba haciendo ahí dentro? Sacudí la cabeza al notar que su atención estaba centrada en algo que no podía ver bien.

Estaba a punto de entrar en la tienda y preguntarle a mi amigo por qué estaba rodeado de vestidos de novia cuando un movimiento llamó mi atención. Varek se hizo a un lado, revelando una figura en la plataforma. Una hermosa mujer con un vestido blanco y vaporoso.

Mi corazón dio un vuelco y luego dejó de latir por completo.

Allie.

Estaba aún más impresionante de lo que recordaba. El vestido blanco abrazaba sus curvas, haciéndola parecer una especie de diosa de la Tierra. Un delicado velo enmarcaba su rostro y, incluso desde esta distancia, podía ver el azul de sus ojos.

Pero no era su belleza lo que hizo que el tiempo se detuviera y todo a mi alrededor —cada sonido, cada movimiento, cada respiración— cesara. Era la forma en que Varek la miraba. La forma en que extendió la mano y tomó la suya, con una sonrisa embelesada en su rostro.

En ese momento, todo encajó con una claridad devastadora. La pareja drexiana de Allie, con quien había venido a la Nave para casarse, era Varek. Mi amigo. Mi compañero Espada. Mi hermano de armas.

La estación pareció inclinarse hacia un lado mientras todo el aire era expulsado de mis pulmones. ¿Cómo podía estar pasando esto? De todos los drexianos en esta estación, ¿cómo podía Allie haber sido emparejada con Varek?

Observé, paralizado, cómo Reina se afanaba alrededor de Allie, y Varek sonreía como si hubiera derrotado a una flota de invasores kronock él solo.

Por esto Allie no había rechazado a su pareja. Por esto había aceptado ser una novia tributo. Varek era todo lo que una mujer podía desear: fuerte, apuesto, amable. Un oficial respetado con una prometedora carrera por delante. Por supuesto que ella estaría feliz con él.

Retrocedí tambaleándome desde la ventana, casi chocando con un grupo de mujeres humanas que reían. Me miraron con curiosidad, pero apenas me di cuenta. Solo había un pensamiento que se repetía en mi cabeza, una cruel verdad.

Allie nunca sería mía.

CAPÍTULO

VEINTIOCHO

Allie

El corazón me latía con fuerza mientras estaba de pie en el salón nupcial, tratando de asimilar todo lo que estaba sucediendo. El drexiano frente a mí, Varek, parecía bastante agradable. Tenía una sonrisa amable y ojos dulces. Pero era un desconocido. No había conexión, ni historia compartida. No habíamos sobrevivido juntos a una invasión alienígena ni compartido secretos íntimos en la oscuridad de la noche.

Lo más importante es que no era Maxxon.

Un alboroto por el rabillo del ojo llamó mi atención. Miré hacia el frente de cristal del salón, pero solo pude ver la espalda de un drexiano desapareciendo entre una multitud de mujeres. Algo me carcomía en el fondo de mi mente, una sensación inquietante que no podía quitarme de encima.

La voz de Reina se filtró entre mis pensamientos, sus palabras eran un borrón de planes de boda y la seguridad de que a Serge le encantaría el vestido. Intenté concentrarme, pero mi mente seguía divagando.

—¿Allie? —La voz profunda de Varek me devolvió a la realidad—. ¿Me has oído?

Parpadeé, dándome cuenta de que debía haberme preguntado algo.

—Lo siento, ¿qué decías?

Su sonrisa fue paciente.

—Te pregunté si te gusta el vestido. ¿Es esto lo que quieres llevar para nuestra boda?

Abrí la boca para decir que sí, pero luego cambié de opinión. Necesitaba ganar tiempo. Puede que Maxxon se hubiera ido, pero de ninguna manera estaba lista para casarme con un desconocido, acuerdo o no.

—Necesito pensarlo —solté una risa alegre, o lo más parecido que pude—. Ya sabes lo que dicen, una chica nunca se queda con el primer vestido que se prueba.

Reina inmediatamente comenzó a revolotear a mi alrededor.

—¡Oh, por supuesto! Tenemos muchos más vestidos para que te pruebes. ¡Randi! ¡Monti!

Los dos estilistas alienígenas aparecieron como por arte de magia, con los brazos ya llenos de tela blanca. Pero la idea de probarme más vestidos me hizo sentir como si estuviera atrapada en un remolino y me hundiera rápidamente.

—En realidad —dije rápidamente—, me siento bastante cansada por el viaje. Los saltos fueron más duros para mi cuerpo de lo que esperaba. ¿Quizás podríamos hacer esto en otro momento?

Varek tomó mi mano y presionó un suave beso en mis nudillos.

—Por supuesto. Debes estar bien descansada para nuestra boda y luna de miel.

Mierda, mierda, mierda. ¿Luna de miel? La mirada en su rostro me decía exactamente lo que estaba pensando hacer en nuestra luna de miel. Aparté mis manos de golpe y retrocedí de la plataforma. Esto

iba demasiado rápido. Murmuré algo sobre la necesidad de cambiarme y prácticamente huí al probador.

Mientras me cambiaba rápidamente a mi propia ropa, me encontré deseando que el probador tuviera una ventana que pudiera usar para escapar. No era ajena a esquivar atenciones no deseadas, habiendo salido a hurtadillas por mi buena cantidad de puertas traseras y ventanas en el pasado. Pero aquí no había ruta de escape.

—¿Allie? —La voz entrecortada de Reina llegó a través de la puerta —. Varek se ha ido. Ya puedes salir.

Salí del probador, con disculpas ya en mis labios. Pero Reina las desestimó con un gesto.

—Está bien, cariño. Te presioné demasiado rápido. Normalmente, no hacemos lo del vestido hasta más tarde. Con tantas novias nuevas, todo en el Barco se acelera estos días.

Lo último que quería era que me apresuraran a un matrimonio con un desconocido.

—No te preocupes. Creo que puedo encontrar el camino de vuelta a mi suite. Te veré luego, ¿vale?

Antes de que pudiera protestar o seguirme, ya estaba fuera de la puerta y caminando rápidamente por el Paseo. Me subí a un inclinador con un grupo de otras tributos, agradecida cuando una de ellas se bajó en mi piso. La seguí afuera, localizando rápidamente mi suite y presionando mi mano en el panel lateral.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de mí, solté un largo suspiro. La tranquila soledad de la suite fue un bálsamo para mis nervios destrozados. Respiré el aire salado del mar, sabiendo que era una creación holográfica pero apreciándolo de todos modos. Cerrando los ojos, escuché el suave chapoteo del agua contra las escaleras de la terraza que conducían al agua.

Me dirigí afuera y me desplomé en una de las tumbonas con vista al mar. A un lado había una piscina rectangular de inmersión que parecía tentadora, pero no tenía energía para buscar un traje de baño. Y no tenía el valor para nadar desnuda.

Mientras yacía allí, tratando de relajarme y olvidar mi difícil situación, no pude evitar pensar en Maxxon. Cuando me había hablado de estas suites de fantasía, me había imaginado compartiendo una con él. La idea de que Varek se mudara, lo cual sabía que era parte del proceso de emparejamiento de novias tributo, no era lo que yo había firmado.

Bueno, técnicamente era exactamente lo que había firmado. Pero no era lo que había pretendido que sucediera, independientemente de lo que hubiera aceptado en papel.

—Típico, Allie —Sacudí la cabeza, una vez más, por lanzarme de cabeza a algo y considerar las consecuencias cuando ya era demasiado tarde—. Pero esta vez, estás atrapada en una estación espacial alienígena sin salida. No puedes exactamente escabullirte en medio de la noche aquí.

Después de unos minutos más de autocompasión, me senté. Maxxon se había ido. Necesitaba encontrar una manera de salir de esta situación que no dependiera de que él viniera a rescatarme. No, iba a tener que resolver esto por mi cuenta.

Tal vez podría escabullirme en medio de la noche, después de todo. ¿Podría colarme en un transporte de vuelta a la Tierra? Pero ¿qué pasaría cuando descubrieran que había desaparecido? ¿Qué les pasaba a las mujeres que rompían sus contratos de novia tributo? ¿Vendrían a por mí? ¿Varek me perseguiría?

Realmente deberías haber hecho más preguntas antes de firmar en la línea de puntos.

Las interminables preguntas daban vueltas en mi mente, haciendo imposible la relajación. Intenté concentrarme en el sonido de las

olas, en el calor del sol sobre mi piel. Cualquier cosa para distraerme del lío en el que me había metido.

Fue entonces cuando lo oí. Gemidos que resonaban a través del agua. Al principio, pensé que me lo estaba imaginando. Pero no, ahí estaba de nuevo. Más fuerte esta vez.

Me incorporé, escudriñando la aparentemente interminable extensión de océano. Los gemidos se hicieron más claros, puntuados por risitas y lo que sonaba sospechosamente como ¿gruñidos?

Oh. Oh, no.

Así que nada de olvidar para lo que me había apuntado. Aparentemente, algunas de mis compañeras novias tributo estaban disfrutando a fondo de sus suites de fantasía, y de sus nuevas parejas. Obviamente, no todo el mundo encontraba problemática la idea de acostarse con un desconocido.

Me tapé los oídos con las manos y volví rápidamente al interior, cerrando la puerta corredera de cristal tras de mí. Los sonidos quedaron amortiguados, pero aún se oían. Con un gemido, me dejé caer boca abajo sobre la mullida cama.

El paraíso, al parecer, no siempre era tan maravilloso como lo pintaban. Especialmente cuando estabas rodeada de parejas felizmente emparejadas mientras tu propio corazón anhelaba a alguien que tal vez ni siquiera estuviera en la misma galaxia.

Mientras yacía allí, intentando bloquear los sonidos de la pasión alienígena, no pude evitar preguntarme: ¿Qué pensaría Maxxon si pudiera verme ahora? ¿Se reiría de lo absurdo de todo esto? ¿O se sentiría herido, pensando que había elegido esta vida en lugar de él?

Aparté ese pensamiento. No importaba lo que Maxxon pudiera pensar. Él no estaba aquí. Él había tomado su decisión, y yo la mía. Ahora tenía que vivir con las consecuencias.

De alguna manera, tenía que encontrar una salida a este lío. Solo esperaba poder resolverlo antes de acabar en la cama con un desconocido.

CAPÍTULO

VEINTINUEVE

Maxxon

Entré tambaleándome en el salón de oficiales, decidido a ahogar mis penas en ginebra cressidiana. Como de costumbre, el espacio estaba tenuemente iluminado, con velas artificiales que proyectaban un suave resplandor sobre cada pequeña mesa cuadrada y a lo largo del pulido bar lacado en negro.

La conversación en la sala era un murmullo bajo, puntuado por el ocasional tintineo de copas. Después del caos del Paseo, la atmósfera contenida resultaba casi relajante.

—¿Qué veneno quiere? —me llamó el camarero cuando me acerqué.

Lo reconocí como un aluriano, su piel verde clara contrastaba fuertemente con el entorno oscuro. —Ginebra cressidiana. Que sea doble.

Mientras el camarero deslizaba el líquido rosa pálido hacia mí, oí voces familiares que me llamaban. Al girarme, vi a Torven y Dakar sentados en una pequeña mesa redonda cerca de las ventanas, con una vista perfecta de los anillos de Saturno brillando en la distancia.

Dakar levantó la barbilla, haciéndome un gesto. —Únete a nosotros.

Por un momento, consideré declinar. No estaba de humor para compañía. Pero la idea de sentarme solo con mis pensamientos era aún menos atractiva, así que me dirigí a su mesa, bebida en mano.

—Pareces *grek* —dijo Torven sin rodeos cuando me senté—. ¿Mal momento en la Tierra?

Negué con la cabeza, dando un largo trago a mi ginebra. —Estuvo bien, pero decidí no quedarme. Mi tiempo en el planeta ha terminado. —Entonces me di cuenta de que no sabía por qué habían estado regresando a la Tierra. Había estado demasiado preocupado para preguntar—. ¿Cómo fue vuestro viaje?

Dakar se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando de emoción. —Estábamos evaluando los daños del ataque Kronock, que son peores en algunos lugares que en otros.

—Pero los humanos son resistentes —añadió Torven—. Hemos recomendado fuerzas drexianas adicionales para ayudar a patrullar sus cielos, y algunos de nuestros ingenieros asistirán en los esfuerzos de reconstrucción.

Alcé una ceja, agradecido por la distracción. —¿Cómo están manejando los gobiernos de la Tierra las naves drexianas en sus cielos?

—Mejor de lo que podrías esperar —dijo Dakar—. Se están uniendo para formar algo llamado Defensa Planetaria Terrestre. Trabajará en conjunto con nuestro ejército.

Mientras continuaban poniéndome al día sobre los nuevos arreglos, me encontré genuinamente interesado. Era un alivio bienvenido del tumulto en mi mente, pero no me impidió seguir bebiendo constantemente varios vasos más de ginebra cressidiana.

El alcohol estaba empezando a adormecer mis sentidos cuando oí una voz que me hizo tensar la espalda.

—¡Maxxon! No esperaba verte aquí.

Levanté la mirada para ver a Varek acercándose a nuestra mesa, con una amplia sonrisa en su rostro. Mi estómago se revolvió, pero me forcé a devolver la sonrisa.

No era culpa de Varek que le hubieran emparejado con Allie. No tenía idea de mis sentimientos por ella. No tenía idea de que yo la hubiera conocido. No quería imaginar lo que diría si supiera que me había acostado con su futura esposa. Apreté los labios, prometiéndome que me lo guardaría para mí.

Mientras Varek acercaba una silla, Dakar levantó su copa. —¡Felicidades por tu emparejamiento de tributo! Me enteré de la noticia.

Agarré mi vaso con más fuerza, obligándome a mantener la compostura.

El rostro de Varek se iluminó. —Gracias. Allie es la humana más hermosa que he visto jamás.

Por el rabillo del ojo, vi que Dakar levantaba las cejas. Me miró, con un destello de reconocimiento en sus ojos. Contuve la respiración, rezando para que no recordara el nombre de la mujer con la que me habían encontrado en la Tierra.

Pero Dakar permaneció en silencio, y exhalé un silencioso suspiro de alivio.

Torven se inclinó sobre la mesa, con un brillo travieso en los ojos. —Entonces, ¿qué haces bebiendo con nosotros cuando tienes una novia esperando en tu suite?

Varek se rió mientras negaba con la cabeza. —Estaba cansada del viaje. Pensé que era mejor darle algo de tiempo para descansar.

—¡Ah, pero deberías estar cortejando a tu pareja! —insistió Torven —. Las hembras humanas aprecian los grandes gestos románticos, ¿sabes?

Mientras Torven comenzaba a ofrecer sugerencias cada vez más extravagantes sobre cómo Varek podría cortejar a Allie, sentí que mi control sobre la compostura se desvanecía. La idea de Varek conquistando a Allie, de que ella se enamorara de él de la manera en que yo había esperado que se enamorara de mí, era demasiado para soportar.

—Debería irme —dije abruptamente, levantándome tan rápido que mi silla raspó ruidosamente contra el suelo.

Los demás me miraron sorprendidos, pero Dakar no parecía tan desconcertado.

—También estoy cansado de viajar. —Logré encontrar la mirada de Varek—. Me pondré al día contigo más tarde.

Luego me dirigí rápidamente hacia la salida, dejando atrás a mi confundido amigo. Cuando la puerta del salón de oficiales se cerró tras de mí, me apoyé contra la pared exterior, respirando profundamente. La ginebra cressidiana se arremolinaba en mi estómago, haciéndome sentir ligeramente mareado. O tal vez era solo el efecto de escuchar a Varek hablar de Allie.

Una cosa estaba clara: no podía quedarme en la Nave. No cuando cada rincón albergaba el potencial de un encuentro con Allie y Varek. No cuando cada conversación podía traer noticias de su relación en desarrollo.

Y no podía acudir a Varek para un traslado. No cuando apenas podía mirar al drexiano sin pensar en él con ella. Solo había una forma de asegurarme de que nunca tuviera que verlos juntos, nunca tuviera que fingir estar feliz por mi amigo mientras mi corazón se rompía.

Tenía que irme.

Ahora.

Me aparté de la pared y me dirigí al inclinador más cercano, entrando y deslizando mi mano sobre el panel para dirigir el

compartimento hacia el hangar. Podría intentar tomar un transporte fuera de la estación, pero eso requeriría explicaciones que no estaba preparado para dar. No, solo había una opción real.

Tendría que robar una nave.

El pensamiento debería haberme llenado de pavor. Robar una nave drexiana era un delito grave, uno que podría acabar con mi carrera permanentemente. Pero mientras el inclinador descendía, descubrí que no me importaba. ¿Qué era mi carrera comparada con la agonía de ver a Allie con mi amigo más cercano?

CAPÍTULO

TREINTA

Allie

El agua caliente caía en cascada sobre mis hombros, eliminando la tensión que se había acumulado durante las últimas horas. Permanecí inmóvil bajo la ducha tipo lluvia tropical, dejando que el agua se deslizara por mi cuerpo, llevándose no solo la suciedad física, sino también el tumulto emocional del día.

El agua estaba levemente perfumada con flores tropicales, y respiré profundamente, permitiendo que el dulce aroma llenara mis pulmones. El vapor se arremolinaba a mi alrededor, aferrándose a las paredes de madera de teca de la espaciosa ducha. Era fácilmente lo suficientemente grande para dos personas, un pensamiento que rápidamente aparté de mi mente.

Al menos aquí no podía oír los sonidos amorosos de las suites vecinas. Pero sabía que más allá de estas paredes, el Barco estaba lleno de recordatorios de amor, o al menos de lujuria. Parecía que no podía escapar de ello, sin importar hacia dónde me girara.

Con un suspiro, finalmente alcancé el elaborado panel de control, tanteando con los botones desconocidos hasta que logré apagar el agua. Salí a la mullida alfombrilla de baño, envolviéndome en una toalla tan suave que se sentía como seda contra mi piel. Mientras exprimía el exceso de agua de mi pelo, me vi de reojo en el espejo.

Me veía diferente. De alguna manera mayor. O quizás solo más cansada.

O tal vez con el corazón roto.

Caminando descalza hacia la habitación principal, me dirigí al armario de teca. Dentro, encontré una selección de vestidos que no desentonarían en una boutique de lujo en Bora Bora. Tarareé suavemente mientras revisaba las opciones, finalmente decidiendo por un vestido veraniego de color azul pálido.

Dejé caer la toalla al suelo, decidiendo no ponerme ropa interior. Después de todo, estaba sola, y la tela era ligera y aireada contra mi piel. Acababa de deslizar el vestido sobre mi cabeza cuando escuché un sonido que me hizo quedar completamente inmóvil.

No estaba sola.

Mi corazón latía con fuerza mientras me giraba lentamente. Allí, de pie en el balcón abierto con un ramo de flores en la mano, estaba Varek.

Mis mejillas se sonrojaron al darme cuenta de que debía haberme visto desnuda. Claramente me había observado caminar desde el baño, dejar caer mi toalla y ponerme el vestido. Estaba segura de esto porque sus ojos estaban muy abiertos, y parpadeó varias veces antes de encontrar su voz.

—No esperaba que se desnudara... —dijo, su voz apagándose.

Yo me recuperé primero, mi vergüenza convirtiéndose rápidamente en indignación. —¿Cómo ha entrado aquí?

Varek entró por las puertas de cristal, su imponente figura llenando el espacio. —Se supone que ambos debemos permanecer en la suite de fantasía —explicó, como si fuera lo más natural del mundo—. Pensé que podría estar descansando, así que entré en silencio. No pretendía asustarla.

Sus palabras fueron como un cubo de agua fría, deshaciendo toda la relajación de mi ducha caliente. Por supuesto. Nos habían emparejado, lo que significaba que se suponía que debíamos quedarnos juntos, conocernos, *realmente* conocernos. Era lo último que quería.

Varek colocó las flores en una mesa lateral y caminó hacia mí. Aunque sabía que era alto, aún me sorprendió lo mucho que me sobrepasaba. Extendió la mano, pasando un dedo por mi mejilla en lo que estoy segura que pretendía ser tierno y seductor. En su lugar, fue aterrador.

—Me dijeron que hiciera un gran gesto romántico —dijo suavemente, sus ojos escrutando mi rostro—. A los humanos les gustan las flores, ¿no es así?

Tragué saliva con dificultad. Era mucho más grande que yo, y no había razón para que no estuviera en mi suite. Corrección, nuestra suite. ¿Tenía siquiera el derecho de echarlo? Decidí adoptar un enfoque más tranquilo que gritar y salir corriendo.

—Sí, nos gustan. Son preciosas. Gracias.

Varek sonrió, aparentemente animado por mi respuesta. —Me alegro de que le gusten. He estado deseando conocerla, Allie. Cuando vi su perfil, no podía creer mi suerte.

Sus palabras deberían haberme halagado, pero en su lugar, me hicieron sentir vacía. Este amable y apuesto drexiano pensaba que había encontrado a su pareja perfecta, y aquí estaba yo, deseando estar en cualquier lugar menos con él.

—Varek —comencé, sin estar segura de lo que iba a decir—. Todo esto está sucediendo muy rápido.

Asintió, su expresión tornándose seria. —Lo entiendo. Esto debe ser abrumador para usted. Venir a un nuevo lugar, conocer gente nueva, conocerme a mí. —Rio suavemente—. Admito que yo mismo estoy un poco abrumado.

Por un momento, sentí una punzada de culpa. Varek no era un mal tipo. Estaba haciendo todo lo posible por hacerme sentir cómoda, por empezar a construir una conexión. No era su culpa que mi corazón perteneciera a otro.

—Quizás podríamos empezar con algo más sencillo —sugirió Varek —. ¿Le gustaría dar un paseo por la playa? La puesta de sol holográfica es bastante espectacular.

Miré hacia el balcón, donde el sol simulado efectivamente comenzaba a hundirse hacia el horizonte, pintando el cielo de vívidos naranjas y rosas. Era hermoso, y en otras circunstancias, un paseo al atardecer por la playa con un apuesto alienígena podría haber sido emocionante.

Pero todo en lo que podía pensar era en Maxxon y en cuánto deseaba estar sosteniendo su cálida mano y caminando a su lado.

—¿Allie? —La voz de Varek me devolvió al presente—. ¿Se encuentra bien?

Me di cuenta de que había permanecido en silencio demasiado tiempo. —Lo siento, Varek. No creo que pueda dar un paseo ahora mismo. Todavía me siento un poco cansada por el viaje. —Me llevé una mano al estómago—. Y con náuseas.

En caso de duda, menciona problemas estomacales. Eso no es sexy para nadie.

Su rostro decayó ligeramente, pero rápidamente lo enmascaró con una sonrisa. —Por supuesto. ¿Quizás podríamos cenar más tarde? Podría hacer que trajeran algo a la suite.

La idea de una cena romántica para dos en este entorno paradisíaco me revolvió el estómago. Necesitaba salir de aquí, aclarar mi mente, descubrir qué iba a hacer.

—Suena genial —mentí, dando un paso atrás y agarrándome el estómago—. ¿Nos vemos luego?

Asintió, caminando rápidamente hacia la puerta y saliendo más rápido de lo que incluso había esperado.

Debería sentirme culpable por hacer que el tipo pensara que estaba a dos segundos de correr al baño, pero no lo sentía. Claro, la había cagado. Había hecho algo precipitado e impulsivo. Pero lo había hecho porque pensaba que Maxon era el indicado. Había pensado que era la persona, corrección, el alienígena, que siempre había querido. Y había hecho un montón de cosas estúpidas para encontrarlo.

Bueno, ya estaba harta de todo eso, y había dejado de sentirme mal por haber dado un gran golpe y haber fallado. Agarré un par de sandalias de al lado de la puerta, me las puse y salí de mi suite.

No podía quedarme en esa suite ni un minuto más. Y no podía fingir ser la compañera que Varek merecía, cuando claramente no lo era.

Llegué al inclinador y pulsé repetidamente el botón de llamada, como si eso fuera a hacer que llegara más rápido. Cuando por fin se abrieron las puertas, me precipité dentro con el corazón acelerado.

Mientras las puertas se cerraban y sonaban de fondo los acordes instrumentales de «Beat It», me apoyé contra la pared, intentando recuperar el aliento. Me había equivocado antes. Sí podía huir de esto.

Logré mover la mano frente al panel de control hasta que el inclinador empezó a descender. Algún afortunado transporte con destino a la Tierra estaba a punto de tener un polizón.

CAPÍTULO

TREINTA Y UNO

Maxxon

El constante zumbido de la maquinaria, puntuado por los agudos choques de las herramientas contra el metal y el ocasional siseo de los sistemas hidráulicos, me recibió cuando entré a zancadas en el hangar. Las chispas volaban de los sopletes de soldadura, proyectando sombras fugaces sobre las vigas de acero expuestas del techo. El acre olor del combustible del motor, que una vez había hecho que mi pulso se acelerara de emoción y ansias de aventura cuando me dirigía a conseguir más novias, ahora solo me recordaba lo que estaba a punto de dejar atrás.

Me abrí paso entre los ajetreados mecánicos, con pasos decididos pero cuidadosos para no llamar la atención, mientras me dirigía hacia una nave de transporte que había utilizado innumerables veces en mis misiones a la Tierra. Reconocí la pequeña abolladura en el casco, una que nunca había sido alisada.

Como reclutador, había pasado más tiempo en la nave del que me gustaría admitir, aunque siempre como pasajero. Hoy, eso cambiaría.

Colándome a bordo sin ser notado, me dirigí a la cabina y me hundí en el asiento del piloto. Mis dedos recorrieron el panel de control, la memoria muscular de mis días en la Academia Drexiana activándose

a pesar de los años que habían pasado desde la última vez que había pilotado una nave.

A todos los cadetes drexianos se les entrenaba en vuelo, incluso si yo me había centrado en el combate como Espada, así que aunque hubiera pasado un tiempo desde que me había sentado en la silla, sabía lo que estaba haciendo. Al menos en cuanto a volar.

La gravedad de lo que estaba a punto de hacer —robar una nave y dejarlo todo atrás— rápidamente desterró los efectos persistentes de la ginebra cressidiana. Pero no había otra opción. No para mí. No si quería conservar mi cordura.

No podía soportar la idea de ver a Allie, la mujer que había consumido cada momento de vigilia desde que dejé la Tierra, casarse con mi mejor amigo. El dolor era demasiado para soportarlo.

Con un profundo suspiro, comencé las comprobaciones previas al vuelo, mi mente repasando posibles destinos. Un puesto avanzado podría ofrecer anonimato, una oportunidad de perderme en la inmensidad del espacio. O quizás podría volver a la Tierra, sumergirme en los esfuerzos de reconstrucción del planeta. Mi experiencia de numerosos viajes allí podría resultar valiosa, como le había dicho a Mandy. Mientras me mantuviera alejado del pueblo natal de Allie, podría encontrar un propósito ayudando a restaurar el mundo que una vez había explotado.

O podría volver a Drex. Esa idea me hizo detenerme mientras los recuerdos de mi tiempo en la Academia Drexiana me invadían. Varek y yo, jóvenes y ambiciosos, aprendiendo a volar y luchar codo con codo. Habíamos sido copilotos el uno del otro no solo en el simulador, sino en todos los aspectos de la escuela de entrenamiento de guerreros. Nos habíamos empujado mutuamente, nos habíamos apoyado, habíamos soñado juntos con las aventuras que nos esperaban.

La idea de cortar ese vínculo, de despedirme tanto de Allie como de Varek, me provocó un agudo dolor en el pecho. Me froté la zona

dolorida, tratando de concentrarme en la tarea que tenía entre manos. Esto era más que dejar atrás un romance potencial; estaba abandonando una amistad que había definido gran parte de mi vida.

Pero al irme, también estaba salvando la amistad. De esta manera, siempre tendríamos el pasado, y nunca sería arruinado por la mujer que se había interpuesto entre nosotros, aunque Varek nunca lo sabría.

Con el corazón apesadumbrado, completé los preparativos finales, levantando la rampa de embarque y escuchando el resonante golpe. Entonces hubo algo más, un sonido inesperado desde dentro de la nave. Me quedé paralizado, aguzando el oído. Ahí estaba otra vez: un suave roce.

Me levanté de un salto, moviéndome con cautela por el interior de la nave. Me preparé para la confrontación, esperando a medias encontrar a un oficial drexiano exigiendo una explicación por mi partida no autorizada. Pero la cabina principal estaba vacía, silenciosa salvo por el débil zumbido de los sistemas de la nave.

Estaba a punto de achacarlo a una imaginación hiperactiva cuando otro sonido amortiguado llegó a mis oídos. Mi mirada se fijó en la puerta de un armario de almacenaje cercano, y agarré el bláster de mi cintura. Con un rápido movimiento, abrí la puerta de golpe y apunté con mi bláster, listo para enfrentarme a lo que fuera —o a quien fuera— que se escondía dentro.

—¿Qué *grek*? —Casi se me cae el bláster.

Allie estaba agachada en el pequeño espacio, su fino vestido arrugado y su pelo mojado. Me miró con ojos sobresaltados que reflejaban mi propia conmoción.

—¿Qué haces aquí? —logré preguntar, mi voz apenas por encima de un susurro.

Ella salió del armario, parpadeando rápidamente como si acabara de ver una aparición.

—¿Qué haces *tú*? —Su voz tembló—. Me dijeron que te habías ido.

—Fui a la Tierra a buscarte —expliqué, las palabras saliendo atropelladamente de mi boca—. Pero tu vecina me dijo que te habías apuntado para ser tributo.

—Vine aquí a buscarte —Su labio inferior tembló—. Pero no pude encontrarte, me dijeron que te habías ido, y todo ha salido mal así que estaba huyendo.

En ese momento, me invadió la necesidad de protegerla, justo como lo había hecho en la Tierra, de protegerla de lo que fuera que la había llevado a esconderse en un armario de almacenaje en una nave de transporte. Sin pensarlo, extendí mi mano.

—Entonces puedes huir conmigo.

Apenas tuve tiempo de registrar su movimiento antes de que Allie se lanzara a mis brazos. Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cintura, el impacto repentino obligándome a retroceder unos pasos. Instintivamente la agarré para evitar que se cayera mientras ella aplastaba su boca contra la mía.

CAPÍTULO

TREINTA Y DOS

Allie

La visión de Maxxon, a quien creía perdido, de pie en la nave en la que me había colado porque no soportaba estar con nadie más que con él, me hizo perder todo control. Salté a sus brazos y lo besé con fuerza, sin importarme nada más.

Lo había encontrado. No se había olvidado de mí. Sí le importaba. Me había estado buscando igual que yo a él, y por fin nos habíamos encontrado.

Maxxon deslizó sus manos bajo mi trasero, sosteniéndome mientras yo pasaba las mías de sus hombros a su cara y luego enredaba mis dedos en su pelo. Todo en él se sentía exactamente como lo recordaba. El calor de su piel, el hormigueo de su tacto, la dureza de sus músculos mientras me apretaba contra él.

Si le había sorprendido que saltara sobre él y estampara mi boca contra la suya, se recuperó rápidamente, separando mis labios con un fuerte roce de su lengua y acariciando la mía con la suya. Suspiré en su boca, necesitando más, necesitándolo todo.

Maxxon separó sus labios de los míos, y su mirada estaba oscura de deseo mientras me miraba como si no estuviera seguro de no estar imaginándome.

—No pares —empecé a tirar de su uniforme, intentando quitárselo.

Respiró entrecortadamente. —No puedo ir despacio.

Volví a poner mis manos en su pelo y enredé mis dedos en los oscuros mechones. —No quiero que vayas despacio. Quiero que me folles duro. Quiero que me demuestres que soy tuya.

Con un ronroneo oscuro que se transformó en un gruñido, volvió a atraer mis labios a los suyos, profundizando el beso mientras movía sus manos para deslizarlas bajo el dobladillo de mi vestido. Cuando sus dedos descubrieron que no llevaba nada debajo, un gemido desesperado se escapó de sus labios.

Maxxon deslizó sus dedos entre mi humedad, gimiendo antes de decir entre dientes: —Estás empapada por mí, Allie.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —susurré, balanceándome sobre sus manos para que las puntas de sus dedos rozaran mi clítoris.

Fue entonces cuando cualquier control que hubiera tenido se hizo añicos. Usó una mano para bajar sus pantalones de un tirón, haciendo que su polla se alzara, aplastando su boca contra la mía en un beso duro y posesivo mientras agarraba mis caderas y me levantaba para que su glande quedara encajado en mi entrada.

El deseo me invadió caliente y feroz, pero entonces recordé lo grande que era y cuánto había tenido que estirarme para acoger su polla. Pero esta vez ni siquiera hubo un momento para prepararme cuando Maxxon me empujó hacia abajo al tiempo que embestía hacia arriba.

Sus besos embriagadores ahogaron mis gritos mientras me llenaba hasta el fondo, manteniéndome abajo solo por un instante antes de levantarme de nuevo y volver a bajarme. El agudo pinchazo de dolor se desvaneció cuando mi cuerpo lo acogió, y entonces usé mis pies envueltos alrededor de su espalda para impulsarme y poder cabalgar su polla.

No había nada lento ni suave en esto, mientras Maxxon me empujaba contra la pared, apoyando una mano en ella mientras embestía sin piedad. Pero no había nada en ser follada duro por él que no me gustara, que no necesitara, que no anhelara.

Maxxon rompió nuestro beso, jadeando mientras seguía embistiendo profundamente. —Eres mía, Allie. Ahora y siempre.

Asentí, demasiado abrumada por las sensaciones para hablar.

Apoyó su frente en la mía mientras tomaba respiraciones irregulares. —Tu cuerpo fue hecho para mí. Fuiste hecha para recibir mi polla. Tu apretado coñito fue hecho para ser follado. —Sus ojos se volvieron incandescentes y su voz tan ronca que apenas era audible—. Y voy a follarte tan duro y tanto que nunca más olvidarás a quién perteneces.

Como si pudiera olvidar alguna vez las sensaciones que me atravesaban: el hambre insaciable por su tacto, la necesidad desesperada de ser llenada por él, la emoción prohibida de ser follada en una nave de transporte mientras los drexianos trabajaban cerca en el hangar.

No me importaba estar comprometida con otro drexiano. No me importaba que toda la nave pensara que era la novia de otro. No me importaba cuántas reglas estaba rompiendo al abrir las piernas para Maxxon. Ni siquiera me importaba estar apretada contra el duro acero de un transporte y rodeada de estanterías y suministros. Todo lo que me importaba era ser follada por él hasta que no pudiera respirar, no pudiera pensar, no pudiera caminar.

Un placer prohibido recorría mi cuerpo, haciéndolo temblar mientras Maxxon embestía sin descanso. Los sonidos de carne chocando contra carne resonaban en el pequeño espacio, mezclándose con mis jadeos entrecortados y sus gruñidos guturales.

Se echó hacia atrás cuando mi respiración se aceleró, agarrando mis caderas de nuevo y inclinándolas para que rozara mi clítoris con

cada embestida. —¿Vas a correrte para mí como una buena chica?

Mis ojos se pusieron en blanco mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás. No podía hablar mientras olas de placer me inundaban y temblores sacudían mi cuerpo. Me contraía alrededor de la polla de Maxxon, apretando mi agarre alrededor de su cintura mientras lo cabalgaba. Pero antes de que pudiera tomar aliento, él estaba embistiendo dentro de mí y manteniéndose profundo mientras pulsaba caliente.

Su rugido resonó a nuestro alrededor, luego su cuerpo se relajó y cayó hacia adelante. Maxxon enterró su cabeza en mi cuello, robando respiraciones desesperadas mientras yo intentaba recordar cómo respirar normalmente.

CAPÍTULO

TREINTA Y TRES

Maxxon

El calor de su cuerpo contra el mío, el aroma de su pelo... todo era dolorosamente familiar pero a la vez emocionantemente nuevo. Por un momento, simplemente nos abrazamos, desvaneciendo el resto del universo. Una parte de mí no podía creer lo que acababa de suceder, mientras que otra sentía que era hacia lo que había estado corriendo desde el momento en que vi a Allie. Simplemente no me había imaginado que ocurriría en un armario de suministros.

Cuando finalmente nos separamos y sus piernas se deslizaron de mi cintura y salí suavemente de ella, escudriñé el rostro de Allie, tratando de dar sentido a la situación. —No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo estás aquí?

Los ojos de Allie brillaron con lágrimas contenidas. —Después de que te fueras de la Tierra, nada se sintió igual —hizo una pausa, tomando un respiro tembloroso—. No podía dejar de pensar en ti.

Sus palabras me emocionaron, pero moderé mi esperanza con cautela. —¿Pero qué hay de Varek? Te vi con él en la tienda de vestidos.

—¿Varek? Apenas lo conozco. La primera vez que lo vi fue en esa tienda de vestidos.

—Pero es tu pareja asignada.

—Eso no significa que vaya a casarme con él —miró a nuestro alrededor, a los estantes de suministros apilados hasta el techo—. ¿Por qué crees que me estaba colando en un transporte?

—Pero no sabías adónde se dirigía la nave —me guardé el miembro en los pantalones—. ¿Y si iba a una colonia lejana?

Su boca se abrió y luego me dio una sonrisa torcida. —Supongo que no pensé en eso. Todo lo que sabía era que no podía casarme con Varek. No sería justo para él. Y por lo que me dijeron otros, ni siquiera estabas en la estación.

—Sí volví a la Tierra, pero fui a buscarte.

Su expresión se iluminó. —¿Lo hiciste?

Asentí y usé mi mano para apartar un mechón de pelo de su frente. —Volví a tu edificio y hablé con tu amigo.

Sonrió. —Bryce. No estaba muy seguro de mi plan de ofrecerme como voluntaria y venir a la estación como tributo, pero yo estaba tan segura de que mi plan funcionaría y te encontraría.

—Bueno, de cierta manera lo hizo.

Dejó escapar una risita sorprendida. —Supongo que sí —luego inclinó la cabeza y me evaluó—. Pero ¿por qué estás en esta nave? ¿Adónde planeabas ir?

Suspiré, recordando la desesperación que había sentido no hace mucho. —Tenía que irme. No podía soportar la idea de verte con Varek. Verlo tocarte una vez casi me destruyó. Sabía que no podría sobrevivir viéndote casarte con él, y sería imposible evitarlo —antes de que pudiera pedirme que me explicara, añadí—: Varek ha sido mi amigo más cercano desde nuestros días en la Academia Drexiana.

—¿Es tu mejor amigo? —Presionó una mano contra el costado de mi cara—. Oh, Maxxon, lo siento mucho.

Negué con la cabeza, aunque también me incliné hacia el calor de su mano. —No es tu culpa. No podías saberlo. En realidad, la culpa es solo mía. Debería haber hablado de ti cuando regresé de la Tierra. Debería haber admitido que había roto el protocolo. Debería haber explicado que me había enamorado de una humana.

Se quedó inmóvil, como congelada por mis palabras. —¿Me amas?

Solté una risa áspera. —Bueno, arriesgué mi carrera para encontrarte y ahora me estoy arriesgando a un proceso militar por robar una nave, así que creo que es justo decir que estoy loca, profunda y obsesivamente enamorado de ti.

Un sollozo se ahogó en su pecho, y colocó sus manos a ambos lados de mi cara. —Y yo estoy verdadera, loca, profunda y obsesivamente enamorada de ti.

Por un momento, me quedé sin palabras. Sus palabras eran todo lo que siempre había deseado, y su amor era lo único que necesitaba. Mi corazón se hinchó con tanta alegría que estaba seguro de que estallaría. Pasé mi mano por su pelo, agarré la parte posterior de su cabeza y aplasté mi boca contra la suya.

Este beso no fue desesperado y frenético. En su lugar, tomé su boca lenta y sensualmente, tomándome el tiempo para saborearla y sentirla. Acaricié su lengua con la mía, cada movimiento lleno de ternura y amor. En respuesta, ella gimió mientras su cuerpo se derretía contra el mío.

Cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento de nuevo, apoyé mi frente contra la suya. —Todavía no puedo creer que esto sea real, que realmente estés aquí, que nos hayamos encontrado.

—¿No crees en el destino? —Me dio un beso juguetón, mordisqueando mi labio inferior—. Estabas destinado a verme en el paso de peatones, estábamos destinados a salvarnos mutuamente

durante la invasión, y estábamos destinados a encontrarnos en esta estación espacial. Cada movimiento que ambos hemos hecho nos ha acercado más y más.

—Tan cerca que casi nos fugamos juntos sin saberlo —Dejé escapar un suspiro de alivio por haberla encontrado antes de robar la nave.

Una sonrisa traviesa jugó en sus labios. —Entonces, ¿adónde deberíamos fugarnos?

Me reí, el sonido llenando el pequeño espacio y recordándome que aún estábamos en el armario de la nave con los motores en marcha. —En primer lugar, probablemente deberíamos salir de aquí. Necesito que aprueben nuestra unión y encontrar a Varek.

Ella hizo una mueca. —¿Quieres que vaya contigo?

Negué con la cabeza. —Será mejor que venga de mí solo. Deberías ir a esperarme a tu suite.

Una ceja se arqueó. —Entonces puedes unirte a mí en mi bungalow del Pacífico Sur.

—Después de que hablemos con Serge.

—¿Serge? —Sus ojos se entrecerraron y se formó una arruga entre ellos—. ¿Por qué él?

—Porque tiene una boda que planear, y no voy a esperar mucho más para llamarte mi esposa.

Allie tarareó y me sonrió. —Mi esposa. Me gusta cómo suena eso, lo cual es una locura porque nunca pensé que querría que nadie me llamara esposa.

—¿Y ahora?

—No puedo esperar, esposo.

Gruñí mientras consideraba quedarme en el armario un poco más.

CAPÍTULO

TREINTA Y CUATRO

Allie

Flotaba por el pasillo, tarareando mientras regresaba a mi suite. Los acontecimientos de la última hora se reproducían en mi mente como un hermoso e irreal sueño. Los brazos de Maxxon rodeándome, sus labios sobre los míos, las promesas que nos habíamos hecho. Había necesitado toda mi fuerza de voluntad para aceptar volver a mi suite mientras él arreglaba las cosas, pero entendía la necesidad de discreción.

A pesar de bromear sobre contárselo primero al organizador de bodas gatazoid, Maxxon necesitaba hablar con sus oficiales superiores. Tenía que confesar nuestro encuentro en la Tierra y por qué me había inscrito para ser una novia tributo. Me había ofrecido a acompañarle y disculparme por no haber sido completamente sincera sobre mis motivos, pero él había insistido en hacerlo solo. Al parecer, su transgresión era más grave que la mía, ya que él era un oficial drexiano.

A las novias tributo se les permitía cambiar de opinión y, según Maxxon, yo no sería la primera en rechazar a un drexiano y elegir a otro. Tampoco sería la primera en enamorarse de un reclutador, ni él el primer reclutador en quedarse con una tributo destinada a otro. No había preguntado qué les había pasado a esos drexianos, pero supuse que también requería cierta habilidad.

Mientras doblaba una esquina, perdida en mis pensamientos, una voz fuerte me sacó de mis ensoñaciones.

—¡Allie! ¡Aquí estás! —La exuberancia de Serge me devolvió de golpe a la realidad—. ¡Dios mío, mírate! ¡Estás absolutamente radiante!

El calor subió a mis mejillas. Sabía perfectamente por qué estaba radiante, pero no iba a compartir la verdadera razón.

—Gracias.

—Serás una novia perfecta —Se puso a caminar a mi lado, sus zapatos de plataforma repiqueteando en el suelo duro—. ¡No puedo esperar para empezar a planificarlo todo!

Yo tampoco podía esperar para empezar a planificar, pero no una boda con Varek, como Serge creía. Aun así, quería casarme con Maxxon lo antes posible.

—Dime —Serge enganchó su pequeño brazo al mío—, ¿qué tipo de boda imaginas? ¿Algo grandioso y opulento? ¿O quizás más íntimo y romántico?

Dudé. ¿Estaba mal seguirle el juego? ¿Era deshonesto hablar con Serge sobre una boda cuando tenía la intención de tener un novio diferente? ¿Era malo por mi parte ocultarle la verdad?

Entonces mis pensamientos volvieron a Maxxon, a la primera vez que lo había visto —realmente visto— de pie en la piscina de las cavernas.

—Agua.

Serge dejó de caminar y me detuvo.

—¿Agua?

Sacudí un poco la cabeza.

—Me gusta el agua. ¿Podríamos tener una boda frente a una masa de agua?

Los ojos de Serge se iluminaron.

—¿Qué tal una cascada? Las bodas en la playa son preciosas, pero están muy vistas —Se inclinó y empezó a hablar por un lado de la boca como si intentara que no le oyeran, aunque no había nadie con nosotros en el pasillo—. No me malinterpretes. Me encanta una bonita boda al atardecer en la arena tanto como al siguiente, pero ya está muy visto, ¿no?

—Cierto.

—¡Me encanta! —Serge soltó mi brazo, sacó su omnipresente tablilla y tomó notas frenéticamente—. Sería holográfica, por supuesto, pero nuestros diseñadores podrían crear algo impresionante para tu boda con Varek.

Abrí la boca para corregirle, pero me di cuenta de que ni siquiera me estaba prestando atención.

—¡Empezaré a trabajar en los diseños de inmediato! —dijo mientras empezaba a retroceder, aún escribiendo en su tablilla y murmurando emocionado sobre simulaciones de cascadas y generadores de niebla —. Esto va a ser impresionante.

Solté un suspiro cuando se alejó apresuradamente. No había ido tan mal, aunque se podría decir que los planes de mi boda con Varek se habían puesto en marcha, lo que quizás no fuera algo bueno. Continué hasta el elevador, entrando en un coche vacío y siendo recibida por lo que casi seguro era "Pour Some Sugar On Me" interpretada en un elegante arreglo de cuerdas. Realmente necesitaba preguntarle a alguien sobre el muzak de los 80.

Cuando el elevador se detuvo en mi planta, caminé rápidamente por el pasillo de madera de teca, presionando la palma de mi mano contra el panel de la puerta y entrando apresuradamente en mi

suite. Me detuve, conteniendo la respiración y escaneando la habitación. No había nadie allí.

Exhalé ruidosamente, agradecida de que Varek se hubiera ido y estuviera sola. Entonces recordé que no estaría sola por mucho tiempo. Maxxon vendría a mi suite tan pronto como hubiera hecho los arreglos con sus superiores.

Pensé en cómo sus fuertes brazos me habían rodeado, cómo me había levantado y presionado contra la pared, cómo había enganchado mis piernas alrededor de él, cómo su beso se había vuelto salvaje cuando se dio cuenta de que no llevaba bragas. Mi corazón se aceleró con el recuerdo, un delicioso calor se extendió por mi cuerpo y hormigueó entre mis piernas.

Entonces se me ocurrió una idea. Quería estar lista para Maxxon cuando viniera a mi suite. Quería mostrarle lo preparada que estaba para pasar el resto de mi vida con él, y quería darle otra muestra de cómo sería el resto de su vida.

Con el pulso acelerado, me quité la ropa y me acerqué al armario de pie, sacando el camisón más suave y sedoso que pude encontrar en los cajones. Era una prenda diáfana, negra y transparente, que susurraba sobre mi piel cuando me la puse.

Me subí a la enorme cama, pasando mis dedos por los largos mechones de mi cabello hasta que cayeron en suaves ondas sobre mis hombros y colocándome en lo que esperaba fuera una pose seductora.

Mientras esperaba, mi mente divagaba, imaginando la reacción de Maxxon cuando atravesara la puerta. ¿Se oscurecerían sus ojos de deseo? ¿Me tomaría en sus brazos sin decir una palabra? ¿Me follaría duro y rápido como lo había hecho en el armario de suministros?

Pensar en lo desesperadamente que me había tomado en el armario hizo que el calor pulsara entre mis piernas. Las dejé caer abiertas mientras deslizaba mi mano hacia abajo, encontrándome ya

empapada. Me mordí el labio inferior mientras imaginaba a Maxxon entrando y viéndome con las piernas abiertas para él. ¿Querría saborearme primero o sería incapaz de contenerse de hundir su polla profunda y duramente hasta que yo gritara?

Un sonido hambriento escapó de mis labios y encontré mi clítoris, rodeándolo con un dedo sobre su humedad mientras pensaba en todo lo que quería que Maxxon me hiciera y todo lo que yo quería hacerle a él. Mi respiración se volvió rápida y superficial mientras aceleraba el movimiento circular, y arqueé la espalda imaginando que era la lengua de Maxxon la que acariciaba mi clítoris y no mi dedo.

Cerré los ojos y me imaginé su cabeza entre mis piernas y sus gemidos guturales mientras me lamía. Un temblor me recorrió al visualizarlo incorporándose y agarrando su enorme miembro, con los labios húmedos por mis fluidos. Luego me imaginé abriendo aún más las piernas para él y ordenándole que me follara. Mientras su pene me penetraba, di una última caricia a mi clítoris y mi cuerpo estalló, enviando temblores por todo mi ser mientras llegaba al clímax.

Dejé caer mis piernas y me recosté mientras las réplicas me recorrían. Luego mis ojos se abrieron lentamente, y me sentí desorientada por un momento en el entorno desconocido de mi suite drexiana. Pero cuando mi mente volvió a enfocarse, escuché un pitido.

¿Qué estaba sonando? De repente, me di cuenta de que era la puerta.

Mi corazón dio un vuelco. ¡Maxxon! Debía haber terminado de arreglar las cosas con los drexianos. Me incorporé rápidamente, pasando mis dedos por el pelo en un intento inútil de domarlo. Mis muslos estaban resbaladizos por mi excitación y mis pezones eran puntos duros. Sentí que el rubor subía por mis mejillas mientras imaginaba la reacción de Maxxon. ¿Sabría lo que acababa de hacer? ¿Se excitaría si se lo contara?

—Adelante —dije en voz alta, con la voz más ronca de lo habitual.

La puerta se deslizó con un suave silbido, y me incliné hacia delante con entusiasmo, con una sonrisa seductora formándose ya en mis labios. Pero entonces mi sonrisa se congeló y mi estómago dio un vuelco.

No era Maxxon.

CAPÍTULO

TREINTA Y CINCO

Maxxon

Entré a zancadas en el puente, con el corazón acelerado y las palmas sudorosas. Al menos el espacio estaba tenuemente iluminado, con paredes y consolas oscuras y los familiares pitidos y transmisiones cargadas de estática de una cubierta de mando en funcionamiento.

Las cabezas giraron en mi dirección cuando entré. Guerreros con uniformes impecables manejaban las consolas negras de pie, sus miradas curiosas pero rápidamente volviendo a sus tareas. La amplia pared de cristal en la parte delantera del puente ofrecía una vista impresionante de la extensión estrellada más allá de nuestra nave. Por un momento, me permití apreciar la vista y la eficiencia disciplinada del centro de control de la estación.

Recorrí el espacio buscando a Varek. Me habían dicho que estaba en el puente, pero en su lugar Dakar se encontraba en posición de firmes, supervisando a los oficiales con las manos cruzadas detrás de la espalda. Presentaba una figura imponente con su oscuro uniforme drexiano, y su cabello castaño estaba recogido en un pulcro moño, desmintiendo la naturaleza indómita de un guerrero de la Fuerza Inferno.

—Maxxon —giró e inclinó la cabeza hacia mí—. Esta es una visita inesperada.

Incliné la cabeza respetuosamente.

—Dakar. Esperaba hablar con Varek, pero...

Dakar alzó ligeramente una ceja.

—Varek se marchó hace un rato. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Dudé, mirando alrededor a los oficiales que atendían sus puestos.

—En realidad, si tienes un momento, agradecería una palabra en privado.

Me estudió durante un largo momento antes de asentir.

—Muy bien. Usemos la sala de reuniones del capitán.

Seguí a Dakar a través del puente hasta una puerta que se abrió a nuestro paso. La sala de reuniones del capitán era un marcado contraste con el centro de transmisiones entrantes y escaneos continuos que acabábamos de dejar. Decorada en tonos oscuros, emanaba un aire de autoridad y calma. Un escritorio brillante dominaba el centro de la habitación, su superficie reflejando la suave iluminación de arriba. Mis ojos se vieron atraídos hacia una ventana alta y estrecha que ofrecía una vista privada del vacío estrellado exterior.

Dakar se movió detrás del escritorio pero permaneció de pie, su postura relajada pero alerta.

—Entonces, Maxxon, ¿qué te preocupa?

Tomé una respiración profunda, preparándome.

—Es sobre Allie, la mujer de la Tierra.

—¿La con la que no pasó nada? —El tono de Dakar era cuidadosamente neutro, pero capté un destello en sus ojos.

Tomé una respiración profunda. Sabía por comentarios en la Nave que Dakar había tomado como compañera a una mujer que anteriormente vivía en la sección de rechazados de la estación, con otras mujeres que habían rechazado la idea de ser una novia tributo. No era ajeno a desafiar las reglas, lo cual tenía sentido. Después de todo, era de la Fuerza Inferno.

—No fui completamente honesto sobre lo que sucedió en la Tierra. No conocía el alcance de sus sentimientos... ni de los míos. Pero ahora lo sé.

Para mi sorpresa, una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Dakar.

—Ya veo. ¿Y estás preocupado por las complicaciones que esto podría causar?

Eso era quedarse corto.

—Varek ha sido mi amigo más cercano desde que éramos cadetes en la academia. Es la última persona a la que deseo herir, pero tampoco puedo negar mi amor por Allie.

Dakar se movió alrededor del escritorio, apoyándose contra él mientras me enfrentaba.

—Maxxon, déjame contarte algo. Me involucré en un romance prohibido durante bastante tiempo antes de que se hiciera público.

No esperó a que fingiera sorpresa.

—No fue fácil, y no fue prudente. Cuando finalmente decidimos ser honestos el uno con el otro y con el mundo, casi era demasiado tarde. —Se puso de pie—. Sé honesto. Habla con Varek. Si tú y Allie deseáis tomaros mutuamente como compañeros, nadie en el liderazgo drexiano se interpondrá en vuestro camino.

El alivio me invadió, pero rápidamente fue seguido por una nueva ola de ansiedad.

—Necesito encontrar a Varek.

Dakar asintió, su expresión solemne.

—Así es. —Luego caminó de vuelta detrás del escritorio—. Yo me encargaré de la parte administrativa.

Con renovada determinación, salí de la sala de reuniones y me dirigí fuera del puente. Mi mente corría mientras formulaba lo que le diría a Varek. ¿Cómo podría explicarle que me había enamorado de la mujer que él pensaba que podría ser su futura compañera sin herirlo?

Pero antes de encontrar a Varek, necesitaba ir con Allie. Necesitaba asegurarle que todo iba a salir bien. Eso, y anhelaba abrazarla de nuevo y asegurarme de que realmente era mía.

Me dirigí a su suite, mis dedos ya hormigueando mientras imaginaba tocarla. Me quedé de pie frente a su puerta por un momento y luego noté que el panel estaba rodeado de verde, así que presioné mi palma contra él, y se deslizó para abrirse.

—¿Allie? —llamé, entrando y comenzando a desabrochar mi chaqueta del uniforme—. No pude encontrar a Varek, pero no podía esperar más para verte.

Mis palabras murieron en mi garganta cuando doblé la esquina hacia el área del dormitorio. Mi sangre se heló, y me quedé congelado a medio movimiento, con la chaqueta medio desabrochada.

Allí, de pie en medio de la habitación estaba Varek.

Miré fijamente a mi amigo, con la boca abierta y cualquier palabra de explicación muriendo en mi garganta. La mirada de Varek se movió de mi rostro a mi pecho parcialmente expuesto y luego a la cama, donde Allie estaba sentada con un negligé negro transparente.

En un instante, su expresión se endureció, una mezcla de conmoción y algo que parecía peligrosamente cercano a la traición oscureciendo sus facciones.

Entonces cargó contra mí.

CAPÍTULO

TREINTA Y SEIS

Allie

Me quedé boquiabierta mirando a los dos drexianos, incapaz de hablar, incapaz de decir algo que pudiera calmar la situación. ¿Qué podía decir? ¿Que me había enrollado con Maxxon en la Tierra antes de haber oído hablar siquiera de Varek, así que no contaba como infidelidad? Eso no explicaba el hecho de que Maxxon acababa de follarme el cerebro en el armario de suministros de la nave de transporte.

Pero, ¿realmente era infidelidad cuando apenas conocía a mi prometido? Por la expresión de su cara, adivinaba que él diría que sí.

Maxxon parecía tan atónito como yo, y me estremecí al darme cuenta de que se había estado desvistiendo mientras entraba en el dormitorio. Adiós a la posibilidad de tener una conversación civilizada.

Antes de que Maxxon pudiera abrir la boca y ofrecer alguna explicación, Varek se lanzó contra él.

Grité cuando Maxxon esquivó el ataque con una agilidad sorprendente.

Varek se dio la vuelta, jadeando.

—¿Cuánto tiempo llevas seduciendo a mi pareja?

—No es lo que piensas —gritó Maxxon.

¿No era eso lo que decían todos los infieles? No es lo que piensas. Las palabras claramente no convencieron a Varek, que apretó los puños a los costados mientras se agachaba en lo que solo podía suponer que era una postura de combate.

—Nunca pensé que me traicionarías así —gruñó Varek.

La voz de Maxxon era firme pero dolida.

—Nunca lo haría, Varek. Tienes que creerme.

Mientras observaba a los dos drexianos dar vueltas el uno alrededor del otro, con la tensión irradiando de sus cuerpos, me di cuenta de que esto podía escalar a algo mucho peor. Eran guerreros entrenados, capaces de infligir daños graves, y en su estado actual, podrían llegar a matarse el uno al otro.

Esto era culpa mía. Mis acciones, mis decisiones habían llevado a este momento. Tenía que hacer algo para detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Tomando una profunda bocanada de aire, salté de la cama, precipitándome entre Maxxon y Varek, con los brazos extendidos para mantenerlos separados.

—¡Parad! —grité, con una voz más fuerte de lo que me sentía—. Por favor, los dos, ¡parad!

Los ojos de Varek se dirigieron directamente a mi camisón transparente.

—Le estabas esperando a él, ¿verdad? No a mí.

Tragué saliva con dificultad, sabiendo que solo la verdad absoluta bastaría ahora.

—Estaba esperando a Maxxon —admití, con voz suave pero firme—. Pero necesitas entender que esto no es lo que piensas. Vine a esta estación buscándole. Nos conocimos en la Tierra durante la invasión. Estuvimos juntos allí, pero luego Maxxon tuvo que irse. Solo me convertí en novia tributo para encontrarle. Sé ahora que fue un plan estúpido, pero nunca quise arrastrar a nadie más en esto ni hacerte daño.

Varek respiró profundamente mientras me miraba, luego dirigió su mirada a Maxxon.

—¿Es esto cierto?

El cuerpo de Maxxon se relajó ligeramente.

—Lo es, pero no te está contando que me enamoré de ella la primera vez que la vi. Fui un idiota por dejar la Tierra y dejarla a ella. Volví al planeta para buscarla y decírselo, pero ella ya había venido aquí.

Varek se enderezó.

—¿Todo esto ocurrió antes que yo?

Di un paso hacia él, extendiendo mi mano pero deteniéndome antes de tocarle.

—Te lo prometo, Varek, así fue. Ya me había enamorado de Maxxon antes de conocerte. Si no hubiera... —hice una pausa, eligiendo mis palabras cuidadosamente—. Si no hubiera conocido a Maxxon primero, habría sido un honor ser tu pareja.

Detrás de mí, Maxxon se aclaró la garganta ruidosamente. Me mordí el labio para no sonreír, dándome cuenta de cómo debía haberle sonado eso. Varek, para mi sorpresa, soltó una breve carcajada.

Luego se volvió hacia su amigo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Sabías que me habían emparejado con ella.

Maxxon bajó la mirada al suelo.

—Debería haberlo hecho, pero no sabía que Allie había venido a la estación buscándome. Me convencí de que era el único que tenía sentimientos tan fuertes. Creía que ella había venido para ser emparejada con un drexiano, y ese drexiano resultaste ser tú. No pensé que tuviera derecho a interponerme en su camino. —Levantó los ojos y sostuvo la mirada de Varek—. Pero no podía soportar verla con otro, aunque ese otro fuera mi mejor amigo. Había decidido abandonar la estación, y estaba robando una nave cuando Allie me encontró.

Solté un pequeño suspiro de alivio de que Maxxon no detallara que en realidad me había encontrado intentando huir de un emparejamiento con Varek o lo que había sucedido después.

Varek echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro, finalmente encontrándose con los ojos de Maxxon.

—De acuerdo, no te mataré... esta vez.

El alivio que me invadió fue tan intenso que me sentí mareada, mientras observaba cómo los dos drexianos relajaban sus posturas de combate. Cuando Varek le dio una palmada en el hombro a Maxxon, me lanzó una mirada rápida.

—No te abrazaré ya que a tu pareja decididamente no le gustaría, pero os deseo nada más que felicidad.

Me di cuenta de que estaba prácticamente desnuda y me coloqué parcialmente detrás de Maxxon, con la cara ardiendo.

—Gracias, Varek. Sé que vas a encontrar a alguien increíble... y disponible.

Él se rio mientras salía de la suite, con la puerta deslizándose tras él.

Maxxon se dio la vuelta y me atrajo hacia sus brazos.

—Lo siento mucho por todo esto.

Los últimos restos de tensión se drenaron de mi cuerpo.

—Se acabó. Ahora podemos estar juntos de verdad, ¿no?

Maxxon asintió.

—Los detalles administrativos se están gestionando, y tú has manejado la parte de Varek admirablemente.

Me eché hacia atrás y le di un golpecito en el pecho.

—¿De verdad ibas a pelearte con él?

Maxxon me sonrió.

—No, pero somos Espadas. Una pequeña pelea es como arreglamos las cosas.

Puse los ojos en blanco. Típico, pero supongo que tenía que acostumbrarme a mucha testosterona si iba a ser la esposa de un drexiano.

Maxxon giró la cabeza y finalmente se fijó en el bungalow sobre el agua.

—Esto es bastante impresionante. —Una sonrisa traviesa se extendió por su rostro—. ¿No se supone que ahora también es mío?

Me reí, el sonido burbujeando desde lo más profundo de mí.

—Podría serlo. Si lo pides amablemente.

Sin decir una palabra, Maxxon me levantó en brazos y me llevó a la cama. Me dejó caer sobre ella, y reboté en la mullida superficie, luego se subió a la cama a cuatro patas, cerniéndose sobre mí.

—¿Y si hago otra cosa amablemente?

Arqueé una ceja y me lamí el labio inferior.

—¿Cuán amablemente?

Con un gruñido, se abalanzó sobre mí, mordisqueándome la garganta y besándome el cuello.

Estaba tan perdida en él que no oí el chapoteo del agua, ni el canto de los pájaros, ni la puerta deslizándose al abrirse.

—Vale, cariño, dime si esto es demasiado... —La voz de Serge resonó mientras entraba en la suite.

Maxxon dejó de besarme y giró el cuello mientras yo me incorporaba para ver al gatazoide de pie a solo unos metros, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. A su lado estaba Reina, con una expresión que mezclaba sorpresa y diversión.

La mirada de Serge iba de uno a otro, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua. Vi el momento en que se dio cuenta: el drexiano al que estaba besando no era mi pareja oficial.

—Pero... pero... ¡los planes de la boda! —balbuceó Serge, aferrando su tablilla contra el pecho como si fuera un escudo—. ¡La cascada! ¡El agua! El... —Su voz se apagó mientras sus ojos se ponían en blanco.

Reina se movió rápidamente, atrapando a Serge mientras se desmayaba. Nos miró con una ceja levantada, y tuve la sensación de que ya había pasado por esto antes.

—Supongo que esto significa que tendremos que hacer algunos ajustes en la lista de invitados.

—Podemos explicarlo todo —le dije—. Se lo prometo.

Reina esbozó una sonrisa mientras arrastraba al aún inconsciente Serge hasta una silla cercana.

—¿Seguirá habiendo boda?

Miré a Maxxon, con el corazón a punto de estallar.

—Por supuesto.

Él me sonrió.

—Y lo antes posible.

CAPÍTULO

TREINTA Y SIETE

Maxxon

—¿Cómo es que no sabía de la piscina privada? —pregunté mientras me sumergía completamente en el agua cálida.

—Nunca saliste a la terraza —dijo Allie mientras se paraba en los escalones de la pequeña piscina incrustada en la plataforma de madera de teca sobre el océano holográfico. Llevaba un diminuto bikini rosa que resaltaba sus exuberantes curvas y me daban ganas de arrancárselo del cuerpo.

Sabía que era solo una proyección holográfica, pero el aroma a sal en el aire y la suave brisa que transportaba el dulce aroma de las flores tropicales lo hacían parecer muy real. Mientras Allie fuera real, no me importaba si todo lo demás en mi vida estaba hecho de luz y energía.

Ella miró alrededor, mordiéndose el labio inferior. —Deberías estar en traje de baño.

Me miré, complacido por cómo el agua hacía que mi impresionante tamaño pareciera aún más impresionante. —Nadie nos está mirando. —Sus mejillas se tornaron de un adorable tono rosado—. Pero, ¿te importaría si lo hicieran? No es como si nos fuéramos a quedar en la estación.

Habíamos obtenido permiso para volver a la Tierra —y al gato de Allie, nuestro perro y su mejor amiga— para que yo pudiera trabajar en la transición de las novias tributo y la integración de nuestras dos especies. La teoría que habíamos planteado era que cuantas más parejas felizmente casadas de drexianos y humanos viera la gente en la Tierra, más rápida y suave sería la aceptación de los drexianos.

Así que, después de nuestra boda y una breve luna de miel, estaríamos diciendo adiós a la Nave. Hasta entonces, iba a disfrutar cada momento —y cada parte de mi pareja.

Allie miró por encima de su hombro y luego volvió a posar sus ojos en mí. —Eres terrible.

Me reí. —Acércate y dime lo malo que soy.

Ella negó con la cabeza. —Se supone que hoy tenemos la reunión final de planificación de la boda con Serge y Reina. Podrían llegar en cualquier momento.

Me moví rápidamente, cruzando la compacta piscina y rodeando su cintura con una mano. —Entonces tendremos que ser rápidos.

—¡Maxxon! —Golpeó mi pecho desnudo mientras la arrastraba al agua conmigo.

Sus piernas rodearon mi cintura, y al instante pensé en el armario de suministros en la nave de transporte. —Me gusta tenerte así.

Ella me salpicó juguetonamente. —Eres incorregible.

Me limpié las gotas de agua de la cara. —Pensé que era terrible.

—Eres ambas cosas. —Me lanzó lo que probablemente pretendía ser una mirada severa—. Y me has mojado.

—Ese era el plan —susurré con voz ronca, deslizando una mano hacia abajo y bajo el trozo de tela que apenas cubría su trasero. Deslicé mi dedo por debajo y provoqué su entrada.

Sus pupilas se dilataron e inhaló rápidamente. —Maxxon...

—¿Sí? —Deslicé mi dedo dentro de ella, saboreando la expresión que cruzó su rostro y relajó sus facciones.

Se movió para recibirme más profundamente, incluso mientras me regañaba y envolvía mis brazos alrededor de mi espalda para frotar mis nodos. —Eres tan malo.

El deseo me atravesó ante su toque, y deslicé un segundo dedo dentro. —Pensé que te gustaba que fuera malo. —Luego me incliné hacia adelante y susurré en su oído—. Pensé que te gustaba ser mala para mí.

Ella dejó escapar un gemido entrecortado y pasó sus dedos por mis nodos firmes y enrojecidos. —Seré lo que quieras que sea.

—Mía, *cinnara*. —Aplasté mi boca contra la suya, y ella acogió mi lengua arremolinándose con la suya mientras movía mis dedos dentro de ella—. Toda mía.

Cuando separé mis labios de los suyos, parecía aturdida de placer. —¿*Cinnara*?

La levanté para poder capturar un pezón a través de la fina tela de la parte superior de su bikini. —Mi amor.

Ella se arqueó contra mí. —Me gusta cómo suena eso, y me gusta que me llames tuya.

Chupé un pezón y luego me moví al otro, cambiando mi mano para que mi pulgar rozara su protuberancia resbaladiza. Hice círculos con mi pulgar mientras su respiración se volvía entrecortada.

Jadeó mi nombre mientras sus piernas apretaban mi cintura, cediendo a los temblores que sacudían su cuerpo mientras se contraía alrededor de mis dedos una y otra vez.

Allie tomó aire mientras se desplomaba contra mí, su mejilla descansando en la dura protuberancia de mi pecho. La bajé unos centímetros, y mi miembro golpeó entre sus nalgas.

Levantó los brazos y alcanzó detrás de su cabeza, desatando la cuerda en la parte trasera de su cuello y dejando caer la parte superior de su traje de baño. Se me secó la boca al ver sus pechos desbordándose, los pezones color beige duros y arrugados.

Pero en lugar de sucumbir a mi abrazo de nuevo, se alejó de mí retorciéndose, sus pies tocando el fondo de la piscina. Me tomó un momento recuperarme, pero rápidamente me lancé hacia ella, enroscando un brazo alrededor de su cintura. Ella se rió y se agarró del borde de la piscina, sosteniéndose y girando la cabeza para darme una sonrisa pícara.

—¿Huyendo de mí?

Negó con la cabeza. —Solo me hago la difícil.

Una risa retumbó en mi garganta mientras ella me daba la espalda con mi cuerpo curvado a su alrededor desde atrás. —No eres *tan* difícil de conseguir en esta posición.

Arqueó su trasero hacia mí. —Demuéstramelo.

Dado que la piscina estaba en la terraza que se extendía desde el bungalow sobre el agua, solo bastaba una mirada a ambos lados para ver los balcones vecinos. La idea de que alguien pudiera salir y ver a mi pareja con los pechos expuestos hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Quieres que te folle por detrás aquí fuera? —Usé una pierna para separar las suyas bajo el agua.

Ella inclinó su trasero aún más alto mientras separaba las piernas aún más para mí. —Bueno, quieres que todos los demás drexianos sepan que soy tuya, ¿no?

Envolví una mano alrededor de ella y ahuequé uno de sus pechos, acariciando el pezón con el pulgar mientras guiaba mi miembro entre sus pliegues. Luego, con un gruñido, empujé dentro de ella.

Su aliento salió de golpe mientras me recibía por completo. El agua salpicó por el costado de la piscina mientras Allie movía sus caderas para encontrarse con mis embestidas.

Enredé mis dedos en su cabello con una mano y sostuve su cadera con la otra, mis dedos clavándose en su piel. Luego arrastré mi miembro hacia fuera hasta que solo la corona estaba dentro de ella. —Te gusta ser mala, ¿verdad, mi buena chica?

Ella contoneó sus caderas y me lanzó una mirada hambrienta por encima del hombro. —Tú eres el que quiere que sus hermanos drexianos me vean siendo follada. ¿Quién es el malo ahora?

Solté una risa áspera. —¿Por qué debería ser yo el único que vea lo bien que me recibes, lo bien que tu pequeño cuerpo se estira alrededor de mi polla?

Por mucho que me encantara provocarla con mis palabras, no había parte de mí que jamás la compartiera con otro. Pero me encantaba ver cómo se sonrojaba de placer cuando la provocaba. Deslicé mi mano desde su pecho hasta entre sus piernas, saboreando la brusca inhalación cuando encontré su punto de nervios y empecé a trabajarlo con mi dedo.

Casi al instante comenzó a jadear y retorcerse debajo de mí, su segundo orgasmo rápido e intenso mientras su cuerpo se apretaba alrededor de mi miembro. Las pulsaciones como un torno hicieron que mi control se desmoronara, y la embestí sin piedad, persiguiendo mi propio clímax mientras el agua golpeaba las paredes de la piscina y se desbordaba por el borde. Cuando finalmente exploté dentro de ella, se desplomó hacia adelante con los brazos sobre el borde y mi cuerpo envolviéndola.

No había nada más que el sonido de nuestras respiraciones agitadas y el agua agitada, hasta que unas voces detrás de nosotros llamaron mi atención. Al principio, pensé que venían de otro bungalow. Luego me di cuenta de que no era así.

—No deberías entrar así.

—Hemos esperado fuera el tiempo suficiente. Esta es la última reunión antes de que estos dos caminen hacia el altar, y no hay tiempo que perder, Reina.

Serge irrumpió en la terraza mientras ambos girábamos el cuello. Yo seguía dentro de Allie, y seguía completamente desnudo.

El organizador de bodas Gatazoid iba vestido de amarillo de pies a cabeza, incluyendo sus brillantes botas de plataforma, lo que le hacía parecer un plátano muy sorprendido cuando se detuvo y nos miró boquiabierto, su pelo morado sonrojándose rosa desde las raíces.

Reina llevaba un vestido ajustado de columna multicolor que hacía que sus pasos fueran cortos y rápidos mientras se apresuraba detrás de Serge. —Te dije que era una mala idea.

Serge se había quedado congelado en el sitio mientras abría y cerraba la boca.

Allie les saludó con la mano. —Hola, chicos. No os oímos en la puerta.

—Obviamente —murmuró Serge cuando finalmente recuperó la capacidad de hablar.

—No puedo creer que esto haya vuelto a pasar —dijo Reina, sacudiendo la cabeza haciendo que su pelo azul se agitara. Luego le lanzó una mirada al Gatazoid—. ¿Ya has aprendido a nadar?

Serge le lanzó una mirada fulminante, giró sobre sus talones y se alejó pisando fuerte. —Volveré más tarde.

Reina se apresuró tras él, dando un último saludo por encima del hombro. —Adiós, cariños.

Allie se secó los ojos mientras reía. —Más tarde va a ser muy incómodo.

Me volví hacia Allie y empecé a moverme dentro de ella otra vez, adorando la combinación de sorpresa y deleite en su expresión. —Y va a ser mucho, mucho más tarde.

CAPÍTULO

TREINTA Y OCHO

Varek

Tiré del bajo de mi uniforme de gala. No esperaba que fuera a actuar como padrino en la boda de Maxxon con mi antigua pareja asignada del tributo nupcial, pero según las tradiciones humanas, necesitaba que un amigo le acompañara. Y a pesar de todo lo que había pasado, Maxxon seguía siendo mi mejor amigo.

Solté un profundo suspiro y eché un vistazo al reluciente pasillo blanco fuera del pabellón de bodas. ¿Dónde estaba?

Me había ofrecido a pasar por su suite de fantasía de camino, pero Maxxon me había asegurado que me encontraría en la boda. Pero aquí estaba yo, y él no aparecía por ningún lado.

Gemí al pensar en lo que haría el organizador de bodas Gatazoid cuando descubriera que el novio llegaba tarde. Serge no era precisamente la persona más relajada, y por lo que había visto, no toleraba que nada saliera mal en sus bodas. Y consideraba suyas todas las bodas que organizaba.

—¡Qué guapo estás!

Me giré al oír la voz aguda y jadeante de la Vexling. Reina era la más tranquila de los dos alienígenas que organizaban bodas en la Nave, así que verla salir del pabellón de bodas no me aterrorizó. Llevaba

un vestido ceñido de color azul turquesa que la hacía parecer aún más esbelta y casi hacía juego con su pelo.

Giró la cabeza. —¿Estás solo?

Logré esbozar una sonrisa que esperaba ocultara los nervios que revoloteaban en mi estómago. —Maxxon llegará pronto.

Reina sonrió con tensión y asintió. —Esperemos que Serge se quede dentro preocupándose por la simulación de la cascada un rato más. —Entonces sus ojos se iluminaron—. ¿Quieres echar un vistazo?

Me encogí de hombros. ¿Por qué no? Era mejor que quedarme fuera esperando impaciente.

Reina abrió una rendija de la alta puerta blanca y asomé la cabeza. No bromeaba con lo de la simulación de la cascada. Toda la sala parecía el interior de una caverna mágica abierta, con luces parpadeantes que salían de las paredes y el techo cubierto de falsas estrellas en un cielo nocturno. La vegetación y las flores colgaban en largos zarcillos a ambos lados, pero el punto focal era la enorme cascada al fondo.

El agua cristalina caía en una gran piscina y un pasillo llevaba desde el fondo de la sala, cruzando el agua, hasta una plataforma elevada para la ceremonia. Serge estaba allí agitando los brazos mientras el agua le salpicaba la cara.

—Menos caudal, por favor —balbuceó—, o empaparás a la novia y al novio.

Me retiré y dejé que Reina cerrara la puerta, compartiendo una sonrisa cómplice con ella. —Parece que estará ocupado un buen rato.

—Te sorprendería. Puede que sea pequeño, pero se mueve rápido. —Reina volvió a recorrer con la mirada el amplio pasillo—. Voy a buscar a la novia.

—¿Debería ir a buscar a Maxxon?

Me dio unas palmaditas en el brazo con sus dedos largos y delgados. —Tengo la sensación de que cuando encuentre a Allie, lo encontraré a él. —Negó con la cabeza mientras se daba la vuelta y se alejaba apresuradamente—. Solo espero que esta vez estén presentables.

Como ya había pillado a Allie vestida a medias antes, entendía su preocupación. Por suerte, había superado aquella escena embarazosa y me alegraba por la pareja. Era obvio que estaban embelesados el uno con el otro. Nunca habría querido interponerme entre ellos.

Mientras esperaba fuera de la puerta, se me ocurrió que Maxxon podría no estar con su novia. Si el Drexiano estaba nervioso, quizás hubiera pasado por el salón de oficiales para darse un chute de valor que solo el whisky Nooviano podía proporcionar. Di media vuelta y me dirigí por el pasillo hacia el elevador más cercano, precipitándome dentro... y chocando de lleno con una mujer que intentaba salir.

—¡Uf! —Se cayó de culo.

Rápidamente la agarré por los codos y la puse de pie, con la cara ardiendo por haberla prácticamente aplastado. —Lo siento mucho.

La mujer de pelo ondulado y claro me miró fijamente. —Tienes prisa.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando me dedicó una tímida sonrisa, arrugando sus ojos verdes. *Grek*, era preciosa. —Estaba... Quiero decir... Mi amigo se casa.

—¿Y llegáis tarde?

Negué con la cabeza, confundido por lo mucho que me costaba formar palabras. —No, es que... Él llega tarde.

Alzó las cejas. —¿Y es el novio? Vaya, eso no es bueno.

—No —asentí—. Pero la novia también llega tarde, así que...

—Parece una boda interesante.

—¿Te gustaría venir? —pregunté antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Ella ladeó la cabeza mirándome. —¿A la boda donde no hay ni novia ni novio?

Abrí la boca y la volví a cerrar, sin saber qué decir a eso.

Se rio, con un sonido ligero y musical. —Ojalá pudiera, pero tengo un poco de prisa. Aunque nada tan importante como una boda.

—¿Ah, sí? —De repente, sentí curiosidad y quise saberlo todo sobre esta hermosa mujer.

Dio un paso atrás, dejándome solo en el elevador. —Me estoy preparando para dejar la Nave, así que tengo muchos que empacar.

—¿Dejar la Nave?

Su sonrisa se ensanchó. —He estado aquí durante dos años en la sección de rechazados, pero ahora vuelvo a la Tierra. —Entonces sonrió y se despidió con la mano, girándose y alejándose rápidamente.

Me quedé en silencio, atónito, mientras las puertas del elevador se cerraban. La mujer más hermosa y encantadora había estado viviendo en la misma estación que yo durante dos años, y nunca lo había sabido. Y ahora se iba.

Grek me lleve.

OTRAS OBRAS DE TANA STONE

Novias tributo para los guerreros drexianos

DOMADA

ROBADA

DESPROTEGIDA

RESCATADA

PROHIBIDA

ATADA

CASCABELES

ANHELADA

TOMADA

MARCADO

REVELADO

Acerca del Autor

Tana Stone es una autora de novelas románticas de ciencia ficción que ama a los alienígenas sexys y a las heroínas independientes. Su superhéroe favorito es Thor (siendo Aquaman el segundo porque, bueno, Jason Momoa), su postre favorito es la tarta de limón (bueno, está bien, toda la tarta), y adora Star Wars y Star Trek, por igual. Todavía lamenta la pérdida de la serie *Firefly*.

Tiene un esposo, dos hijos adolescentes, dos perros y tres neuróticos gatos. A veces desea poder teletransportarse a una estación espacial holográfica como la de su serie "Novias Tributo" (o tal vez vacacionar en el oasis con los bárbaros del planeta de arena). :-)

¡Le encanta saber de los lectores! Envíale cualquier pregunta o comentario por correo electrónico a: tana@tanastone.com

¿Quieres pasar el rato con Tana en su grupo privado de Facebook? Únete a toda la diversión en: https://www.facebook.com/groups/tanastonestributes/

Copyright © 2025 por Broadmoor Books

Diseño de portada por Croco Designs

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con eventos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.